

DAD AU
CIÓN GE

PR5233

.R445

C4518

1831

c.1

86-3



1080043998



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

MANDA,

DE LA ABADIA.

54551

PRIMERO.

anda junta con el
mucho, la obligaron á
entrando en el Pa-
travésia.
a lo-
arma. Al momen-
o para que se to-
diligencia su de-
de Carbeno Cas-
con la mayor sa-
cher en aquel car-
nier Alfonso
ado. Después de
Biblioteca Universitaria
en el co-
once de la noche
que se cubrió sin
un gorro de lana,
emió con un pro-
stament



33632



1080043

FONDO BIBLIOTECA PUBL
DEL ESTADO DE NUEVOElla 66/1/36
OSCAR Y AMANDA,

ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

54551

CAPITULO PRIMERO.

La debilidad de Amanda junta con el maré, del que sufría mucho, la obligaron á meterse en la cama entrando en el Paquebot, y de este modo á la travesía. Al segundo dia desembarcó y fue á alojarse al meson de la marina. Al momento envió un comisionado para que se tomase un asiento en la diligencia que debia pasar á algunas millas de Carberry Castle. Vinieron á decirle con la mayor satisfaccion que podria marchar en aquel carriage; cuyo modo de viajar él eligió para ella que no tenia criado. Despues de tomar algunos refrescos, tomó en el coche. Ella partió á las once de la noche con un caballero viejo, que se cubrió sin cumplimiento con un gran gorro de lana, abotó su redingot, y durmió con un profundo sueño. Este era justamente

33032



1080043

FONDO BIBLIOTECA PUBL
DEL ESTADO DE NUEVO

OSCAR Y AMANDA,

ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

54551

CAPITULO PRIMERO.

La debilidad de Amanda junta con el maréo, del que sufría mucho, la obligaron á meterse en la cama entrando en el Paquebot, y de este modo hizo la travesía. Al segundo dia desembarcó y fue á alojarse al meson de la marina. Al momento envió un comisionado para que se tomase un asiento en la diligencia que debia pasar á algunas millas de Carberry Castle. Vinieron á decirle con la mayor satisfaccion que podria marchar en aquel carriage; cuyo modo de viajar era el mejor para ella que no tenia criado. Despues de tomar algunos refrescos, se sentó en el coche. Ella partió á las once de la noche con un caballero viejo, que se cubrió sin cumplimiento con un gran gorro de lana, abotó su redingot, y durmió con un profundo sueño. Este era justamente el momento

33032

pañero de viage que necesitaba Amanda, pues no la fatigó con una insípida conversacion, ó con preguntas impertinentes, y la dejó entregada á sus meditaciones durante todo el viage. El segundo dia ácia las cuatro de la tarde llegó á la poblacion mas vecina de Carberry-Castle, en donde dejando el coche tomó una silla para llegar la misma tarde á juntarse con su padre.

Estaba ella con una gran inquietud. Temia la impresion que haria á su padre la narracion de todo lo que habia sufrido, y que no podia ocultarle: temia que no tuviese ya algun conocimiento de ello. Sin embargo, reflexionando en el valor que habia manifestado en sus pasadas desgracias se lisonjaba que soportaria las nuevas con la misma constancia, y ella misma ayudaria á sostener y cerrar las heridas de su corazon. Ah! se decia á sí misma, cuando vuelva á encontrarme en sus brazos, ciertamente nada me arrancará de ellos, ni me hará volver á entrar en un mundo perverso, en donde mi reposo y mi reputacion han recibido tan terribles golpes. Así fluctuando entre el temor y la esperanza, seguia Amanda el camino de Carberry-Castle; pero el primero de estos sentimientos era el dominante.

La oscuridad de la tarde ayudaba á su abatimiento. Las nubes bajas y sombrías

anunciaban una tempestad, y caia una lluvia mezclada con nieve. El aspecto de la campiña era frio y triste; las chozas le parecian á Amanda mas miserables que lo que las habia visto en su juventud: sus pobres habitantes juntaban á sus animales que erraban por fuera para ponerlos á cubierto: los trabajadores se apresuraban á entrar á sus casas, mientras que el criado del arado silvando conducia su yunta. Las olas del mar se levantaban, y al acercarse a la costa Amanda las oia reventar con furia contra las rocas.

Ella estaba en una extrema debilidad. Su calentura no le habia dejado del todo cuando dejó la casa de Howell, y habia tomado incremento con la fatiga y falta de dormir. Solo el reposo podia restablecerla.

A corta distancia del castillo hizo parar la silla, y la despidió, á fin de poder entrar sin ruido, y hacer preparar á su padre por algun criado. Para este fin tomó en el bosque un sendero que la conducia á la casa. Ella dió un golpe á la puerta con la mano mal asegurada, y oyó que la aldaba habia difundido su ruido en el interior inhabitado, y nadie venia. En las ventanas no parecia luz alguna. La lluvia y el viento continuaban con violencia y apenas podia tenerse en pié. En fin, despues de haber esperado inútilmente, se acordó

de una pequeña puerta trasera que conducía á una habitacion para los criados. Ella se fue por allí y encontró la puerta abierta. Siguió por un largo corredor hasta la cocina, donde encontró la vieja muger del conserje delante de un gran fuego de turba. Oyendo andar, ella se volvió, y viendo á Amanda, dió un grande grito, y manifestó todos los síntomas de un extremo espanto.

¡Qué! mi buena Kate, le dijo Amanda, ¿sois vos quien os espantais de verme? ¡O Virgen santa! exclamó Kate haciendo la señal de la cruz, ¿cómo quereis que no lo esté, viendo llegar tan repentinamente á uno que no se espera? ¿Cómo se halla mi padre? dijo Amanda. ¡Ah! dijo Kate, el pobre querido capitan, despues de vuestra partida ha tenido muchos disgustos. ¿Está malo? preguntó Amanda. Molo, sí, tiene motivos para estarlo: pero mi querida Miss Fitzalan ¿qué no sabéis lo que ha sucedido despues que nos dejasteis? No, dijo Amanda.

Dios os sea en ayuda, continuó Kate; pero mi querida Miss, sentaos en este pequeño taburete, y calentaos, pues estais pálida y abatida de frio, y os lo contaré todo. Sabréis pues que ha cerca de tres semanas que mi marido trajo al capitan una carta del correo; él conoció bien por el sello que venia de Inglaterra, y cuando

volvió á la cocina me dijo: Kate, el capitan ha recibido cartas que le darán gusto, pues tendrá noticias de Miss, estoy seguro. ¡Ah! tanto mejor, le dije yo; pues sabréis, mi querida Miss, que él estaba muy triste algunos dias hacia. Pues bien, yo tenia la costumbre, todas las veces que recibia carta de Inglaterra, de ir á su cuarto luego que la habia leído, para saber noticias vuestras. De manera que me puse un delantal blanco y fui á verle á la sala en que se encontraba. Y bien, señor, le dije, yo espero* que teneis buenas nuevas de Miss Fitzalan.

El capitan estaba sentado, y con la carta abierta encima de la mesa. Tenia el pañuelo á los ojos, que se quitó para hablarme, y le ví pálido y trastornado. Esta carta, me dijo él, mi buena Kate, no es de mi hija; pero estoy contento de que hayais venido, pues tengo algunas cosas que decir. Es preciso que deje el castillo, y tengo necesidad de ver con vos si todo está en el mismo estado que cuando vine. Arreglaré las cuentas de todos los criados que he tomado, y los despacharé. Yo me aturdi del golpe: ¡Dios nos libre, señor, le dije, de que nos dejeis así!

El capitan se levantó de la silla, y se fue á la ventana, suspiró, y ví correr lágrimas sobre sus mejillas. El se dirigió aun á mi, y me suplicó que hiciese lo que me

decia, de modo que oprimido el corazon me fui á decir á Jonathan estas malas noticias. El se afligió tanto como yo, pues amaba al capitan con todo su corazon, no solo porque M. Fitzalan es un hombre de bien, sino porque es un militar, como mi marido lo ha sido en su juventud, y que un soldado ama á los suyos. Jonathan habia conocido al capitan en América, y decia que verdaderamente era caballero y un valiente oficial.

El capitan, pues, nos dijo que ya no era procurador de Lord Cherbury, y como entiendo bien de cuentas, prontamente hubo hecho las suyas y las de los criados, dándoles buenas certificaciones con las cuales seguramente encontraron buena colocacion. En seguida nos dijo que marcharia para Inglaterra al dia siguiente, é hizo todos los preparativos. Pero en aquella noche le asaltó un mal de estómago de que creyó morir; tocó la campana, y por fortuna la oyó mi marido y me hizo levantar. Yo tenia una botella de buen aguardiente que conservaba preciosamente: hice calentar una hortera y se la llevé. Con ello se alivió; pero á la mañana fue menester renunciar el ponerse en camino, lo que le disgustó mucho. Sin embargo, se levantó, y escribió muchas cartas que Jonathan trajo al correo, hizo su maleta y puso su sello sobre la secretaría. En seguida nos de-

claró que no queria quedarse un momento mas en la casa, y habiendo Jonathan vuelto del correo, se apoyó sobre su brazo, y fue á tomar un alojamiento en casa de Thady-Bryne, á quien conocéis.

Consternada Amanda por esta relacion, y pronta á desmayarse, exclamó: ¡Dios de bondad, sostenedme en este momento de tan terrible prueba; dadme fuerza para socorrer á mi desgraciado padre! Las lágrimas acompañaron tan fervorosa oracion, y su voz estaba sofocada por sus suspiros.

¡Ayl dijo la buena Kate, no os aflijais tanto, mi querida Miss; no perecen todos los que están en peligro, y uno deja mas pescado que no coje; aunque hoy llueva, puede hacer buen dia mañana. Vuestra sola virtud hará un bien al capitan. Vamos, tranquilizaos, yo os daré para cenar excelentes patatas que se cuecen en esta olla, y manteca fresca batida, y mientras comeréis un bocado Jonathan podrá volver de la ciudad á donde ha ido á buscar carne para comer el domingo, y entonces yo misma os conduciré á casa de Thady.

¡Oh! no, mi buena Kate, dijo Amanda; es preciso que vaya al instante al lado de mi padre; cada momento de tardanza es un siglo para mí. Yo le he descuidado demasiado, y demasiado tiempo le he dejado solo, y sin un amigo que pueda consolar sus penas. ¡Oh, mi Dios! dijo ella

levantando sus manos juntas al cielo, ¡haced que no llegue demasiado tarde!

Inútilmente le instó Kate á que esperase la vuelta de Jonathan. Su impaciencia de ver á su padre le hacia contar por nada el inconveniente de ir sola en una noche negra y borrascosa: Kate, no pudiendo detenerla, la condujo á la puerta, asegurándole que luego que Jonathan estuviera de vuelta, ella iría á casa de Thady: Amanda se lo agradeció apretándole la mano. Enferma, débil y desalentada se habia lisonjeado encontrar al lado de su padre el socorro, el apoyo y los consuelos, y ahora debia tributar á su corazón despedazado de dolor todos sus cuidados, ó á lo menos procurárselos. Hasta entonces habia experimentado grandes desgracias; pero aun no habia conocido los horrores de la pobreza. Hasta entonces habia tenido un asilo, en el dia no solo le faltaban los medios de procurarse uno, pero ni aun podia acudir á sus primeras necesidades.

Esta situacion le era aun mas penosa por su padre que por sí misma. Si ella hubiese podido serle de algun socorro, esto solo habria endulzado su propia situacion; pero por esta parte no tenia esperanza alguna. Su padre hacia poco tiempo que estaba encargado de los negocios de Lord Cherbury, y no habia podido hacer ningun ahorro, siendo deudor á este

aun antes de encargarse de la administracion de Carberry-Castle. Ella no conocia á nadie á quien pudiese su padre dirigirse en sus necesidades. Lord Cherbury le habia ayudado hasta entónces; pero era claro que Fitzalan habia perdido su amistad, pues que cesaba de ser empleado por él. La desgraciada Amanda no veia pues medio alguno de escapar de la miseria, de este monstruo hambriento, pronto ya á alcanzarla.

La tempestad habia llegado á ser aun mas violenta; pero era nada en comparacion de la que agitaba el seno de Amanda. Las olas se estrellaban con furor contra las rocas y los espíritus maritimos se ponian colorados. La lluvia caia á torrentes, y traspasó luego los ligeros vestidos de Amanda. Tenia media milla que andar por un camino escabroso teniendo á un lado una cordillera de rocas, y al otro campos despejados y desiertos. Conocia á los habitantes de la casa en que su padre se habia retirado, que eran de los mas pobres de la aldea. Les habia dado á su llegada á Carberry-Castle algunos socorros que les habian sacado de una grande miseria. Pero aunque su casa fuese una de las mas habitables, con todo era aun una pobre habitacion; sin embargo, Amanda se encontró feliz de llegar á ella, pues la violencia de la tempestad y la soledad del ca-

mino la habian llenado de terror. La casa estaba muy cerca de la costa del mar, y tenia dos ventanas que daban frente á él; de un costado un monton de turba, y del otro un techo para los cerdos. Los contravientos estaban cerrados para preservar las ventanas; pero por entre las hendiduras Amanda vió luz y se convenció de que estas gentes aun no estaban acostadas. Temia comparecer demasiado repentinamente á los ojos de su padre, y se detuvo á la puerta para pensar un medio de ahorrarle una sorpresa demasiado fuerte. En fin se determinó á golpear con poca fuerza, y en seguida se retiró algunos pasos penetrada de frio y empapada de lluvia. Abrieron, y apareció un muchacho á quien reconoció por hijo de estas pobres gentes; ella le hizo seña con el pañuelo; él titubeó un poco y temia acercarse, cuando llamándole por su nombre le aseguró, y aproximándose se admiró mucho de verla. Ella le preguntó noticias de su padre; el muchacho le dijo que estaba malo y que en este momento dormia. Le dijo ella que entrase primero, y previniese á sus padres que no hiciesen ruido cuando entrara. El ejecutó sus órdenes y ella entró.

Amanda encontró al padre de familia soplando un fuego de carbon de turba, sobre el cual habia una grande marmita de patata. Tres niños androjosos estaban al rede-

dor, esperando con impaciencia su cena; su madre hilaba, y la abuela hacia el pan. El aposento era pequeño y embarazado. La mitad de la familia se acostaba en el piso inferior, y la otra en un camaranchon, al que se subia por una escalera, y en el cual una numerosa volateria se recojía familiarmente y cloqueaba al menor ruido que se hacia. El aposento que habitaba Fitzalan estaba separado al piso de tierra por un ligero tabique de tablas, entapizado de crucifijos é imágenes de santos.

Seais bien venida, mi buena señora, dijo la dueña de la casa á Amanda. Brine se levantó, y le ofreció su pequeño taburete cerca del fuego; su muger olvidando las obligaciones que tenia á Amanda parecia creer que no le debia los mismos respetos que cuando Mr. Fitzalan habitaba en el castillo; pues no se levantó, ni interrumpió un momento su labor.

¿Conque mi pobre padre está malo? dijo Amanda. ¡Ah! ¡ah! dijo ella dando vueltas al torno, el capitan ha tenido malos ratos: ciertamente su fortuna ha cambiado mucho; pero las gentes de vuestra especie deben esperar esto, lo mismo que nosotros los pobres; y yo no sé por qué esto deba suceder de otra manera, supuesto que somos de la misma pasta que ellos. Nueva, le dijo Brine, yo me admiro de que habéis así á esta pobre señorita.

El corazón de Amanda estaba oprimido de dolor; ella se sentía sofocada, se levantó, abrió la puerta y encontró algún alivio en respirar el aire fresco, y en dejar correr sus lágrimas. Pidió después un vaso de agua. El vaso no era cosa que pudiese procurársele fácilmente. Brine le dijo que le sería mejor beber un jarro de leche; pero lo rehusó y le trajeron el agua.

Amanda superó su repugnancia de hablar á la impolítica Mistris Brine, y le consultó sobre el mejor modo de presentarse á su padre. Mistris Brine le dijo que estaba en cama de algún tiempo á esta parte; pero no había tenido sino un sueño interrumpido; que ella entraría en el aposento, y vería si estaba despierto. Entró en efecto, pero salió diciendo que dormía aun. Amanda deseó verle durmiendo para juzgar mejor de su estado: con este fin se adelantó poco á poco en el aposento. Este era pequeño y bajo, alumbrado por la débil luz de una vela, y por un poco de fuego medio apagado. Los muebles eran pobres; en un rincón había una camita de madera sin cortinas, y sobre este ruin lecho, y bajo miserables abrigos estaba echado el desgraciado Fitzalan.

Amanda se estremeció poniendo la vista al rededor del aposento, y en este aparejo de miseria. ¡O padre mío! se decía á sí misma, ¡es este el solo asilo que habeis po-

dido encontrar! Se acercó á la cama, se inclinó y examinó su cara. El estaba pálido y flaco, su respiración durmiendo era un gemido, como si su alma hubiera estado oprimida de sus males hasta en el sueño; en un instante hizo algunos movimientos, suspiró y dejó comprender estas palabras: Amanda, mi querida hija, ¿no te volveré á ver mas?

Amanda se apresuró á salir del aposento para ceder á su conmoción, y evitar el sorprender á su padre. Ella sollozaba, torcía sus manos, y en la amargura de su corazón decía: ¡Ah! ¡he llegado demasiado tarde para salvarle!

Próntamente después oyeron que Fitzalan se había despertado del todo: Mistris Brine entró y le notificó con algunas precauciones, que Amanda había llegado. Dios sea loado, dijo él de modo que lo oyó Amanda; ¡mi querida hija ha vuelto! Ya podreis entrar, dijo Mistris Brine á Amanda. Esta corrió á él. Fitzalan estaba sentado con los brazos abiertos para recibirla, y ella se arrojó á ellos. Ni uno ni otro tuvieron palabras para expresarse lo que sentían; pero las lágrimas, mas elocuentes que el lenguaje hablaron por ellos. Fitzalan fué el primero que pudo explicarse. Mi súplica, dijo, ha sido oída; el cielo me ha devuelto á mi hija para aliviar mis penas en la cama del dolor, y endulzar mis últimos momentos!

¡O padre mio! exclamó Amanda, si vos teneis piedad de mí, apartad esas horribles idéas. Alentaos por amor de vuestra hija que en este mundo desierto para ella solo tiene á vos por apoyo, por consolador y por amigo. ¡Oh! si, hija mia, por amor vuestro en efecto quisiera que estos tristes momentos fuesen mas léjos de lo que son.

El miró á su hija con atencion, observó su semblante abatido, sus facciones alteradas, su color marchito, sus rasgos prostrados, y apretándola contra su seno le dijo: El mundo, mi querida hija, os ha tratado bien cruelmente. ¡Oh! si, dijo Amanda.

Bien, hija mia, el pensamiento del otro mundo, en donde la inocencia y la virtud encuentran su recompensa, os consuele de las injusticias de este. Aquí ellas muchas veces nos dan á probar la adversidad para purificarnos, como el oro con el fuego: que esta idéa sostenga vuestra resignacion y vuestro ánimo en las pruebas á que Dios quiera someteros. Jamas olvideis que solo por su voluntad os llegan las calamidades que os hieren; sufridlas acordandoos de la seguridad que os da, de que vuestra sumision y vuestra paciencia serán recompensadas; que enjugará vuestras lágrimas, y os hará triunfar de la muerte.

Aunque soldado desde mi juventud y viviendo en medio de la licencioidad de los

campamentos, jamas he olvidado al autor de mi sér, y me hallo bien con ello en el dia. Mis amigos me abandonan, el mundo me desdeña, la enfermedad y el disgusto me oprimen; pero la religion me sostiene y me consuela de lo que he perdido, endulza la memoria de lo pasado, abriéndome la perspectiva de un feliz por venir.

Escuchando los religiosos discursos de Fitzalan, Amanda sintió que se le calmaban sus agitaciones. Sus vestidos estaban mojados. Su padre exigió de ella que se los mudase. En el paquete que le habia dado Eleonor, habia ropa blanca y un vestido casero de tela de algodón. Ella se vistió en un pequeño gabinete, ó mas bien en un chiribitil contiguo al aposento de Fitzalan. Encendieron un gran fuego, se pusieron mas luces, y sacaron pan y vino de un pequeño bufete que era para el uso de Fitzalan. Su hija comió y bebió, y él mismo tomó de su mano un vaso de vino. El dijo que ya la esperaba de un dia á otro, y que ya habia mandado poner una cama y ropa para ella, y que esperaba que se contentaria con el pequeño gabinete por aposento.

¡Ah padre mio! ¿cómo podreis creer que yo no me hallaré bien á vuestro lado en cualquier parage que sea? Ella le manifestó el pesar de haber turbado su reposo. ¡Oh! no, esta interrupcion no me ha sido

desagradable: y me ha hecho cesar un sueño penoso y agitado.

Lord Cherbury, dijo él á su hija, me ha escrito una carta que me ha traspasado el corazon. Me acusa de haber bajado en casaros con Lord Mortimer, de haber trastornado sus miras, y de haber abusado en esto de su confianza y amistad. Yo me he indignado de estas injustas reconvençiones; pero como no las he merecido, me he determinado á responderle al momento, que él habia dado crédito á una calumnia, que le devolvía la plaza que tenia suya, no pudiendo en adelante tener cosa alguna de un hombre que podia creerse capaz de tal bajeza y falsedad. Mis cuentas estaban bien arregladas. Mi intencion era ir á llevarlas yo mismo, y sacar á mi Amanda de una casa en que experimentaba tan malos tratamientos como los que yo acababa de sufrir, y que habia merecido ménos que yo. Una enfermedad violenta y repentina me ha impedido ejecutar mi proyecto. He escrito á Lord Cherbury instruyéndole de mi resolucion, haciéndole pasar mis cuentas y los atrasos que le debia. Os he escrito al mismo tiempo enviando una pequeña letra de cambio para los gastos de vuestra vuelta aquí, y me he retirado del castillo, creyendo que una residencia mas larga habria desgradado mi carácter, haciendo creer que conservaba al-

gun deséo de volver á tomar un empleo que rehusaria cuando Lord Cherbury me le ofreciese de nuevo; pues me creeria culpable de una vileza, recibiendo un beneficio de quien duda de mi probidad. Prefiero mi pobreza á una comodidad que compraria perdiendo mi propia estimacion.

Amanda conoció por la relacion de su padre, que ignoraba todo lo que habia sufrido en los últimos dias, y que creia habia venido consecuente á la carta que le habia escrito al mismo tiempo que á Lord Cherbury. Ella resolvió no desengañarle, á lo ménos ántes de que estuviese mejor.

La noche estaba muy adelantada. Fitzalan viendo á Amanda enferma y fatigada, la instó á que se fuese á acostar; Mistress Brine la ayudó á desnudar, y le trajo una hortera de suero, que le daría, segun dijo, un buen sueño, le sacaría la calentura, y la pondria en estado de cuidar á su padre.

Sin embargo, su sueño estuvo muy léjos de ser apacible. Fué turbado por horribles imágenes, en las cuales vió la figura pálida y flaca de su padre paciente; y cuando se despertaba, oía sus gemidos, que eran otras tantas puñaladas. Ella se levantó dos ó tres veces creyendo que tenia necesidad de algun socorro y le encontró durmiendo, lo que la convencia de que era víctima de un dolor moral, tanto como de

un mal físico. Ella misma no se hallaba buena: estaba fatigada del carruage, y habia esperado que el reposo le volviera algunas fuerzas; pero á la mañana, cuando estaba dispuesta á tomar un poco el sueño, la gritería de los niños no le permitió cerrar los ojos. Con el temor de que su padre tuviese necesidad de su asistencia, se levantó. Tovo mucha dificultad en vestirse por sí misma, tan débil estaba. Encontró á su padre aun en cama, pero despierto. El le dió los buenos días con una sonrisa lánguida, y tendió su débil mano diciéndole: que la alegría era enemiga del descanso tanto como el mismo dolor, y que el placer de volverla á ver le habia despertado ántes de lo acostumbrado.

Después la hizo sentar á su lado, fijó sus ojos sobre ella con una ternura inexplicable, y le dijo: yo os puedo dirigir estas palabras de la santa escritura: dejadme ver vuestro semblante y oír vuestra voz; pues vuestra voz es dulce y vuestro semblante agradable, y cuando os miro mi alma está trasportada de placer.

La olla estaba ya al fuego. Amanda acrec6 á la cama la mesa del té, y le dió su desayuno. Al tomarle de las manos de su hija levantó sus ojos al cielo para darle gracias del bien inestimable que acababa de recibir. Después del desayuno quiso levantarse, y mientras se vestía, Amanda salió

y se fué al jardín, si se puede llamar con este nombre un pequeño terreno estrecho, plantado todo de verzas y patatas, cerrado de una pequeña pared de piedra seca y zarzas. La primavera principiaba, el día era hermoso, las nubes se disipaban, y el cielo tenia un azul claro. El verde oscuro de las hojas de la zarza era realzado por el color encarnado bajo de sus flores. Los copos de primaveras crecian bajo su abrigo; la tierra que se levantaba en dulce pendiente sobre el jardín, estaba cubierta de un verdor vivo y fresco, y sembrado de margaritas; y los pájaros volando de una mata á otra parecia que con sus alegres cantos celebraban y saludaban la primavera.

Mas estos objetos tan dulces no podian tener ya los mismos encantos que habian tenido para Amanda. Se veia solitaria y sin consuelos; la naturaleza y sus bellezas ya no la interesaban. Ella se sentó sobre una piedra al último del jardín, esperando que la frescura del viento de la mar calmara su calentura. ¡Ah! se decia á sí misma, ¿qué diferente es mi situacion actual de la del año último en esta misma época?

No nadaba en la abundancia; pero tampoco pasaba en la indigencia. Tenia la esperanza de ver á mi padre juntar una pequeña fortuna; estaba yo como la flor de las montañas que crece á la aproximacion de la estacion del verano; pero que veo pe-

recer víctima del invierno de la pobreza.

Traía á la memoria el pensamiento casi profético que le habia hecho decir en su última mansion en Tudor-Hall. „Cuando estos bosques volverán á tomar sus ricos adornos, y resonarán de nuevo cánticos melodiosos; cuando estas flores abrirán su campanilla en fuerza de los rayos del sol, ¿dónde estaré yo? Muy léjos puede ser de estas sombras deliciosas, y puede ser abandonada y olvidada de aquel á quien pertenecen.

Ella en efecto estaba abandonada, si no olvidada de Mortimer, y no se presentaba á su memoria sino como culpable y digna de su menosprecio. Esto causaba á Amanda una agonía insoportable. El nombre de Mortimer ya no era un atractivo que adormecía sus dolores, y pronunciándole no hacia mas que acrecentar sus penas.

Mientras se abandonaba á estas tristes reflexiones, uno de los muchachos vino á avisarla que su padre podia recibirla. Con esto se apresuró y le encontró en una gran silla de brazos. Los estragos de la enfermedad y del disgusto le parecieron mas señalados que en la víspera. Su hermosa figura estaba absolutamente destruida, y parecia tener ya un pié en la tumba. El dolor de Amanda á este espectáculo fué extremo, y se manifestó en su semblante. El lo conoció, y procuró calmarla y conso-

larla. Ella le habló de llamar á un médico que al principio rehusó, pero en seguida cedió á ello para tranquilizarla, prometiendo que al dia siguiente veria á uno, pues que lo deseaba.

Este era domingo, y quiso que ella le leyese el rezo del dia. Habia una Biblia encima de la mesa, leyó estas palabras: „Deja á mi cuidado tus hijos huérfanos, y yo les serviré de padre.“ Lágrimas caian de los ojos de Fitzalan, y poniendo su mano sobre el libro exclamó: ¡qué palabras de consuelo! ¡qué dulces son para el corazon de un padre agitado de una tierna inquietud! Sí, Dios de toda bondad, con la mayor alegría dejo en vuestras manos á mi hija, pues sois un amigo que jamas la abandonaréis. Suplicó á Amanda que prosiguiese. Su voz era débil é interrumpida, y las lágrimas que procuraba detener, corrian sobre sus mejillas.

Quando hubo acabado, Fitzalan le rogó que se acercase y le contase todo lo que le habia sucedido durante su mansion en Lóndres. Ella le instruyó de todo lo que le habia pasado, hasta la época en que fué á vivir en casa la marquesa, y no le disimuló las esperanzas y los temores de que habia estado agitada en su amistad con Mortimer, los esfuerzos del Lord para conducirle á contraer con él un casamiento secreto, y la formal denegacion que habia hecho de acceder á semejante accion.

Un rayo de alegría brilló en el semblante de Fitzalan. Vos os habeis conducido, le dijo él, como lo esperaba. Yo me honro con tener una hija tal, y estoy mas que nunca indignado contra Lord Cherbury por sus viles sospechas. Amanda estaba convencida de que estas sospechas habian sido inspiradas á Lord Cherbury por las mismas personas que habian procurado destruir su reposo y su reputacion. Pero no queria noticiar á su padre esta idéa, ni los tratamientos que habia sufrido despues que hubo entra lo en la casa de Rosline. Cuando su padre le pidió que continuase su relacion, la voz comenzó á faltarle; su espiritu se turbó, y su semblante descubrió su grande aguiacion: la memoria de las terribles escenas que habian pasado en Portman-Square, renovaban en ella sus impresiones. Ella hubiera querido tenerlas ocultas á su padre, pero conoció en fin que le era imposible escapar de sus instadas y multiplicadas preguntas.

¡Gran Dios! dijo él despues de haberla oido; ¡qué espantosa combinacion de crueldad y engaño! ¡Monstruos! ¡cómo no habeis tenido lástima de una criatura jóven, inocente y sin apoyo! La mano de fierro de la desgracia ha sido mas pesada con vos, hija mia; pero despues de la conducta de la marquesa con vuestra madre, nada de su parte me admira.

„beros consultado sobre esta resolucion.
 „He temido que vuestra ternura por mí
 „no se opusiese á mi proyecto, ó que me
 „enviaseis socorros, que serian sacados
 „de vuestras necesidades y de las de
 „mi hermana, lo que me habria dado
 „un pesar mortal. Yo soy jóven, y tengo
 „salud y ánimo. Aun no me da pena
 „hacer mis adelantos en el mundo. He
 „evitado haceros una visita de despedida,
 „que habria sido dolorosa para todos. Os
 „escribiré luego que haya llegado al lugar
 „de mi destino. Me alegro de saber
 „que Amanda está con Lady Greystock.
 „¡Puedan vuestras desgracias ser reparadas,
 „y encuentre mi hermana la felicidad que
 „merece! Os suplico que no turbe vuestro
 „reposo una inquietud demasiada sobre
 „mi suerte. Os repito aun que no dudo
 „que tendré fortuna en la carrera en
 „que voy á entrar. La Providencia, en
 „quien he puesto mi confianza, me sostendrá,
 „y me reunirá algun dia con las
 „personas que son tan queridas de mi co-
 „razon. Recibid mi á Dios, y las seguridades
 „de mi respeto y reconocimiento.
 „OSCAR FITZALAN.”

Esta carta fué un golpe terrible para el corazon de Amanda. Ella se habia lisonjeado de poderse reunir con Oscar, y que la presencia de su hermano aliviaria la triste-

za de su padre y la suya. Al pensar en las dificultades que Oscar iba á encontrar en el camino de la vida, sin fortuna y sin amigos, derramaba lágrimas, y temia no verle jamas. Su padre le rogó por su amor que no se afligiese así. El contaba con ella como un apoyo y un consuelo, y le suplicó que no engañase su esperanza. Ella enjugó sus lágrimas, y sin poder sujetar su dolor, procuró manifestarle.

Jonathan y Kate vinieron en el discurso del dia á preguntar si podian servir en algo á Miss Fitzalan. Amanda obligó á Jonathan á que fuese á buscar un médico al dia siguiente, y dió á Kate la llave de un armario, en donde habia dejado diferentes efectos, que queria le enviasen por la tarde. Mistris Bryne les dió un pollo para comer, y Fitzalan manifestó alguna serenidad, y se encontró mejor que el dia anterior.

Jonathan habia desempeñado puntualmente la comision de Amanda, y condujo un médico al dia siguiente por la mañana. Fitzalan habia pasado mala noche, y Amanda se felicitó de haber exijido que su padre llamase un hombre del arte.

Algunos momentos despues de la llegada del médico salio del aposento para darle mas libertad, y no distraer su atencion, y se esperó afuera con la mayor inquietud.

Cuando el médico salió, le preguntó temblando lo que pensaba del enfermo, suplicándole no la engañase. El meneó la cabeza, y le aseguró que decia siempre la verdad. El capitan está en una situacion delicada; pero los remedios que le tengo ordenados y los baños del mar lo sacarán de ella: ha sido una felicidad haberme enviado á buscar á tiempo. Habló de las curas maravillosas que habia hecho, admiró la hermosa vista que tenia la casa, y se despidió de Amanda con aquel modo suelto y desembarazado que creia ser de gentes de buen tono.

Estaba ella dispuesta á esperar el restablecimiento de su padre, como un desgraciado que se anega, y se agarra de todo lo que puede. Abrazaba esta débil esperanza, y descuidaba sus propios males para dar á su padre su continua asistencia. Habria pasado las noches á su lado, si él no se hubiese absolutamente opuesto.

Fitzalan recibia de las manos de su hija los remedios que le habian ordenado; pero en sus miradas dejaba ver que no creia sacar alivio alguno de ellos. Sin embargo, hacia todo lo que ella queria. Levantaba á menudo los ojos al cielo para pedirle la prolongacion de los dias aun necesarios á la felicidad de su hija, cuyos cuidados merecian esta recompensa.

Cuatro dias se pasaron empeorándose siempre el mal, y las promesas del médico perdieron todo su crédito en el concepto de Amanda. Su padre decl'naba de hora en hora, y solo podia levantarse un momento por la tarde para dejar hacer la cama. El no se quejaba de dolores vivos; pero se extinguia poco á poco. Ya no podia entretenerse sino algunos momentos con su hija. En sus discursos procuraba inspirarle el valor y la resignacion que iban á serle muy necesarios en la ceremonia de un próximo y triste acaecimiento. Todas las veces que él hacia alguna alusion á esta idea, Amanda sufría mas allá de toda expresion. Pero Fitzalan creia deber aprovechar todas las ocasiones de darle reglas de conducta, que pudiesen servirle cuando habria perdido en él su protector y su guía. Algunas veces le recordaba lo pasado; pero sólomente para hacerla mas circunspecta en lo sucesivo.

Tambien le mandó evitar en adelante toda intimidad con Lord Mortimer; medida única que podia volverle su tranquilidad, salvar su reputacion, y destruir, añadió, las injuriosas sospechas de Lord Cherbury, hacerle conocer toda su injusticia, y hacerle sentir remordimientos cuando su piera que no estaba ya en su poder el repararla.

Amanda le prometió observar religiosa-

mente todo lo que le prescribió. El deseo que su padre le manifestaba de que evitase en adelante á Lord Mortimer, le parecia á la verdad una precaucion inútil, convencida como estaba de que Mortimer la habia del todo abandonado. Este pensamiento le causaba un grande dolor, pero ella se lisonjeaba de que conseguiria al fin superarlo si su padre recobraba la salud, pues entónces obligada á emplearse entéramente con él y consagrarle sus cuidados activos y sostenidos, no tendria tiempo de alimentar inútiles pesares y memorias dolorosas de lo pasado.

Una semana se pasó aun de este modo, durante la cual Amanda vió que su padre se debilitaba de dia en dia. Ella le ayudó una tarde como de ordinario á levantarse un momento. Cuando estaba levantado se quejó de opresion, y pidió que se le condujese cerca de una ventana para respirar el aire. Ella abrió la ventana y le hizo sentar, y poniéndose de rodillas delante de él le ciñó con sus brazos, y fijó sobre él tiernas é inquietas miradas.

La tarde era muy bella. El sol se ponía con toda su pompa, y el mar alumbrado por sus rayos oblicuos, parecia un mantel de plata. Qué bello espectáculo! exclamó Fitzalan, ¡con qué calma y magestad baja el sol sobre el horizonte! Tal

debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, exclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo; pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace soportar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija que estaban mojadas de ellas, las besaba exclamando. ¡Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os aflijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viajero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió y suplicó que mudase de discurso. El sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas y dijo.

Escuchadme, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volvereis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguralde que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que él merece, y la que estoy seguro que estimará en grande precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede

ser que ámbos seais indemnizados algun dia de todo lo que habéis sufrido. La Providencia es justa, y hará felices á los hijos de mi querida y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero miéntras estaba ocupada vertiéndole vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su padre sin sentido. Ella imaginó que era una debilidad pasajera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espirituosa. Todo fue inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

CAPITULO II.

AMANDA permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvi6 en si se encontró encima de un colchon colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente donde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso, pero al fin recobró su memoria. Viendo á

debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, exclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo; pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace soportar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija que estaban mojadas de ellas, las besaba exclamando. ¡Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os aflijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viajero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió y suplicó que mudase de discurso. El sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas y dijo.

Escuchadme, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volveréis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguralde que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que él merece, y la que estoy seguro que estimará en grande precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede

ser que ámbos seais indemnizados algun dia de todo lo que habéis sufrido. La Providencia es justa, y hará felices á los hijos de mi querida y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero miéntras estaba ocupada vertiéndole vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su padre sin sentido. Ella imaginó que era una debilidad pasajera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espirituosa. Todo fue inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

CAPITULO II.

AMANDA permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvió en si se encontró encima de un colchón colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente donde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso, pero al fin recobró su memoria. Viendo á

una persona sentada á su lado, reconoció á sor María, y alargándole la mano le dijo con una voz débil: ¡Qué caritativa sois en venir á visitarme! La buena hermana alborozada de oirla la abrazó tiernamente. Sus caricias conmovieron sensiblemente á Amanda; esta lloró en el seno de la religiosa, y su corazón se halló un poco aliviado.

Sor María no había sabido nada de la vuelta de Amanda al país, hasta que Mistriss Bryne fue á Santa Catalina á buscar algunas ramas de romero para esparcirlas sobre el cuerpo del pobre capitán. Ella había venido á casa de Bryne para saber si podría ser de alguna utilidad á Amanda, y suplicarle en nombre de la superiora y toda la comunidad que viniese á establecerse en el convento.

Amanda le dió gracias por su obsequioso ofrecimiento, al cual dijo que no podía acceder antes de haber llenado unos deberes que las circunstancias le prescribían: manifestó alguna pena por haberla desnudado, y suplicó á sor María que la ayudase á vestir. La hermana se esforzó á disuadirla, pero no pudo conseguirlo; estando resuelta Amanda á pasar el resto de la noche en el aposento de su padre. Ella la vistió (pues los brazos de Amanda le rehusaban este servicio) y le hizo beber un vaso de agua con vino ántes de

dejarla entrar. Al acercarse Amanda se admiró mucho de oír un gran ruido de gentes riendo y cantando, y preguntó espantada á la hermana lo que era aquello. Son, replicó esta, vecinos y amigos del capitán que honran su memoria. Amanda abrió la puerta para tener una explicación de lo que oía; pero cual fué su sorpresa y su horror viendo una multitud de paisanos groseros cercando la cama con todas las apariencias de la embriaguez, riendo, cantando y fumando. ¡Qué espectáculo salvaje para una hija, cuyo corazón se partía por la pérdida de un padre! Ella dió un grito de horror; y arrojándose en los brazos de Sor María, le suplicó despidiese aquella gente.

Sor María acostumbrada á este bárbaro uso, no experimentaba ni horror ni disgusto; sin embargo, hizo lo que Amanda deseaba, y suplicó á estas gentes que se retirasen, diciéndoles que Miss Fitzalan ignoraba sus usos, y á mas que la pobre criatura estaba del todo fuera de sí misma por la violencia de su dolor. Ellos comenzaron á murmurar á esta proposición, y contestaron que habían hecho preparativos para pasar la noche juntos alegremente, y Mistriss Bryne añadió, que si ella hubiese previsto lo que sucedería, el capitán habría podido buscar otro parage para morir, y que lo ménos que él podía

hacer despues de haberles causado tanta molestia era dejarles tomar alguna diversion despues de su muerte con sus vecinos. Jonathan y Kate aunque estaban entre la multitud, juntaron sus ruegos á los de sor Maria, y la buena Kate les determinó sobre todo á esta complacencia, diciéndoles que probablemente tendrian luego otra ocasion semejante que les proporcionaria la pobre Amanda. Al fin ellos se retiraron, y Amanda y sor Maria se quedaron solas en el aposento. La débil luz que les quedaba dando una claridad sombría sobre el semblante del muerto, añadia horror á este espectáculo. Amanda se abandonó á todo su dolor, y encontró en sor Maria una completa simpatía; pues la buena religiosa era conocida por practicar maravillosamente el consejo del apóstol, que quiere que uno lllore con los que lloran, y se alegre con los que se alegran. Ella obtuvo de Amanda la promesa de trasladarse a Santa Catalina despues del entierro de su padre, prometiéndole por su parte quedarse con ella hasta el fin de esta triste ceremonia, para la cual ella iba con Jonathan á hacer todos los preparativos necesarios. Esto fue de gran consuelo para Amanda, la cual en el estado miserable de su salud estaba incapaz de accion: sin embargo, tomó la resolucion de velar cerca del cuerpo cada noche por miedo de

ver renovar la indecente escena que habia interrumpido, y que miraba como un sacrilegio y una profanacion: por la mañana se acostaba. Sor Maria le tributaba todos sus cuidados; ella quiso tambien velar; pero en esto no manifestó sino su buena voluntad, pues dormia á todo sueño sobre el suelo teniendo la cabeza apoyada sobre los pliegues de su hábito que le servia de almohada. Amanda pasaba tambien la noche en tristes reflexiones, teniendo á la vista los restos de un padre querido. La tarde del dia cuarto despues de su fallecimiento era destinada para su entierro. Amanda le vió encerrar en el atahud con los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, y el corazon despedazado de dolor, como si ella le hubiese perdido en este solo momento. El cuerpo fue acompañado por las gentes de la casa, Jonathan, Kate, y algunos respetables colonos de quienes Fitzalan se habia hecho estimar durante su corta administracion, los hombres con bandas y cintas negras en sus sombreros, y las mugeres con cofias del mismo color.

Jonathan que habia sido soldado en su juventud, quiso hacer á Fitzalan algunos honores militares, é hizo poner sobre el féreto su nombre, y su espada. Amanda sufrió horriblemente viendo estos lúgubres preparativos; pero cuando le quitaron el cuerpo, ella no pudo soportar el exceso de su

dolor, y se desmayó en los brazos de sor María.

CAPITULO III.

ESTA buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en si á Amanda de este demayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en carruage á Santa Catalina, y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar fue conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acogida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar, pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada para respetar su dolor, y á la que quedó muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la fiesta de la Santa patrona del convento que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño hasta que la hubieron despertado unos sonidos dulces y armoniosos. En el primer momento de despertarse estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos estaba al extremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó ménos fuerza segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un hinno en honor de su Santa.

Miéntas que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los ob-

dolor, y se desmayó en los brazos de sor María.

CAPITULO III.

ESTA buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en si á Amanda de este demayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en carruage á Santa Catalina, y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar fue conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acogida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar, pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada para respetar su dolor, y á la que quedó muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la fiesta de la Santa patrona del convento que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño hasta que la hubieron despertado unos sonidos dulces y armoniosos. En el primer momento de despertarse estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos estaba al extremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó ménos fuerza segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un hinno en honor de su Santa.

Miéntas que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los ob-

jetos. Para aclarar sus dudas se levantó, y se convenció que habria podido creer á su primera impresion.

Ella volvió á caer sobre la cama, exclamando: ¡Cielos! ¿quién puede haber conducido á Mortimer aquí? El nada respondió, pero poniendo una rodilla en tierra *tomó las manos de Amanda entre las suyas, y las llevó á sus labios.* Amanda agitada por la grande conmocion que dejaba ver Mortimer, le dijo: Milord, ¿qué venis á hacer aquí?

Yo vengo, dijo él con una voz mal asegurada, á saber si Miss Fitzalan quiere mirarme aun como á su amigo. Esto segun, le respondió ella; pero mientras permanezcáis en esta postura no puedo responder á vuestra pregunta.

Lord Mortimer se levantó, y sentándose á su lado le pidió la explicacion de la respuesta que acababa de darle. Yo no puedo, dijo ella, conservar por vos un sentimiento de simple amistad sino con algunas condiciones. La primera, Milord, es que justificaréis á mi padre en la opinion de Lord Cherbury de haber favorecido nuestra amistad, y que contándole el modo con que ha nacido y sus progresos, borraréis de su imaginacion las injuriosas sospechas que ha formado contra mi desgraciado padre. Vos me diréis tal vez, que esto es inútil en el dia, que estas sospechas no le

pueden alcanzar; pero, Milord, es un deber sagrado para mí lavar su memoria de las reconvençiones de que ha sido objeto por mi respeto.

Os prometo solénnemente, le dijo Lord Mortimer, que seréis obedecida. Es una deuda de justicia que habia resuelto pagar ántes que me dieseis la orden para ello. No hace sino muy poco que he sido instruido de las calumnias que le habian denigrado en el concepto de mi padre, y no sé aun quien es el enemigo que le ha hecho tan mal servicio. El mismo puede ser, replicó Amanda, que ha tendido tantos lazos bajo mis pies, y que me ha hecho experimentar todos los tormentos, excepto los que trae consigo una conciencia culpable.

La segunda condicion que exijo de vos, Milord, es, que si ois pronunciar mi nombre con menosprecio por alguno de los del corto número, cuyo voto es en mi concepto de algun precio, y que en adelante me manifestarian alguna estimacion, querais defenderme diciendo solamente que no merezco el desprecio de que me cubren. Creedme inocente, y persuadiréis fácilmente á los demas que lo soy. Vos podeis pensar, Milord, que yo misma no puedo mirarme como tal despues de lo que habeis visto con vuestros propios ojos. ¡Ah Milord! estas pretendidas pruebas han sido dirigidas por la malicia y la traicion, para perderme en

el concepto de mis amigos, y con la esperanza de obligarme á cometer el crimen del que habia ya sufrido toda la vergüenza y parecia culpable á la vista de todos.

Ciertamente en este momento solemne en que acabo de ver á mi desgraciado padre volver al seno de nuestra madre común; cuando el alma oprimida de dolores y el cuerpo debilitado por tantas fatigas me veo en el borde de la misma tumba, seria el mas despreciable de los seres, si me atreviese á asegurar mi inocencia contra el testimonio de mi conciencia que me desmentiria. No, Milord: haciéndome culpable de una falsedad tal, añadiria al crimen una locura verdadera, pues que yo misma me privaria por mi obstinacion y mi dureza de la dicha que puede, en la vida futura, indemnizarme de todo cuanto he sufrido.

¡O Amanda! exclamó Mortimer, el cual durante el tiempo que habia hablado iba y venia en el aposento con grande agitacion, vos me persuadiréis casi contra el testimonio de todos mis sentidos.

Casi, replicó Amanda. Veo, Milord, que no estais aun dispuesto á creerme; pues si conservais vuestras prevenciones, ¿qué motivo os ha podido atraer aquí? ¿Es para mas aseguraros de que soy culpable? ¿Es para oirme confesar, que quedo sola en el mundo, sin un solo sér que ponga in-

teres alguno en mí? ¿que el asilo en que estoy se me ha dado por caridad, y que si mi vida se alarga, me será menester, para proveer á mi subsistencia, combatir una constitucion débil, disgustos inconsolables, y una reputacion manchada por infames imputaciones?

No, no, exclamó Mortimer arrojándose de nuevo á sus pies, jamas sufriré que seais víctima de la miseria. No, aun cuando fueseis culpable, como yo he sido tentado á creer, la muger á quien habia dado mi corazon, jamas se verá expuesta á la necesidad. Yo no creo, ni puedo creer que quierais engañarme. Hay en vuestras palabras una elocuencia seductora, que me persuade que habeis sido el ludibrio y la víctima de una traicion. Yo no puedo daros una prueba mas fuerte de mi confianza, que estrechandoos de nuevo á no tener conmigo sino una misma reputacion, una misma fortuna y un mismo destino.

La firmeza con que Amanda habia sostenido hasta entónces su conversacion y su conferencia con Mortimer, se desvaneció en este momento, y se deshizo en lágrimas, por ver en la conducta de Mortimer un rasgo de generosidad. A pesar de las apariencias que estaban contra ella, se remitia á la seguridad que le daba de su propia inocencia. El se determinaba á correr todos los peligros á que le arrastraba

su union con ella, para sacarla de la desgraciada situacion en que se hallaba; pero mientras la sensibilidad de Amanda estaba conmovida, su orgullo estaba alarmado; ella temia que Mortimer no pensase que la apologia que acababa de hacerle habia tenido por objeto volverle á atraer á sí.

Para apartarle de esta idéa, si hubiese podido formarla, emprendió persuadirle, que en adelante ella no podia tener con él ninguna estrecha amistad. Lord Mortimer atribuyó lo que le dijo en este sentido, al resentimiento que tenia aun contra él, por las dudas que habia dejado ver, y él no quiso levantarse hasta que no le hubiese concedido su perdon.

Os perdono, dijo ella, vuestras sospechas aunque me hayais ofendido hasta el corazon; ellas no pueden admirarme cuando me acuerdo de las diferentes situaciones en que he sido sorprendida; y que podria explicaros, si quereis darme algunos momentos. Lord Mortimer le manifestó un gran deseo de ser instruido de las circunstancias que el solo temor de fatigarla ó agitarla le habia impedido suplicárselo hasta entónces. El se sentó á su lado, la tomó de las manos, y escuchó atentamente su relacion.

Entónces le contó en pocas palabras como Fitzalan, despues de la muerte de su muger, habia ido á establecerse

en Devonshire: como habian hecho conocimiento con Belgrave, que se les habia presentado como el amigo y protector de Oscar, y como los habia sumergido en la miseria, cuando ella hubo no sólomente resistido á sus insolentes proyectos, sino manifestado su resentimiento por ellos.

En seguida le contó la manera artificiosa con que Lady Greystock la habia sacado del lado de su padre; el frio é insolente recibimiento que habia tenido de la marquesa y de Lady Eufrasia su hija; el odio de la marquesa á Fitzalan, la repentina mudanza sucedida en la conducta de la madre é hija para con ella; el ofrecimiento súbito, inesperado y sin motivo que se le habia hecho de ir á vivir en la casa del marques, circunstancias que le daban motivo á creer que la marquesa tenia desde entónces el proyecto de introducir al coronel Belgrave en la casa: en fin, ella le dijo que las sospechas injuriosas que Lord Cherbury habia formado contra Fitzalan, se las habia probablemente inspirado la marquesa.

Lord Mortimer interrumpió á Amanda en esta situacion para participarle su conversacion con Mistriss Jánés en la sala. Amanda levantó los ojos al cielo penetrada de admiracion por una tal maldad; pues, dijo ella, aunque haya sospechado siempre de la rectitud de esta muchacha

jamas la habria creído culpable de tal bajeza.

Lord Mortimer le dijo aun lo que Lady Greystock habia contado de las conversaciones de Mistriss Jennings, y lo que la ama de llaves le habia dicho á él mismo del billete de banco que habia incluido en su casa.

¡Justos cielos! exclamó Amanda, á medida que conozco el número, la rabia y artificios de mis enemigos, me admiro mas de no haber sucumbido del todo á sus golpes. Ella entónces continuó sus relaciones: explicó la causa del odio que Mistriss Jennings le tenia, y del modo con que ella habia caído en poder del coronel Belgrave y su milagrosa libertad, la acogida llena de bondad que le habia hecho el viejo Howell, y su situacion y la de su padre á su llegada á Carberry-Castle. Ella no pudo pasar adelante, sus suspiros y gemidos se lo impidieron. Lord Mortimer la apretaba dulcemente contra su seno, y la llamaba su amable y desgraciada Amanda, mas querida que nunca de su corazon, declarándole que no la dejaria hasta que no le diese derecho de defenderla, y ponerla al abrigo de los complots de sus enemigos. Ardientes lágrimas corrian sobre las mejillas de Amanda, y exclamó: lo que pedis es imposible; yo lo he prometido á mi padre moribundo, él ha recibido mi promesa y no la vio-

laré, y mi resolucion, Milord, es que esta conferencia sea la última.

¡Qué promesa! exclamó Mortimer. Ciértamente no hay sér alguno bastante inhumano para haber hecho prometer abandonarme. No es la inhumanidad, continuó Amanda, la que ha exigido de mí esta promesa, y yo ofenderia el honor, la equidad y la razon violándola. Solo un suceso puede hacerme ceder á vuestros deséos; este seria que yo pudiese traeros una fortuna igual á la vuestra, á fin de que Lord Cherbury no pudiese acusarme en mi conducta, como dictada por el interes personal; y como suceder esto es imposible, tambien lo es el poder jamas reunirnos. Despues de esto, vos debeis conocer, Milord, que continuando en verme me hariais injuria: no me turbeis pues en mi retiro; pero ántes que me dejéis, permitidme que os diga que habeis aligerado el peso que oprimia mi corazon dando crédito á lo que os he contado de mí misma. Si sucumbo á mi enfermedad, me consolaré al morir con el pensamiento de que habeis reconocido mi inocencia, y si vivo, sacaré algun valor para superar las dificultades de la vida, con el pensamiento de que si aquellos cuya opinion me importa se acuerdan de mi, es concediéndome su estimacion.

Lord Mortimer vivamente penetrado de lo que ella acababa de decirle, se le ani-

maron mas sus ojos; él le declaraba de nuevo que no dejaria sacrificar su felicidad á una generosidad escrupulosa y novelera; cuando la superiora y sor María, volviendo de la capilla donde habian oido un sermon de su ministro, entraron con una luz en la mano cada una.

Lord Mortimer turbado se levantó y retiró á la ventana, sacando el pañuelo para ocultar su conmocion. Amanda no se encontró en estado de hablar á la superiora ni á la hermana, que se miraban una á otra, inciertas de si entrarían ó se retirarían. Vuelto en sí Mortimer de su turbacion, se acercó á la superiora, y se excusó de haber entrado en su aposento bajo el pretexto de que tenia el honor de ser amigo de Miss Fitzalan, y no habia podido resistir al deseo de venir él mismo á saber noticias suyas á su llegada.

La superiora á quien los usos del mundo no le eran desconocidos, recibió sus excusas con desembarazo y política. Sor María se acercó á Amanda y la encontró temblando y toda llorosa; ella le manifestó toda su pena de verla en este estado, y la obligó á beber un poco de vino para sostenerse. La luz que habian traído dió á Mortimer la facilidad de observar en el semblante de Amanda los estragos del disgusto y de la enfermedad. La palidez de su color, sus ojos hundidos y oscurecidos le penetraron dolorosa-

mente. ¡Gran Dios! dijo él acercándose á ella y tomando su mano, temo que os encontráis muy mala.

Ella le respondia con una triste mirada, que parecia decirle que se engañaba. Los esfuerzos que habia hecho para hablar con él tanto tiempo, y la violencia para desterrarle para siempre de su presencia, habian fatigado sus fuerzas entéramente.

Despues de tantas desgracias y sufrimientos ¡cuán dulce le habria sido recibir los cuidados de Mortimer! ¡Qué agradable y delicioso asilo el de hallarse en sus brazos! Pero ni el aspecto de esta dicha, ni el de las privaciones á que se entregaba eran capaces de hacerle faltar á las promesas que habia hecho á su padre.

En efecto está muy mala, dijo Sor María, es preciso ponerla en cama lo mas pronto posible. Ella sin duda tiene necesidad de reposo, dijo Lord Mortimer; pero decidme, mi querida Miss Fitzalan, si estas buenas señoras me permiten volver aquí mañana, ¿podré veros? Eso es imposible, le respondió Amanda; os he manifestado ya que esta conferencia era la última que os permitiría. Nada me hará mudar de resolucion.

Si vos insistis en rehusarlo, dijo Mortimer olvidando las personas presentes en la violencia de sus sentimientos, yo os podré

acusar de disimulo, pues tendré motivos para creer que el interes que me habeis manifestado no le habeis jamas sentido. Una tal reconvenccion me conmueve poco, replicó Amanda; puede ser será feliz para vos creerla justa. ¡Cruel, continuó él, rehusar verme! ¡prolongar á vuestra voluntad los tormentos de mi corazon!

Joven, dijo la superiora con un tono que manifestaba su descontento, ved las lágrimas que haceis derramar, y respetad su dolor. ¡Ah señora, replicó Mortimer, respetar su dolor! Seguramente le respeto; pero, mi querida señora, cuando Miss Fitzalan se encuentre mejor, exijid de ella que os instruya de todas las circunstancias de nuestra amistad, y vos misma sereis mi abogada para con ella, y aun la persuadireis á que reciba mis cuidados.

Yo no puedo, dijo la superiora, desear tener mas parte en la confianza de Miss Fitzalan de la que ella quiera concederme: soio os diré que despues de lo que de ella sé, creo su conducta arreglada siempre á la razon y á la discrecion; que me ha obligado sobre manera eligiendo por asilo este humilde retiro, y que habiéndose puesto bajo nuestra proteccion, corresponderé á su confianza, defendiéndola de toda especie de persecucion.

Y bien, señora, dijo Mortimer, yo me li-sonjéo de que Miss Fitzalan me hará la

justicia de declarar que en la visita que le he hecho he tenido motivos á los cuales no puede ceder, pero tampoco puede condenar. Yo no os importunaré mas tiempo con mis instancias; pero esperaré que una y otra no sereis siempre inflexibles.

Entónces tomó su sombrero, y se fué hácia la puerta; pero hechando una mirada á Amanda no pudo ménos de decirle una palabra, y se acercó á ella. Le suplicó que se calmase y tomase ánimo; le pidió perdon del calor de que se habia dejado llevar, y le aseguró que en adelante no tendria felicidad en la tierra sino viviendo con ella. Le suplicó le diese la mano como señal de una mutua amistad. Ella consintió; pero cuando volvió á pedirle el permiso de verla la encontró inexorable, y se retiró muy triste. Sor María le acompañó hasta la puerta, y él le suplicó le acompañase algunos pasos mas, porque tenia alguna cosa que decirle. Ella consintió en ello; pues acordándose que este era el mismo que le habia dado miedo una tarde en las ruinas, tenia el proyecto de preguntarle el motivo que le conducia allí.

Lord Mortimer, que conocia la pobreza de la casa, temia que Amanda careciese de muchas cosas que no se le podrian proporcionar. Para subvenir las sacó su bolsillo y lo presentó á sor María, suplicándole emplease el dinero á proveer las necesi-

dades de Miss Fittzalan, sin decirle cosa alguna. Sor Maria sopesó el bolsillo. ¡Ay Jesus! dijo, y ¡qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando le detuvo diciéndole: esperad; tengo que deciros una palabra: ¡cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió.—Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo. ¡Ay Jesus! dijo ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se sonrió y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer, nada contestaba, y se alejaba; pero ella corrió hasta cerca de él, y arrojó el bolsillo á sus pies y huyó.

Vuelta á entrar, contó á la abadesa lo que le habia pasado, y le hizo un mérito de haberle rehusado. Amanda y la abadesa lo alabaron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida y puesta en cama, y á donde Sor Maria trajo la suya para verla y cuidarla con mayor esmero.

CAPITULO IV.

Ahora debemos explicar la llegada repentina de Lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que

le hemos dejado en Lóndres profundamente aflijido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no se disminuía ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia. El se consumia de tristeza, y huía de la sociedad. Al último le vino al pensamiento de que aunque Amanda se hubiese dejado desencaminar miseráblemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al coronel Belgrave. Le parecia que encontraria un alivio á sus penas si supiese en qué habia parado, y si era posible arrancarla de su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viaje á Irlanda, é ir á ver al capitan Fittzalan, y si no habia aun vuelto á su padre, consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

El dijo á Lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viaje al pais de Gales. El padre convino felicitándose interiormente de no tener que temer mas de Amanda, y lisonjéandose de que Mortimer á su vuelta á Lóndres no rehusaria ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le hubiese esperado al fin, mién-

dades de Miss Fittzalan, sin decirle cosa alguna. Sor Maria sopesó el bolsillo. ¡Ay Jesus! dijo, y ¡qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando le detuvo diciéndole: esperad; tengo que deciros una palabra: ¿cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió.—Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo. ¡Ay Jesus! dijo ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se sonrió y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer, nada contestaba, y se alejaba; pero ella corrió hasta cerca de él, y arrojó el bolsillo á sus pies y huyó.

Vuelta á entrar, contó á la abadesa lo que le habia pasado, y le hizo un mérito de haberle rehusado. Amanda y la abadesa lo alabaron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida y puesta en cama, y á donde Sor Maria trajo la suya para verla y cuidarla con mayor esmero.

CAPITULO IV.

Ahora debemos explicar la llegada repentina de Lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que

le hemos dejado en Lóndres profundamente aflijido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no se disminuía ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia. El se consumía de tristeza, y huía de la sociedad. Al último le vino al pensamiento de que aunque Amanda se hubiese dejado desencaminar miseráblemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al coronel Belgrave. Le parecia que encontraria un alivio á sus penas si supiese en qué habia parado, y si era posible arrancarla de su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viaje á Irlanda, é ir á ver al capitan Fittzalan, y si no habia aun vuelto á su padre, consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

El dijo á Lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viaje al pais de Gales. El padre convino felicitándose interiormente de no tener que temer mas de Amanda, y lisonjéandose de que Mortimer á su vuelta á Lóndres no rehusaria ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le hubiese esperado al fin, mién-

tras que el solo bien que podia esperar de él, era un débil alivio á sus dolores. Ocultó á su tia el verdadero objeto de su viaje avergonzándose él mismo de la debilidad que le hacia correr hácia Amanda.

Despues de haber pasado el mar, tomó la posta con un solo criado. A una milla de Carberry-Castle encontró el entierro de Fitzalan. Deteniéndose su coche para dejar pasar el acompañamiento, reconoció á Jonathan, y este le conoció tambien, y se acercó al estribo del coche, y despues de humildes reverencias le notició, meneando la cabeza tristemente, que era el entierro del capitan Fitzalan.

¡El capitan Fitzalan! exclamó Mortimer poniéndose pálido, y con una voz decaida, penetrado dolorosamente de la idéa de que su padre habia contribuido á este triste suceso; pues ántes que saliese de Lóndres, Lord Cherbury le habia noticiado la carta escrita á Fitzalan, y no dudaba que este golpe junto con las desgracias de Amanda le hubiese causado la muerte. ¡El capitan Fitzalan! repetia.

Si, Milord, dijo Jonathan, enjugándose los ojos, no habia hombre mejor que él. ¡Pobre señor! la vida le era bien pesada. ¿Tenia algun amigo á su lado, ó alguno de sus hijos? preguntó Lord Mortimer.— Si, Milord, la pobre Miss Amanda—¡Estaba á su lado! dijo Mortimer vivamente.

—Si, Milord, ella llegó aquí habrá cerca de diez dias; pero bien mudada: yo no creo que ella sobreviva á su padre mucho tiempo. La pobre señorita está muy enferma, y es una lastima, pues es una persona buena y amable.

Lord Mortimer se turbó en extremo. Quiso ocultar su conmocion, é hizo señal con la mano á Jonathan para que se fuese; pe este no le entendia. Mortimer le dijo al fin, que no queria detenerle mas.

El haber vuelto Amanda al lado de su padre confirmó á Mortimer en el pensamiento de que habia reconocido sus errores. Se representaba en su mente la patética escena entre el padre moribundo y una hija arrepentida, tan amable y tan querida; su situacion cuando habia recibido al mismo tiempo su perdon y la bendicion paternal, llorando jústamente la pérdida de un padre y sus propias faltas, y procurando borrarlas con sus súplicas y lágrimas.

Oia decir tambien que estaba moribunda. Esta idéa le causaba horror; sin embargo, no pudo ménos de pensar que la tumba era para en adelante el solo asilo que ella podia tener contra el desprecio y la maldad de los hombres. Temia no poder ver á la bella penitente miéntras que estuviese en estado de conversar con él. Era sin duda un momento terrible el en que reci-

biria su último á Dios; pero encontraría una dulzura al horror de una eterna separacion, y puede ser que Amanda misma recibiría algun consuelo al morir, sabiendo que él le concedía de todo corazon el perdon de que su conciencia sin duda le decia que tenia necesidad, por haberle engañado bajo las apariencias de la virtud. Mortimer sabia por Lord Cherbury, que Fitzalan habia dejado el castillo, y no sabia donde encontraría á Amanda; pero se propuso saberlo de Jonathan cuando volviese.

Luego que estuvo fuera de la vista del entierro, bajó del coche, y despues de haber mandado á su criado conducirlo á Carberry-Castle, tomó un sendero, atravesando campos, que le condujo á uno de los lados del cementerio donde Fitzalan iba á ser enterrado.

Jústamente llegó allí cuando bajaban el atahud á la sepultura. Un árbol que crecía al lado de la pared le ponía á cubierto de la observacion. Oyó á muchos aldeanos alabar el mérito y las virtudes del difunto con grande calor, y vió como Jonathan recibía el sombrero y la espada de Fitzalan, puestos encima del féretro, derramando un torrente de lágrimas.

Cuando todo el mundo se hubo retirado del cementerio, saltó la pared baja y arruinada que le cerraba, y se acercó á la sepultura de Fitzalan. El sitio era triste y

solitario, y la declinacion del dia añadía tristeza á la escena. Lord Mortimer estaba abatido y falto de alimento. El se convenia de la inestabilidad de las cosas humanas, y de la vanidad de los proyectos, no solo por el espectáculo de que acababa de ser testigo, sino por su propia situacion. Sus mas queridas esperanzas, sus proyectos de felicidad, la alegría de su espíritu, todo estaba marchitado, y puede ser para no revivir jamas. Su rango y su fortuna, tan apreciados de los hombres, y la misma virtud, no podian consolarle, ni curar la llaga de su corazon.

Descansa en paz, desgraciado Fitzalan, exclamó él, despues de haber permanecido por algun tiempo en pié, con los brazos cruzados, arrojando la vista sobre la tumba; descansa en paz despues de una vida llena de trabajos y tormentos. ¡Qué felicidad habria yo gustado, si hubiese podido endulzar tus penas, y consolar tus últimos dias! Pero yo puedo aun ser útil á dos seres que te eran tan queridos, y este es el solo medio que me queda para reparar la injusticia que se te ha hecho. Tu Amanda y tu amable hijo serán en lo sucesivo el objeto de mis cuidados. A lo ménos estará en mi poder hacer algun servicio al hermano de Amanda en la carrera en que ha entrado.

Despues que Lord Mortimer hubo der-

ramado lágrimas en la tumba, volvió tristemente á Carberry Castle. Jonathan habia llegado allí ántes que él, y habia encendido ya un gran fuego en el aposento que habia ocupado Amanda. Jonathan habia escogido este, porque los otros habian quedado cerrados despues de la salida de Fitzalan, y no podian limpiarse hasta el dia siguiente; pero esta eleccion era la peor para Lord Mortimer, á quien este aposento y todo cuanto en él habia le recordaban á Amanda. Estos dolorosos recuerdos le penetraban de tal modo, que se alarmaron por ello, no solamente su criado, sino tambien Jonathan. El se calmó un momento; pero luego despues experimentó una sensacion tan violenta como la primera. Entónces supo el lugar de la residencia de Amanda, y su impaciencia de verla fué tan grande, que temiendo que las puertas del convento fuesen cerradas si lo diferia, tan fatigado como estaba se puso en marcha sin haber tomado refresco alguno.

El hacia cuenta en llegando á Santa Catalina, llamar á una religiosa y suplicarle le introdujese en el aposento de Amanda, si se hallase en estado de recibirle; pero despues de haber llamado á la puerta solo vió venir á una criada, de quien supo que todas las religiosas estaban en la capilla, y Miss Fitzalan en el cuarto de la superiora. El preguntó si estaba tan mala que no pu-

diese recibirle. La muchacha contestó que no; pues como ella no habia entrado en el cuarto sino para llevar el agua para el té en un momento que Amanda estaba tranquila, se habia imaginado que estaba buena.

Lord Mortimer le dijo su nombre, y le suplicó fuese á preguntar á Miss Fitzalan si queria recibirle. La criada se turbó tanto conociendo que hablaba á un Lord, que se quedó allí como una tonta. Imputando Lord Mortimer su silencio y su inmovilidad á alguna repugnancia á desempeñar esta comision, le puso una guinéa en la mano, y la rogó se apresurase; pero al salir del aposento se habia olvidado del título y nombre, y temiendo parecer estúpida en el concepto de Miss Fitzalan ó Mortimer desempeñando tan mal su encargo, volvió á decir á Mortimer que se le recibiria, y podia subir, y le enseñó la puerta. Cuando entró, atribuyó el silencio de Amanda al exceso de su dolor. El se acercó á la cama en que estaba, y no se alarmó poco al verle los ojos cerrados. Al principio creyó que estaba desmayada; pero observando que respiraba libremente, sacó la consecuencia de que la criada le habia engañado. El la observó algun tiempo hasta que hizo algun movimiento. Entónces se retiró atras por temor de que compareciendo tan repentina-

mente delante de ella, no le causase demasiada conmocion.

Se ha contado ya lo que pasó en esta conferencia. Aunque las apariencias fuesen tan fuertes contra Amanda, y que ella no hubiese dado explicacion alguna consecuente de su conducta, en el momento que afirmó solómnemente que era inocente, Mortimer ya no dudó de ello; y cediendo á un mismo tiempo á su conviccion, á su amor y á su compasion por ella, le renovó sus instancias para hacerla consentir en su union. Cuando supo por menudo los extratagemas empleados contra ella, los peligros de que habia escapado, y los males que habia sufrido, se dió mas prisa que nunca en ejecutar su plan, á fin de que bajo su proteccion estuviese en adelante al abrigo de semejantes insultos. El le volveria la salud, la paz y la felicidad, prodigándole su ternura y sus cuidados. El la haria triunfar de la perfidia y vileza de la marquesa y Lady Eufrasia, elevándola á un estado del que habian hecho tantos esfuerzos para apartarla, probándoles de este modo que la virtud tarde ó temprano es superior á todos los extratagemas del vicio.

Sus transportes se entibieron en el momento en que Amanda le declaró que su union en adelante era imposible, y que no podia ya recibirle otra vez. El se habia pi-

cado de la firmeza con que le anunciaba esta resolucion; pero viendo el estado de debilidad en que estaba, no le era permitido dejar ver su descontento, y se li-sonjeaba de que triunfaria de su resistencia. En efecto, no podia desesperar de ningun suceso despues de la feliz mudanza que habia vuelto toda su estimacion por Amanda, y que habia hecho revivir sus esperanzas de felicidad desvanecidas, cuando creia que Amanda estaba irrevocáblemente perdida para él.

Volvió todo mudado á Carberry-Castle. Ya no experimentó penosos sentimientos al entrar en el aposento que habia ocupado Amanda, en el cual se encontraban por todas partes reliquias de su buen gusto.

Para darle la prueba ménos equívoca de su entera confianza, determinó unirse con ella prontamente, no suponiendo por otra parte que pudiese sostener la resolucion que le habia manifestado. Con esta idea resolvió partir al momento á Lóndres, y no ahorrar cuidados ni gastos para obtener de los agentes subalternos del complot tramado contra ella una entera confesion de la parte que habian tomado en él, y todo lo que supiesen de los ardides de los otros cómplices y autores. No era por él el querer dar estos pasos; ninguna necesidad tenia de ver confirmar lo que le habia asegurado Amanda. Esta conviccion

estaba probada con la oferta de su mano que habia hecho ya; pero queria cubrir de confusion á los que habian querido perderla, y añadirles esta pena á la que experimentarían viéndola salir de su oscuridad, no como Miss Fitzalan, sino como Lady Mortimer. Las pruebas que obtendria de su inocencia, impedirían á los malvados decir que habia sido juguete de los artificios de Amanda, y estaba convenido de que estas gestiones serían útiles á ambos. Entonces podria él confesar su casamiento, conducir su muger á Londres é introducirla en las sociedades; y si su padre conservaba demasiado tiempo su resentimiento, sabia que encontraría siempre un asilo agradable en casa de su tia ó en Tudor-Hall. Estos risueños proyectos le tuvieron despierto una parte de la noche, y cuando se dormió fué para ocuparse aun en sueños de la felicidad de Amanda y de la suya.

Al dia siguiente por la mañana, á pesar de las prohibiciones, se fué á Santa Catalina para saber noticias de Amanda, y probar si podia verla. La muchacha que le habia abierto el dia anterior pareció, y le dijo que Miss Fitzalan se hallaba muy mala. El creyó que esto no era mas que un pretexto para quitarle este deséo; y para asegurarse de ello iba á aflojar algun dinero en la mano de la criada, cuando Sor

María que lo observaba desde una puerta vecina, se presentó y la detuvo. Esta le repitió lo que acababan de decirle sobre el estado de Miss Fitzalan, añadiendo que cuando estuviera mejor tampoco la vería; que él se abstuviese de venir en adelante á Santa Catalina, porque Miss Fitzalan y la superiora se ofenderían extremadamente de esta conducta; y en fin, que si tenia necesidad de saber noticias de la enferma, podia fácilmente enviar un criado, que seria mucho mejor que venir á importunarlas á cada momento.

Lord Mortimer se agravió mucho de este discurso poco civil. ¿Queréis vosotras, dijo él, hacer de Miss Fitzalan una religiosa, pues que le privais de toda conversacion? ¿Por qué no? respondió Sor María, ella seria muy feliz entre nosotras, y en cuanto á privarle de las conversaciones de gentes de afuera, ella tendrá muy agradables sin salir de aqui. En efecto, yo creo muy bien que la pobre Miss os ama mucho; pero tanto peor para ella.

Señora, dijo Lord Mortimer, si á los demas votos juntaís el de decir la verdad, observareis este voto religiosamente. Verdaderamente, añadió Sor María, yo acabo de oírle contar una larga historia á la superiora de vos y de ella, por la que he visto, que la voluntad de su padre era, que ella no tuviese ninguna comunicacion con

vos, y confieso que el pobre señor me parece que ha tenido buenas razones para ello. Yo os suplico pues, Milord, que no volvais mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle cometer una tontería.

A pesar de la severidad de Sor María, no pudo ménos Lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla en solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla; pero ella estuvo inflexible. Él la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veía que esta seguridad le daba, le dijo, que podia enviar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, que se encargaria de dárselas ella misma.

Lord Mortimer comenzó á temer seriamente que el capitan Fitzalan hubiese exigido de su hija que renunciase á él enteramente; y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba, de que en este caso nada podria persuadir á Amanda á faltar á una promesa que habria hecho á su padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas; pues que escribiendo á Miss Fitzalan no podria recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva ra-

zon para convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

CAPITULO V.

Amanda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion; á las fagitas y á los disgustos; sucumbió á su violencia, y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habérsele declarado calentura. Todas las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fueron ayudados por un médico hábil establecido en una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitan Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispuesta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. El no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospecho, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad, pues Lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los auxilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Éste la veia regularmente, y se quedaba mucho tiempo con ella; y como era amable é instrui-

vos, y confieso que el pobre señor me parece que ha tenido buenas razones para ello. Yo os suplico pues, Milord, que no volvais mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle cometer una tontería.

A pesar de la severidad de Sor María, no pudo ménos Lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla en solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla; pero ella estuvo inflexible. Él la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veía que esta seguridad le daba, le dijo, que podia enviar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, que se encargaria de dárselas ella misma.

Lord Mortimer comenzó á temer seriamente que el capitan Fitzalan hubiese exigido de su hija que renunciase á él enteramente; y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba, de que en este caso nada podria persuadir á Amanda á faltar á una promesa que habria hecho á su padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas; pues que escribiendo á Miss Fitzalan no podria recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva ra-

zon para convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

CAPITULO V.

Amanda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion; á las fagitas y á los disgustos; sucumbió á su violencia, y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habérsele declarado calentura. Todos las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fueron ayudados por un médico hábil establecido en una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitan Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispueta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. El no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospecho, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad, pues Lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los auxilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Este la veia regularmente, y se quedaba mucho tiempo con ella; y como era amable é instrui-

do, su conversacion contribuia á levantar á Amanda de su abatimiento. Despues de algunos dias se le dió otro aposento en el piso llano del jardin. Desde allí apoyada sobre el brazo del buen doctor ó de alguna religiosa, hacia algunas veces un paséo. Instruido Lord Mortimer de su convalecencia, creyó que podia pedir el permiso de ir á verla, y le escribió la siguiente carta:

„Lord Mortimer presenta sus memorias
 „á Miss Fitzalan, y se promete que ella le
 „dará su permiso para ir en persona á ex-
 „presarle la alegría que siente del restable-
 „cimiento de una salud que le es tan querida.
 „El no crée que ella pueda rehusarle esta
 „súplica tan razonable, y aun se persuade
 „que no vacilará un momento en concedér-
 „sela, si puede formarse una idéa de la in-
 „quietud que ha sentido por ella y de la que
 „continuará sintiendo hasta que le haya ex-
 „plicado algunas expresiones de su última
 „conversacion.—Carberry—Castle 10 de ma-
 „yo.”

Esta carta dió mucha pena á Amanda. Ella habia esperado aborrarse en adelante el disgusto de negarse de nuevo á las visitas de Mortimer. Veia que su carta hacia alusion á lo que le habia dicho de la promesa hecha á su padre; y conociendo el carácter impetuoso y sensible de Mortimer, se figuraba las agonias que expe-

rimentaria cuando reconociera que ella miraba esta promesa como inviolable. Sentia la desgracia de Mortimer mas vivamente que la suya. Formado su corazon en la escuela de la adversidad, podia sopor-
 tar sus disgustos con alguna calma; pero Mortimer no tenia este recurso, y Amanda lloraba por el destino de un amor tan tierno, tan fiel y tan destituido de esperanza.

Amanda suplicó á Sor Marta que dijese al mensajero, que ella no recibia visitas; que como estaba bastante aliviada, no se tomase mas la pena de enviar á saber noticias suyas, ni de escribirle, pues no podia contestarle. La superiora, que se habia hallado presente cuando recibió la carta, alabó mucho su valor y su prudencia. Amanda, despues de su conversacion con Lord Mortimer, que la superiora habia oido, creyó deberla instruir de todo lo que habia pasado entre ellos; y la superiora, que dudaba aun que las miras de Lord Mortimer fuesen tan honestas como decia, creyó que Amanda se conducia sábiamente rehusando recibirle.

Al dia siguiente por la mañana el doctor vino como acostumbraba. Este dijo á Amanda que le habia traído un libro divertido, cosa que no se le podia proporcionar en Santa Catalina, y que como ella le habia manifestado muchas veces el sen-

timiento de no tenerlos, le habia traído uno de su biblioteca, que era numerosa y esojida.

El no le habló del libro ni se lo entregó sino al partir, diciéndole que encontraría en él cosas dignas de su atención. Luego que Amanda estuvo sola, le abrió, y se admiró muchísimo de ver caer de él una carta. Ella la recojó, y conociendo por el sobrescrito la letra de Mortimer, vaciló si la abriría. Con todo, devolverla sin abrir era una injuria que no la merecía Mortimer. Rompió, pues, la nema con una mano trémula y el corazón palpitante, y leyó lo que sigue.

„¡Cruel Amanda! Reducirme á usar de „extratagemas para escribiros, y destruir „la dulce esperanza que tenía de recibir „próntamente la indemnización de todos mis „sufrimientos! ¿Debo, pues, ser siempre vic- „tima de la incertidumbre y de las inquie- „tudes sobre vuestros sentimientos hácia mí? „Estoy destinado á ver sin cesar suce- „derse una dificultad á otra, y un obstá- „culo á una esperanza engañada?

„No se os puede ocultar la inquietud „que han debido darme algunas expresio- „nes oscuras de vuestra última conver- „sacion; y sin embargo, rehusais explicárme- „las; luego vos no me teneis ninguna lástima. „No sería mas generoso permitirme una „conferencia en la que obtendría de vos

„esta explicacion, que tenerme en tan pe- „nosa incertidumbre? pues vale mas que „uno conozca toda su desgracia. Puede „ser tambien que os convenceria de que „la virtud en esto, diferente del vicio, tie- „ne sus límites, y que uno puede llevar „con demasiado rigor las leyes del honor „y de la generosidad, y sacrificar la ver- „dadera felicidad á unas idéas quiméricas „de virtud. Ciértamente no mereceria ser „tachado de presuncion, diciendo que si los „sentimientos que Amanda me ha mani- „festado no se han debilitado, desechan- „do mi mano, no es á mí solo á quien hace „desgraciado.

„¡Ó mi querida y demasiado escrupulo- „sa Amanda! no perseveréis un momento „mas en una resolucion tan contraria á vues- „tra dicha. En la situacion en que os ha- „llais, necesitais de la proteccion de un „esposo. Jóven, inocente y bella, objeto ya „de persecuciones insolentes: vuestros na- „turales protectores, vuestros parientes son „vuestros mayores enemigos; y vuestro „hermano, jóven aun y sin estado, no puede „estar á vuestro lado para defendéros. En „tal situacion todas las desgracias os ame- „nazan. Evitadlas refugiandoos en los bra- „zos de un amigo, de una fiel guardia y de „un esposo. En medio de tantos peligros „la obligacion de guardar una promesa de „dejarne, no puede sostenerse, cuando se

„considera que los motivos que han podido conducir á exigirlo de vos, no subsisten ya. El capitán Fitzalan, ofendido de la carta de mi padre, ha extendido su resentimiento hasta el hijo, sin reflexionar en las consecuencias que esta medida podia tener en vos misma. Este es el solo motivo que haya podido tener para exgras tal promesa; y si yo hubiese llegado mas á tiempo para hacerme entender, estoy persuadido de que lejos de oponerse á nuestra union, la habria autorizado y bendecido, y habria dado su hija á un hombre, cuya firme resolucion habria sido su vivo reconocimiento por un don tan precioso.

„Vos no podeis ni debeis ser inflexible, y espero que despues de haber leido mi carta, me permitiréis venir á vuestro lado para recibir la confirmacion de mis esperanzas. En todo quanto respecta á nuestra union, yo me dejaré conducir por vos, excepto en la tardanza que quisierais. Todo quanto ambos hemos sufrido ya me vuelve dóblemente impaciente de veros mia entéramente, por temor de que algun otro infame complot no venga aun á separarnos.

„¡O Amanda! esta esperanza, aunque lejana, de veros llamar mi esposa, llena mi corazón de una felicidad que lengua alguna puede expresar. ¿Por qué rehusais

„za de estos motivos, que todas las ocasiones que me hallo en estado de escuchar la voz de la razon, me persuado que, aun cuando no hubiese hecho tal promesa, deberia rehusar vuestras proposiciones; pues aunque pudiese arrastrar muchos inconvenientes por vos, no soportaria jamas indignidades. Es preciso pues separarnos, Milord. El Sér Supremo nos ha trazado dos diferentes caminos en el viaje de la vida: la vuestra será agradable y fácil, si por inútiles pesares vos no trastornais las intenciones de la Providencia: la mia será penosa y sembrada de espinas, pero una y otra nos conducirá al mismo fin, en el que nos reuniremos para nunca mas separarnos.

„No me creais, Milord, ingrata y cruel con vos: mi corazón desmentiria esta injusta acusacion; siente toda vuestra ternura y toda vuestra generosidad. Si, Milord, os lo confieso, ningun dolor del alma puede ser mas vivo y mas penetrante que el que experimento combatiendo así mis sentimientos; pero quanto mayor es el sacrificio, mayor mérito tengo en sujetarme á él. El testimonio interior de mi conciencia es el solo consuelo que puede endulzar las penas que encontraré en la vida.

„Yo espero, Milord, que no intentaréis verme; pues vuestras visitas me ofenderían.

„rian. El santo y solitario asilo en el que
 „me he retirado, me defenderá de la mal-
 „dad de los hombres que persiguen mi
 „honor y mi reposo. ¡Ah! necesito que al-
 „gun poder benefactor vele al derredor de
 „mi. Privada como me hallo de aquellos
 „de quienes tenía derecho á esperar pro-
 „teccion, debo poner en mi conducta la
 „mas escrupulosa circunspeccion. Oscar, mi
 „desgraciado hermano, que habria sido mi
 „defensor natural, está léjos de mí sin sa-
 „ber donde se halla, perseguido por el mon-
 „stro que ha sido para mí el manantial de
 „tantas desgracias. ¡Ah Milord! cuando pien-
 „so en la triste situacion en que tal vez
 „se halla, mi corazon sucumbe á esta idéa.
 „¡Ah! ¡qué no sea yo sola el blanco de la
 „desgracia! yo la sufriria con mas animo-
 „sidad; pero no quiero perder toda espe-
 „ranza por mi querido Oscar. La Providen-
 „cia que ha salvado á su hermana, que
 „le ha enviado amigos en su auxilio en
 „los momentos en que parecia estar aban-
 „donada del mundo entero, velará igualmen-
 „te sobre él. Yo he abusado, Milord, de vues-
 „tra paciencia entregándome á tantos detalles;
 „pero he querido explicarme sin reserva,
 „para evitar toda ulterior corresponden-
 „cia. Vos conoceis mis resoluciones, y co-
 „noceis tambien los sentimientos á los que
 „estoy obligada á resistir. Por piedad ahor-
 „radme de tan penosos combates. Sean pa-

„ra siempre la paz y la dicha que mere-
 „ceis vuestro tesoro. Guardaos, Milord, por
 „ver desconcertadas algunas de vuestras
 „miras, de desconocer y olvidar los otros
 „bienes que están bajo vuestro poder, y
 „se presentan á vuestra fruicion. Llenad
 „las esperanzas que vuestros amigos y vues-
 „tra patria han concebido de vos; manifes-
 „tad que mereceis los favores de que la
 „fortuna y el nacimiento os han colmado,
 „y desterrad de vuestro corazon los pesa-
 „res inútiles. A Dios, Milord; no tengais
 „inquietud alguna por mí. Si el cielo pro-
 „longa mi vida, encontraré fácilmente un
 „asilo oscuro, en donde al abrigo de un
 „mundo malvado y corrompido, dando tes-
 „timonio de haber seguido en mi conduc-
 „ta las leyes del honor y de la virtud, gus-
 „taré la felicidad que da la paz de una
 „buena conciencia, felicidad que las vicisi-
 „tudes de la vida no la harán jamas per-
 „der, á lo que espero, á

AMANDA.

Santa Catalina 12 de mayo.

Envió esta carta por un viejo empleado
 en el jardin de las religiosas; pero despues
 de haberla escrito se encontró tan agitada,
 que se vió obligada á meterse en cama. Mi-
 raba esta carta como el último á Dios á
 Mortimer, y esta idéa era demasiado pe-
 nosa para que la superase con valor. La

pasion que le tenia Lord Mortimer, era profunda y tierna; pero él la disminuira luego en el torbellino del mundo. Debia esperarse verle llevar su afecto á alguna otra muger igual á él en calidad y fortuna, que le haria pròntamente olvidar su primera pasion. Su corazon se oprimia á este pensamiento y derramaba abundantes lágrimas, se acusaba entònces de inconstante en sus sentimientos; ella habia pensado y aun dicho muchas veces, que si Mortimer podia recobrar la dicha, ella misma disfrutaria mas tranquilidad; y ahora que acababa de tomar los medios para volver la paz á Mortimer, no era sino mas desgraciada. Se acusaba de personalidad, deseando la prolongacion de una pasion sin esperanza por Mortimer, y de debilidad sintiendo que llevase á otra parte un afecto al que ella ya no podia corresponder.

Para desviar tan penosos sentimientos creia deber desterrar de su memoria á Lord Mortimer; pues á ménos de conseguirlo jamas encontraria el valor necesario para entregarse al trabajo que su situacion iba á exigirle para proveer á su subsistencia; pues el pan de la pereza y el de la servidumbre no podia ménos de serle amargo.

Cosa de una hora habia permanecido sobre su cama, y habia vuelto á la sala, cuando Sor Maria entró en su cuarto y le en-

tregó una carta. Antes que hubiese mirado el sobrescrito, su corazon agitado le anunciaba de parte de quien venia; pero titubeó un momento si la abriria. Sin embargo, se decia á sí misma, no hay inconveniente alguno; pues no puede creer, despues de lo que le he declarado, que pueda alterarse mi resolucion. El seguramente me escribe para decirme que se conforma. La religiosa la dejó en el momento en que estaba deliberando si abriria la carta, al fin se resolvió á abrirla y la leyó.

A Miss Fitzalan.

„Inexorable Amanda! Quiero ahorraros
 „en adelante y aun á mí mismo nuevas
 „importunidades. Solo me limito á suplicas,
 „ros que no dejéis á Santa Catalina en tres
 „meses, ó que si esta mansion os disgustase,
 „me hagais saber al dejarla á donde iréis.
 „Antes que haya pasado la mitad de este tiempo,
 „espero que os podré dar las razones
 „concluyentes de esta súplica que os hago.
 „Voy á dejar al instante Carberry-Castle,
 „y parto mas tranquilo de lo que os podeis
 „imaginar despues de lo que últimamente
 „ha pasado entre nosotros, con tal que
 „querais obligarme concediéndome esta
 „única y última súplica.

Mortimer.

Esta lacónica carta admiró á Amanda. Veia en ella evidentemente, que Lord Mortimer habia recobrado alguna tranquilidad, pero no tomando la resolucion de renunciarla, sino por el contrario con la esperanza de volverla á ver de un modo agradable á los dos. Al principio se halló feliz con esta idéa; pero su alegría cesó prontamente, cuando vino á reflexionar que esta esperanza de Mortimer era imposible que se realizase jamas. Sabia que el carácter ardiente y confiado de Mortimer podia desviarle facilmente y resolvió no dejarle arrastrar de él. Tampoco podia formar congetura alguna sobre lo que él habia pensado; pero sean cuales fuesen sus proyectos, creia firmemente que serian desconcertados. Rehusar todas sus súplicas le parecia cosa dura, pero creyó que sobre todo no debía ceder á la última. Sabia que extraviándose una vez de la linea que la prudencia le trazaba, podia arrojarse en unas dificultades, que seria imposible salir de ellas. Bajo este supuesto con mano trémula le dió la siguiente respuesta.

Milord.

„Yo no puedo hacer lo que exigis de „mi. Podeis llamarme cruel é inexorable; „pero prefiero incurrir en la reconvencion „de obstinada, que de imprudente, y me- „recer vuestras reconvenciones, que las „mias. Yo misma ignoro quanto tiempo pe-

„dré quedarme aun en Santa Catalina; pe- „ro cuando deje esta casa, no os prome- „to instruiros del parage donde me retira- „re. No está en vuestro poder vencer los „obstáculos que han hecho necesaria nues- „tra separacion, y hasta que fuesen supe- „rados seria extravagante é imprudente „aproximarnos. Estoy muy contenta de que „dejeis el castillo; me alegro tambien, sin „causarme sorpresa, de ver que estais mas „tranquilo. Yo espero de vuestra razon que „combatiréis valerosamente y con éxito con- „tra inútiles pesares; y os suplico, en cam- „bio del placer que recibo de saber que „habeis recobrado vuestra tranquilidad, que „no turbeis la de

Amanda Fitzalan.

Apénas habia cerrado la carta, cuando la llamaron para ir á comer; pero no pudo pasar bocado. El esfuerzo que habia hecho para contestar, y la agitacion que le habia dado la carta de Mortimer, habian extenuado sus fuerzas. Las religiosas se retiraron despues de comer, y la dejaron sola con la superiora. Ellas se atababan de marchar, cuando compareció el viejo jardinero que volvia de Carberry-Castle, donde habia llevado la carta de Amanda. Despues de haberle dicho que él mismo la habia puesto en manos de Lord Mortimer, añadió manifestando algun temor de que

lo que iba y decirle no le causase alguna pena, que Lord Mortimer no le habia dado respuesta alguna, ni de palabra ni por escrito, aunque esperó mucho tiempo; pero que sin duda iba de prisa, pues su coche estaba dispuesto para conducirle á Dublin.

Amanda se derritió en lágrimas luego que hubo salido el jardinero. Veia que habia escrito por última vez á Lord Mortimer, y no podia detener esta expresion de sus sentimientos. El abandonar la idea de volverla á ver jamas, cuando conociera que las esperanzas de que se lisonjeaban eran imposibles de realizarse.

La superiora sentia tambien todas las penas de Amanda. Sabia no por experiencia propia, sino por las observaciones de los demas, cuán seductora y peligrosa criatura es un hombre para una muger, y cuán difícil es á un corazon jóven desembarazarse de los lazos de que ha sido aprisionado. Hubiera deseado curar la herida de su jóven amiga; pero no esperaba verla cicatrizada tan pronto. Solo el tiempo y el cuidado que iba á tomar de fortificar las resoluciones de Amanda, le daban alguna esperanza de conseguirlo.

Dos horas habian pasado despues que el comisionado habia vuelto de Carberry-Castle, cuando Sor María entró en el aposento con un grande paquete que entregó á

Amanda, diciéndole que lo acababa de recibir de un criado de Lord Mortimer, que habia vuelto á marchar á caballo en el momento mismo en que se lo habia entregado.

Sor María no hizo escrúpulo de decir que tenia curiosidad de saber lo que contenia tan grande paquete. La superiora la riñó dulcemente de su curiosidad, y se la llevó al jardin para dejar á Amanda el tiempo y la libertad de abrirle. Ella se sorprendió al romper la neta de encontrar una hermosa cartera blanca, en la cual habia una carta sin cerrar que decia así:

A Miss Fitzalan.

„Cuando recibiréis la presente no podréis
„ya devolvérmela, pues habré partido ya.
„Vuestra laudable grandeza de ánimo de-
„be impediros vacilar en hacer uso de lo
„que encontraréis en la cartera; pues es el
„solo medio de ahorraros deber obligacio-
„nes de esta especie á unas personas que
„os son entéramente desconocidas. Aun-
„que despedido como amante, tengo ciér-
„tamente el derecho de ser mirado como
„amigo, y yo me contentaré con este títu-
„lo, hasta que tenga derecho de to-
„mar otro, que me será mas querido. Vos
„direis sin duda que soy visionario, nove-
„lero, conservando esperanzas que tantas
„veces me habeis declarado imposibles de

realizarse; pero para hacérmelas abandonar, son necesarios otros argumentos, mi querida Amanda. Yo he sentido un extremo pesar al saber por la carta vuestra de esta mañana las desgracias de vuestro hermano. La sangre hierve en mis venas de indignacion contra el monstruo, que segun vuestra expresion ha sido para los dos el manantial de tantos males. Voy á ocuparme sin intermision en descubrir en qué ha parado Mr. Fitzalan, y cual es su situacion, y espero conseguirlo dirijiéndome á los agentes y oficiales de su regimiento. No tengo necesidad de decirlos que en seguida le serviré con todo mi poder. Estad segura que sabreis prontamente el suceso de mis diligencias en este asunto, lo mismo que en otra empresa que pertenece á otra persona que me es mas querida. A Dios, mi querida Amanda. Os suplico de nuevo no dejéis á Santa Catalina hasta pasadas algunas semanas. Me parece que para un asilo pasagero no podreis encontrar otro mejor; y como á mi vuelta á Irlanda mi impaciencia de veros será extrema, me pondriais á la desesperacion, si me fuese preciso buscaros. Vos me habeis negado esta súplica; pero yo puedo insistir cuando os doy mi palabra de honor de que no os suplicaré veros otra vez, á menos de que nuestra reunion pueda ser

agradable á uno y á otro, ni procuraré presentarme á vuestra presencia á pesar vuestro. En fin, creed que suceda lo que sucediere, seré siempre vuestro fiel

Mortimer.

¿Qué quiere decir? exclamó Amanda. ¿Qué plan puede tener para remover todos los obstáculos que nos separan? Él parece que no duda del éxito. ¡O Dios! favoreced sus esfuerzos. Tambien parece que habla de volver á Irlanda. Me dice que son necesarias otras pruebas, á mas de mi conviccion, para hacerle mirar sus esperanzas como quiméricas. Seguramente no tendrá la crueldad de inspirarme una esperanza que él mismo no creyese muy fundada. No, no, mi querido Mortimer, yo no os miraré como un espiritu visionario y fabuloso, sino como el mas amable y mas generoso de los hombres; pues que por la pobre Amanda continuáis en arrostrar obstáculos, y en hacer los mayores sacrificios. Tambien se penetró vivamente de verle darse tanta diligencia para buscar y servir á Oscar. Por este medio esperó ver prontamente á este hermano querido, ó saber á lo ménos noticias suyas; pues estaba bien segura de que Lord Mortimer no descuidaria nada para darle esta satisfaccion.

En seguida examinó la carreta, y en ella

encontró en pequeños billetes de banco doscientas libras esterlinas, presente considerable, pero ofrecido con bastante delicadeza para que ella no se hiciese escrupulo alguno de recibirlos. Sin embargo, se decía á sí misma incierta de qué rumbo llevarían sus cosas entre ella y Mortimer, no debía tenerle obligaciones pecuniarias; pero reflexionando en la nobleza del modo de pensar y la delicadeza de Mortimer, conoció que lo agravaría cruélmemente si le devolvía el presente. Y así se resolvió á guardarle, privándose en adelante de recibir cosa alguna de él.

Este socorro en efecto le era muy necesario. Despues de haber pagado los gastos de los funerales de su padre, la gente que habia alquilado y el boticario, solo le quedaban veinte guineas, de las cuales la mitad podian ser miradas como debidas á las hermanas de Santa Catalina, á quienes su pobreza no permitia añadir cosa alguna á sus gastos ordinarios.

Ella habia resuelto obligar á las hermanas á aceptar esta pequeña suma como una corta muestra de su agradecimiento á los cuidados que habian tenido por ella, y en seguida contaba retirarse á alguna cabaña de la vecindad, en donde sus gastos serian mas proporcionados al estado de su fortuna, hasta que su salud estuviera restablecida, para que pudiese ganar

su vida; pero se estremecía al solo pensamiento de dejar á Santa Catalina, y de ir á vivir entre paisanos groseros. Era para ella exponerse á un mar borrascoso, sin medio alguno de resistir á la tempestad.

Lord Mortimer la habia puesto en estado de diferir su salida de Santa Catalina, y se resolvió á quedarse aun allí durante el tiempo que él le pedia, y seria suficiente para terminar sus incertidumbres, que si entónces los separaban sus destinos, ella habria recobrado su salud en términos de poder entregarse al trabajo que su situacion exigia. Corrian de sus ojos lágrimas de reconocimiento y sensibilidad, cuando pensaba en aquel que aliviaba su corazon del peso de que estaba oprimido.

Al fin se acordó que la superiora se habia retirado al jardin por complacencia suya, y que sin duda esperaba que la llamasen. Enjugó pues sus lágrimas, y doblando la carta que estaba mojada con ellas, se fué al jardin con la resolucion de no comunicar nada de su contenido, para no dar á conocer unas esperanzas que hasta entonces ella misma habia considerado como extravagantes, y que como todos los proyectos de los hombres estaban sujetas á ser desconcertadas.

Encontró á la superiora y Sor María sen-

tadas bajo un arco medio arruinado y cubierto de yedra. ¡Jesus! mi querida Miss, dijo esta última, yo he creído que jamas volveriais! Nuestra buena madre me ha detenido aquí á pesar mio, aunque le haya dicho veinte veces que las tortas que he hecho para el té estarian quemadas, y que durante el tiempo que leiais la carta de Lord Mortimer, podia muy bien iroslo á decir. El regreso de Amanda volvió la libertad á la impaciente Sor María, y se fué. La superiora arrojó una mirada penetrante sobre su jóven amiga, reparó que habia llorado, y distinguió que sus lágrimas habian sido de alegría. Ella tenia demasiada delicadeza y discrecion para preguntar á Amanda cual era el motivo; pero le tomó de lo mano, y la apretó teniendo valor de decirle: veo, mi querida hija, que habeis sabido alguna cosa agradable, y mi corazon está simpático con el vuestro, tanto en vuestra alegría como en vuestro dolor.

Amanda contestó á la buena superiora con el mismo sentimiento y la misma expresion, dejando correr algunas lágrimas. Sor María vino luego á llamarlas para comer las tortas calientes que habia hecho para tentar á Amanda á que tomase alguna cosa sólida. Toda la comunidad estaba junta tomando el té, cuando entró el médico. Amanda se puso colorada, y afectó

seriedad al verle; pero él se chanceó ligeramente sobre su gravedad; y cuando la superiora y religiosas se hubieron retirado, segun su costumbre, para sus officios de la tarde, le dijo que temia no hubiese puesto bastante atencion en lo que contenia el libro que le habia traido el dia anterior. Amanda conoció por el tono con que le hablaba, que estaba instruido de sus relaciones con Mortimer, y por consiguiente le contestó, que si él conociese los motivos que tenia para portarse así, no lo desaprobaba, y despues añadió, que detestaba todo género de extratagemas, y que le sabia mal que hubiese empleado uno con ella.

El doctor contestó que no se haria jamas escrúpulo alguno de emplear un extratagama para llegar á un buen fin; que Lord Mortimer era el jóven mas amable que jamas hubiese conocido; que habia ganado su corazon y le deseaba todo bien. El me ha empeñado, continuó, en imaginar un pequeño artificio á fin de hacer pasar á vuestras manos su carta. Cuando le he visto con tanta pasion é inquietud por vos, no habiendo tenido aun tiempo de conoceros por mi mismo, he creído sobre su palabra en las gracias y virtudes que os atribuia; pero despues he visto muy bien que en efecto las poseeis. Vos os sonreis, y vuestras miradas parecen decir-

me que yo soy un adulator. No, Miss Fitzalan, os lo juro. Os creo realmente digna de Lord Mortimer, y os aseguro que hablándoos así, os hago el mayor cumplimiento que haya hecho á muger alguna. Yo le he hallado consumido de dolor: me ha confiado sus inquietudes y sus penas, y despues de haberlo oido, he orado tar devótamente como puede hacerlo el mejor cristiano por vuestro restablecimiento, y para que todas vuestras aventuras acaben como una comedia, por un buen casamiento.

Vuestros deséos son muy corteses, le dijo Amanda sonriéndose. A fe mia, dijo él, que son sinceros, y no me acuerdo haber estado mas mortificado por un siniestro suceso, que cuando he visto que las cosas no corrian bien entre vos y Milord; pero yo no desespero. En todas mis penas, de que el cielo me ha dado mi parte, he visto las cosas siempre por el lado halagüeño, y con el mismo aspecto las veo para mis amigos. Yo espero veros establecida en Carberry-Castle dueña de la casa, y á mí vuestro primer médico. Este recuerdo de un suceso tan lejano y tan incierto en el concepto de Amanda, la turbó mucho: ella se puso pálida y colorada alternativamente, y dejó ver á su doctor, hombre de bien pero un poco hablador, que habia tocado la cuerda sensible. El

mudó de conversacion; y cuando la vió mas tranquila, se levantó para despedirse. Amanda le detuvo un momento para hacerle recibir un billete de diez guineas; pero él estuvo inflexible, y le dijo con alguna dignidad, que hasta que la enfermedad de que el corazon de Mortimer estaba afecto estuviere aliviada, no recibiria honorario alguno de sus visitas, y que él las continuaria de tanto en tanto, por encargo que tenia de cierta persona de atisbar lo que pasaba en el recinto de los muros de Santa Catalina.

A la mañana siguiente Amanda se ocupó en sus asuntos. Dió á la comunidad treinta guineas, las cuales tuvo mucha dificultad en hacércelas aceptar; pero cuando les habló de pagarles una pension para lo sucesivo, manifestaron que no lo consentirian, despues de haber sido pagadas tan liberalmente de los gastos que les podia haber ocasionado. Ella les contestó, que si no le permitian pagar su manutencion y su hospedage, las dejaria aunque á pesar suyo; asegurándoles por otra parte, que se hallaba en estado de hacer este gasto.

En fin se convinieron que les pagaria su pension de cuarenta libras esterlinas cada año, suma considerable respecto á la frugalidad de su modo de vivir. Ella habia hecho trasportar al convento todo lo que habia sacado de la casa de su padre, y

todo cuanto le pertenecía, é hizo poner en una grande arca todo lo que no necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender en Dublin su harpa y su guitarra; pero se determinó á guardarlas hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad, y proveer á sus necesidades. En fin resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en ménos estado de combatir.

CAPITULO VI.

EL vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su padre: al pesar que tenia de su pérdida, se mezclaba la idéa deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuasion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver des-

de lo alto lo que pasa en este mundo, su padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento en Lord Mortimer; pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que Lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado; y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entretener estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas. Dueña absoluta de su tiempo y acciones, leia, trabajaba y paseaba á su voluntad, cuando y como quería. Ella no se alejaba mas allá del recinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido valor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante extenso para proporcionarle largos y variados paseos; y en la calma de la tarde, cuando solo se oia el balido de las rebaños y el ligero zuzurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magnificas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces

todo cuanto le pertenecía, é hizo poner en una grande arca todo lo que no necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender en Dublin su harpa y su guitarra; pero se determinó á guardarlas hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad, y proveer á sus necesidades. En fin resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en ménos estado de combatir.

CAPITULO VI.

EL vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su padre: al pesar que tenia de su pérdida, se mezclaba la idéa deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuasion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver des-

de lo alto lo que pasa en este mundo, su padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento en Lord Mortimer; pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que Lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado; y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entretener estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas. Dueña absoluta de su tiempo y acciones, leia, trabajaba y paseaba á su voluntad, quando y como quería. Ella no se alejaba mas allá del recinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido valor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante extenso para proporcionarle largos y variados paseos; y en la calma de la tarde, quando solo se oia el balido de las rebaños y el ligero zuzurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magnificas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces

con una religiosa, y las mas de ellas sola con sus pensamientos.

Habia pasado así unos quince dias despues de la partida de Lord Mortimer, cuando una mañana se oyó detenerse uua carroza en la puerta grande del convento: sentada Amanda á su labor en la sala con la abadesa, se sobresaltó á este ruido. Se puede bien creer que su primer pensamiento se dirigió á Mortimer. Cuando abrieron la puerta fué grande su admiracion al ver comparecer á Mistriss Kilcorban y sus dos hijas.

Amanda se quedó muda de sorpresa, sin poderles hacer el cumplimiento de costumbre. Las hijas la saludaron con un aire frio y reservado, y la madre la trató con una familiaridad grosera, que se creia en derecho de tener con una persona reducida á la situacion en que se hallaba Amanda. Querida mia, dijo, no podréis creer la pena que hemos tenido con la relacion de vuestras desgracias. Nosotras hasta ayer no llegamos aquí; pues hemos pasado todo el invierno en la ciudad muy agradablemente en bailes, fiestas y sociedad; pero, como queria deciros, nosotros hemos estado de vuelta mucho ántes de mi antigua costumbre, porque he preguntado nuevas de todos mis vecinos, y lo primero que he sabido ha sido la muerte del capitan. No os desconsoléis, mi querida, es un paso que

todos debemos dar, es la ley comun, como dice el doctor en su sermon; de manera que sabiendo la muerte de vuestro padre y vuestra miseria, he buscado en mi imaginacion algun recurso para vos, y al fin he encontrado uno que he comunicado á mis hijas, y os será muy bueno, dandoos medios de ganar vuestra vida honradamente. Sabréis pues, querida mia, que la aya que habia llevado conmigo á la ciudad no ha querido volver con nosotros; es, por decirlo de paso, una tontuela. Bajo este supuesto he pensado que su plaza era precisamente lo que os convenia. Vos enseñaréis el frances á mis cuatro pequeñas hijas; las enseñaréis á trabajar, y como teneis gusto ayudaréis á mi hija mayor á hacer sus modas y componerlas; yo doy veinte guineas de salario. Cuando no tenemos forasteros la aya come en nuestra mesa; y por otra parte está bien tratada por todos respetos.

Durante este discurso tan expresivo como elocuente, la pálidez de Amanda habia hecho lugar en sus mejillas á un encarnado vivo, excitado por su indignacion. Vuestras intenciones, señora, le contestó, pueden ser obsequiosas, pero no puedo aceptar vuestros ofrecimientos.

¡Ay buen Dios! replicó Mistriss Kilcorban, ¿por qué los rehusais? ¿Es por qué no estais en estado de instruir á mis hijas, lo

que en efecto puede ser, pues hay tantos que pasan por tener talentos que no poseen? pero esto no me detiene. Yo os tomo como sois, porque habéis sido siempre una buena muchacha, y os comportais bastante bien: sin embargo, si estoy obligada á tomar maestros para mis pequeñas hijas, no podeis esperar las veintes guineas de salario; pues entónces os rebajaria alguna cosa. La superiora que hasta entónces habia guardado silencio, tomo entónces la palabra y dijo: Miss Fitzalan, señora, jamas se ha envanecido de tener talentos que no poseyese, ántes bien su modestia oculta los que tiene. Si rehusa vuestros ofrecimientos, no es porque se crea incapaz de iustruir á vuestras hijas; sino porque ella no podria soportar que se la tratase con tan poco miramiento como vos le manifestais. Si su situacion le obliga á emplear sus talentos para ganar su vida, espero que jamas se verá reducida á la mortificacion de vivir con unas personas que no estimarian lo que vale, ni le tendrian el respeto que se merece.

Muy bien, señora, muy bien, replicó Missriss Kilcorban, eso es tener grande confianza; mas de una muchacha valiendo tanto como ella, se contentaria con encontrar semejante ofrecimiento.

Mamá, dijo, Miss Kilcorban, puede ser que Miss tenga á la vista otro mejor es-

tablecimiento. Nos olvidamos que Lord Mortimer ha pasado últimamente algun tiempo en Carberry-Castle, y todo el mundo sabe que tiene mucha amistad á la hija del capitan Fitzalan: ó puede ser, hermana mia, dijo Miss Alicia, que quiera ser religiosa.

Yo creo en efecto, continuó la madre, que ella no tiene ganas de ser nada bueno. Por algo será seguramente el haber reñido con Lady Greystock. ¡Ay buen Dios! ved sólamente todo lo que llena el aposento; música, libros, una harpa, una guitarra, como si nada tuviera que hacer sino cantar, y perder así todo el día. Por lo demas yo no he venido sólamente para proponeros venir conmigo; sino que queria ofrecer un buen precio de vuestra harpa, de vuestra guitarra y de vuestra música, suponiendo que en vuestra situacion no tenéis necesidad de todo esto; y apostaria que rehusais tambien vendérmelo.

Ciertamente, señora, dijo Amanda, solo al último apuro me desharé de estos objetos tan queridos, pues los tengo de mi padre. Muy bien, hija mia; yo deséo que tanto orgullo no sea humillado, y hablando así salió del aposento con sus hijas, las cuales bajo un aire de desprecio ocultaban la indignacion que sentian por el recibimiento que habian tenido.

La superiora despues de su partida rió

mucho del acceso de cólera que habia dado á Mistriss Kilcorban; y Amanda, que consideraba á esta muger y sus hijas como seres del todo insignificantes, se rehusó luego de la turbacion que le habia causado su visita.

Al anochecer recibió una carta de la que le dijeron que esperaban respuesta. Ella la abrió con precipitacion; pero en lugar del escrito de Mortimer que esperaba ver, leyó lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

„Amable criatura; jamas he reido tanto, como cuando mi madre y hermanas me han dado cuenta del recibimiento que han tenido en Santa Catalina. Pardiez que ha debido ser excelente. Yo no he podido ménos de admirarme de su locura, cuando han imaginado que una tan hermosa muchacha como vos se emplearia en instruir un hato de mocosillas. Para ir al hecho, mi querida, os propongo que en adelante os tengais cuidado. Trasladaos á Dublin, poneos en buena habitacion, y declarad abiertamente que sois la soberana de mi corazon. En este caso os prometo una situacion digna de envidia. Espero vuestra contestacion para levantaros de la oscuridad en que estais sepultada sobre un teatro brillante, del que seréis el ornate.

„A Dios, mi querida, creed que es soy eternamente adicto

B. Kilcorban.

No se puede pintar la indignacion de Amanda al leer esta impertinente carta. Se pasó algun tiempo ántes que fuese bastante dueña de sí misma para dar á conocer á la superiora la causa de su agitacion. Al fin convinieron entre las dos, que Amanda le enviaria la respuesta siguiente.

„El autor del billete insolente y grosero que se acaba de recibir, solo merece el desprecio; pero si repite sus insultos, le podrá suceder algo peor.”

A la verdad ella no temia que Kilcorban perseverase, pues no tenia la constancia ni los recursos de Belgrave. Este era un libertino por principios, y el otro lo era por exterioridad, y mortificando su orgullo estaba segura de desembarazarse de él.

Pero el reposo de Amanda debia ser otra vez turbado. Al dia siguiente el padre O-Gallagan, aquel gordo y pequeño ministro de quien se ha hecho mencion al principio de esta historia, vino á Santa Catalina. El no era el capellan del convento; pero iba á menudo, y era amado de toda la comunidad. Habia estado muy inquieto por la enfermedad de Amanda. El la encontró sola en la sala; se sentó á su lado, y toda su fisono-

mía parecia decirle que tenia alguna cosa agradable que comunicarle.

Mi querida, le dijo él fijando en ella sus ojos con un aire risueño, ¿no estaréis muy contenta de dejar esta triste habitacion para encontrar própiamente una buena casa, donde pudieseis recibir vuestros amigos y tener todas las comodidades? Sin duda, respondió Amanda, pues aunque no encuentro esta mansion triste, estaria muy contenta de encontrar un establecimiento como es el de que me hablais.

¡Ah! yo os he mirado siempre como una muchacha razonable. Y bien bribonzuela, ¿qué diriais al que os ofreciese esta buena fortuna, y os dijese que puede al momento mismo ponerla en vuestras manos? Amanda se admiró. Al principio creyó que se chanceaba; pero vió que hablaba seriamente. Sí, mi querida hija, continuó con el tono y aire de una perfecta satisfaccion, tengo un ofrecimiento que proponeros, que haria saltar de alegria á muchas de las niñas que conozco.

¿Os acordais bien de Lord O-Flannaghan, en casa de quien tomasteis el té el verano pasado? Y bien, el hijo mayor, tan buen muchacho como puede serlo, se ha prendado de vos. Pero como debiais dejar el pais, ya por esto, ya por otras razones, habia creído inútil hasta ahora declarar su pasion; mas viendoo de vuelta, á

se mia que ha tomado ánimo y ha hablado de vos á su padre. El viejo O-Flannaghan es un hombre de bien, y consiente en el casamiento de su hijo con vos. La casa es buena y bien provista. El padre lo pondrá todo en manos del hijo mayor. El pequeño vivirá con vos hasta que sea casado, y se halle en estado de llevar por cuenta suya una hacienda. La hija mayor es casada, la segunda vive con ella, y la última os será útil en vuestra casa. Solo hay una pequeña dificultad, que es la diferente creencia; pero cuando se tocó este artículo, les he dicho que sobre esto no tengan inquietud alguna, que yo os conocia por una persona muy razonable, y que no rehusarais ir á la capilla en lugar de ir á la iglesia, para procuraros un ventajoso establecimiento, de manera, querida, que yo espero daros sin dilacion la bendicion nupcial, y ser el director de vuestra conciencia.

Amanda habia escuchado el discurso del ministro hasta el fin, aunque con grande admiracion. Ella se levantó, y habria salidose del aposento sin responderle, si no hubiese temido que el padre ignorante, no explicase bien su silencio y su huida. Por esta consideracion se detuvo, y le contestó, que estaba ofendida de la libertad que se habia tomado de responder por ella en materias tan importantes como las de la re-

ligion; y para probarle cuan mal instruido estaba de sus disposiciones en todo como en esto, le aseguraba que la embajada que acababa de dar, era perdida para todos aquellos que se la habian encargado, y desagradable para ella; que si Mr. O-Flannaghan buscaba su dicha en el casamiento, no la encontraria sino con una muger de su clase: y formada al mismo género de vida que él. Acabando de decir, dejó el aposento con un aire de dignidad, que confundió del todo al pobre capellan; de manera que tomó el sombrero apresuradamente, y se fué á la casa de O Flannaghan á dar cuenta del mal éxito de su visita, muy mortificado por haber perdido los regalos de boda, y el guisote con el que su imaginacion se ocupaba deliciosamente.

Fue menester algun tiempo para reponerse Amanda de la desagradable agitacion en que la habian tenido la visita de las Kilcorban y la del capellan. Estos dos ataques la convencieron de que ella no era bastante para sostener tales combates, y solo tenia un medio de ponerse á cubierto de ellos, la proteccion de Lord Mortimer, cuando adquiriendo el derecho de defenderla, la habria hecho una de las personas mas felices de su sexo.

CAPITULO VII.

Un ataque mas recio se preparaba para Amanda. Cerca de quince dias despues de la visita de las Kilcorban y del capellan, una tarde que segun su costumbre se abandonaba á sus pensamientos melancólicos en medio de las solitarias ruinas del convento, vió de léjos á un hombre bajo un arco medio arruinado, y reconoció al horrible Belgrave. Amanda arrojó un grande grito, y con un susto inexplicable dió algunos pasos atras. ¡Cruel Amanda! le gritó Belgrave, y al mismo tiempo parecia querer aprovecharse de la situacion en que la hallaba; pero las miradas y la voz de este enemigo la sacaron de la especie de estupor en que habia caido al verle, y le dieron fuerzas; y como él se acercaba siempre, hizo un salto, y con extrema ligereza, habiéndose enredado en las revueltas oscuras y embarazadas de las ruinas, que ella conocia mejor que él, llegó al convento. Sus ojos inquietos, y su semblante pálido espantaron á la buena superiora, la cual le preguntó la causa del trastorno en que la veia. Amanda no estaba entónces en estado de hablar; la aparicion de Belgrave la habia aterrorizado como un presagio de todas las desgracias. Su sangre estaba helada en sus venas, y todas sus facultades estaban en

ligion; y para probarle cuan mal instruido estaba de sus disposiciones en todo como en esto, le aseguraba que la embajada que acababa de dar, era perdida para todos aquellos que se la habian encargado, y desagradable para ella; que si Mr. O-Flannaghan buscaba su dicha en el casamiento, no la encontraria sino con una muger de su clase: y formada al mismo género de vida que él. Acabando de decir, dejó el aposento con un aire de dignidad, que confundió del todo al pobre capellan; de manera que tomó el sombrero apresuradamente, y se fué á la casa de O Flannaghan á dar cuenta del mal éxito de su visita, muy mortificado por haber perdido los regalos de boda, y el guisote con el que su imaginacion se ocupaba deliciosamente.

Fue menester algun tiempo para reponerse Amanda de la desagradable agitacion en que la habian tenido la visita de las Kilcorban y la del capellan. Estos dos ataques la convencieron de que ella no era bastante para sostener tales combates, y solo tenia un medio de ponerse á cubierto de ellos, la proteccion de Lord Mortimer, cuando adquiriendo el derecho de defenderla, la habria hecho una de las personas mas felices de su sexo.

CAPITULO VII.

Un ataque mas recio se preparaba para Amanda. Cerca de quince dias despues de la visita de las Kilcorban y del capellan, una tarde que segun su costumbre se abandonaba á sus pensamientos melancólicos en medio de las solitarias ruinas del convento, vió de léjos á un hombre bajo un arco medio arruinado, y reconoció al horrible Belgrave. Amanda arrojó un grande grito, y con un susto inexplicable dió algunos pasos atras. ¡Cruel Amanda! le gritó Belgrave, y al mismo tiempo parecia querer aprovecharse de la situacion en que la hallaba; pero las miradas y la voz de este enemigo la sacaron de la especie de estupor en que habia caido al verle, y le dieron fuerzas; y como él se acercaba siempre, hizo un salto, y con extrema ligereza, habiéndose enredado en las revueltas oscuras y embarazadas de las ruinas, que ella conocia mejor que él, llegó al convento. Sus ojos inquietos, y su semblante pálido espantaron á la buena superiora, la cual le preguntó la causa del trastorno en que la veia. Amanda no estaba entónces en estado de hablar; la aparicion de Belgrave la habia aterrorizado como un presagio de todas las desgracias. Su sangre estaba helada en sus venas, y todas sus facultades estaban en

suspension. Sor María vino á su socorro, y con agua y algunos espíritus le hizo volver la palabra, y se alivió con las lágrimas. La superiora renovó sus preguntas; pero viendo que no quería responder delante de Sor María, despidió á esta bajo cualquier pretexto. Amanda había confiado ya á la superiora los sucesos de su vida, de manera que sabiendo que había encontrado a Belgrave, ya no se admiró de la agitacion que su aparicion le había causado. Ella procuró persuadirla que sus temores no eran razonables; le recordó la proteccion del cielo que la había arrancado de las manos de Belgrave, y sobre la cual su inocencia le daba derecho de contar aun. Tambien le hizo observar la seguridad del asilo, en el cual estaba cercada de amigos cuya vigilancia no se adormecería, y cuyo celo desconcertaría todas las extratagemas que podrian emplear contra ella.

Amanda se sosegó escuchando á la respetable superiora. A la voz de la amistad y de la religion, volvió á tomar su serenidad, su firmeza y la elevacion de su alma. Entónces conoció que despues del socorro milagroso que le había dado la Providencia contra el atentado de Belgrave, seria un crimen abandonarse á la desesperacion; pues esto seria faltar á la confianza, en el poder y palabra del que ha prometido proteger la inocencia.

Sin embargo, convinieron entre ellas que Amanda no saldria mas del recinto del convento, y que limitaria sus paséos al jardin que estaba circuido de una grande muralla, en donde no había parage alguno para poderse ocultar. Solo faltaban tres semanas de los tres meses que Lord Mortimer había pedido que pasase en Santa Catalina. Ella se lisonjeó que ántes de espirar este término Belgrave cesaria de perseguirla, y se retiraria. Entónces si no sabia cosa alguna de Mortimer, estaba determinada á renunciar á toda esperanza de volverle á ver, y adoptar algun plan de vida y de trabajo que pudiese procurarle su subsistencia.

Ella se volvió á dedicar á dibujar y bordar. Había hecho algunas obras de esta especie de las que estaba segura de encontrar un buen precio en caso de hallarse obligada á venderlas. Con todo, siempre que se veía obligada á detenerse en esta idea, corrian algunas lágrimas sobre sus mejillas; pero las enjugaba prontamente, esforzándose á fortificar su alma con una piadosa resignacion al destino que la Providencia le preparaba.

Tres semanas se pasaron aun sin suceso alguno que turbase su tranquilidad; pero al acercarse el término fatal de los tres meses, se acrecentó mas su agitacion; veía con espanto acercarse la crisis que iba á decidir su suerte.

En la actual situacion de su alma evitaba por la primera vez la soledad: tenia necesidad de huir de sí misma, y estaba continuamente con la superiora, la cual no tenia de triste ni de austera sino el hábito.

Una tarde estaban conversando juntas despues del té, cuando Sor Maria entró con un grande pliego, que arrojó á Amanda ántes de presentárselo, gritando: es de Lord Mortimer. Yo deséo que este jóven importuno no haya vuelto, pues ibamos á tenerle sin cesar corriendo aqui y atormentándonos.

¡De Lord Mortimer! exclamó Amanda. ¡O Dios....! ella no dijo mas; y tomando el pliego salió de la sala y se fué volando á su aposento. La carpeta encerraba dos cartas; el sobre de la primera era de una mano incógnita; el de la otra era de Mortimer. Ella abrió la segunda y leyó lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

„Ya me teneis de vuelta, mi querida Amanda, para deciros que en adelante nada podrá separarnos; que estamos al término de la recompensa de nuestra constancia reciproca; al fin de nuestras penas y sufrimientos, y bien pronto tendremos un mismo nombre, un mismo interés y un mismo destino.”

Lágrimas de alegría corrian de los ojos de Amanda. ¿Será esto verdad? se preguntaba ella. ¿Cómo puede ser? ¡Qué! ¡Mortimer,

á quien he amado tanto tiempo sin esperanza, habra venido en efecto á mi lado para no separarse jamas? Si, es verdad. Y jamas podra pagarlo mi corazon con bastante reconocimiento; ¡pero como ha sucedido esto? Ella enjugó sus ojos y prosiguió:

„Vuestra solemne denegacion á consentir á nuestra union me habia abismado en un profundo desconsuelo; pero el verdadero amor como el verdadero valor, jamas desespera, y no cede á los obstáculos hasta haber hecho el último esfuerzo para vencerlos. En este concepto yo mismo me reanimé del abatimiento que me habia causado vuestra resolucion, entregándome entéramente á la ejecucion de un plan que habia formado mucho tiempo ha, y cuyo éxito me parecia asegurado. Vos podeis juzgar de mi impaciencia para conseguir mi fin, cuando os recordaré mi marcha de Carberry-Castle tan precipitada, que ni yo mismo supliqué despedirme de vos. No os disimularé que tenia que combatir muchas dificultades para probar al mundo que yo no era juguete del amor, sino el amigo y el defensor de la virtud. Por lo que os digo debeis conocer, que las dificultades de que hablo eran las que encontraria en desentrañar el profundo y execrable complot que os ha arrojado en una tan cruel situacion, y tan propia á manchar hasta vuestro caracter á la vista de los

„hombres. Con una mezcla de orgullo y de
„placer me he hecho vuestro campeón, he
„emprendido vengar vuestro honor, y pro-
„bar claramente que vuestra alma es tan
„pura, tan angélica, tan amable como lo
„anuncian los encantos de vuestra persona,
„de los cuales pueden los ojos juzgar.

„A mi llegada á Lóndres fui bastante
„feliz, por encontrar aun á Lady Marta Dor-
„mer en casa de mi padre. Yo le habia
„dicho que iba á hacer una visita á mi
„hermana al pais de Gáles. Mi padre sos-
„pechó que el objeto de mi viaje no habia
„sido este; pero conocí tambien que no que-
„ria dejarme conocer sus sospechas, pues
„me hizo algunas preguntas sobre mi her-
„mana, á las cuales respondí con poca des-
„treza para que él no hubiese podido apu-
„rar mas, y un autor de comedia hubiera
„podido encontrar motivo para una esce-
„na muy buena en lo que pasó entre no-
„sotros.

„A mi vuelta el marques de Rosline y
„toda su familia estaban aun en la casa de
„campo. Su ausencia me dió grande gusto,
„no sólamente dispensándome de frecuen-
„tar una sociedad que aborrecia, sino dan-
„dome la facilidad de interrogar á las gen-
„tes de su casa, entre las cuales estaba con-
„venido que encontraria los agentes cor-
„rompidos que la marquesa habia emplea-
„do contra vos. A la mañana siguiente de

„mi llegada me trasladé á Portman-Square.
„El criado que me abrió la puerta no me
„conocia, cuya circunstancia miraba como
„féliz; pues como no pudo decir mi nom-
„bre á la ama de llaves á quien deseaba ver,
„esta muger no pudo estar tanto sobre sí
„como lo habia estado sin esto. Ella se
„sobresaltó al verme, y manifestó su te-
„mor y su sorpresa. Despues de este pri-
„mer movimiento, ella se tranquilizó; y di-
„rigiéndose á mi con un tono respetuoso,
„me dijo que sin duda venia á saber no-
„ticias de Milord y Milady, procurando
„por este medio penetrar el motivo de mi
„visita. Yo le hice luego comprender que
„mi objeto era todo diferente. Le dije que ve-
„nia á pedirle la carta que le habia en-
„tregado para Miss Fitzalan, ó para saber
„en qué habia parado; que contenia un bi-
„llete de banco de una suma considerable
„que esta jóven jamas habia recibido. Su
„cara y semblante la vendieron y denun-
„ciaron mas fuertemente de lo que habrian
„hecho una multitud de testigos: se puso
„pálida, colorada, trémula y balbuciente,
„bajó la cabeza para evitar mis miradas.
„Yo le dije que en el estado en que la
„veia se hallaban confirmadas mis sospechas:
„que sin embargo de lo horrible que era
„la accion que habia cometido, la que al
„mismo tiempo era una infidelidad crimi-
„nal y una horrible inhumanidad, no que-

„ría llevar la cosa á todo rigor, con tal
 „de que confesase franca y plénamente la
 „parte que habia tenido, y la que sabia que
 „habian tomado otros en el complot tra-
 „mado contra Miss Fitzalan, conforme al
 „cual habian introducido en la casa al co-
 „ronel Belgrave sin saberlo esta jóven. Ella
 „se tomó tiempo para responderme; pare-
 „cia deliberar sobre el modo con que se
 „conduciria. En su fisonomía ví que esta-
 „ba fluctuando; y queriendo sacar partido
 „de esta disposicion, le repetia lo que ya
 „le habia dicho: que si ella me decia to-
 „do lo que sabia del complot tramado con-
 „tra vos, y puesto en ejecucion en la ca-
 „sa del marques, arreglaria á su satisfac-
 „cion todo lo concerniente á la carta y al
 „billete de banco. Y añadí que no tenia
 „duda alguna de vuestra inocencia; pero
 „que era esencial para vuestro reposo, que
 „fuese probada con evidencia á todos vues-
 „tros amigos; y en fin, que aquellos que
 „contribuirian á esta justificacion, serian li-
 „berálmente recompensados de su sence-
 „ridad.

„Sobre esto me respondió con un ex-
 „tremo descaro, que no diria una menti-
 „ra por dar gusto á quien fuese. Yo os
 „ahorraré sus impertinencias: acabó dicién-
 „dome que en cuanto á la letra, ella me
 „apostaba lo contrario, que era verdad que
 „habia recibido una para Miss Fitzalan, pe-

„ro que podia acordarme que vos os ha-
 „llabais mala; que se habian llamado otros
 „criados; que en la turbacion y embara-
 „zo en que se hallaban, no sabia en que
 „habia parado la carta, de la que se po-
 „dia pedir cuenta á otros muchos tanto
 „como á ella.

„Yo no fui mas dueño de mí mismo.
 „Le dije que era una picara, y que solo
 „era propia para el diabolico empleo de que
 „la habian encargado. El billete de banco
 „que encerraba la carta, se me habia en-
 „viado por un agente de negocios de mi
 „padre, con un resguardo de la posta, y
 „yo habia conservado el número de él.
 „Dejé pues á Portman-Square para ir al
 „momento al banco, y detener el pago si
 „no se habia hecho aun. Con este inten-
 „to entré en el primer coche de alquiler,
 „y tuve la satisfaccion de encontrar que no
 „se habia aun presentado el billete. Yo
 „sospeché luego que ella se apresuraria á
 „hacérselo pagar, y dejé mi nombre en el
 „banco, requiriendo que se arrestase á cual-
 „quier persona que lo presentase.

„A la mañana siguiente un comisario del
 „banco vino á informarme que una muger
 „se habia presentado con el billete de ban-
 „co del que habia dado el número, y que
 „la habian detenido hasta que yo viniese
 „á hacer mi reclamacion. Al instante me
 „fui con él, y tuve el mayor placer de

„ver á mi picarona cojida en el lazo. Ella
 „se derritió en lágrimas al verme, y me
 „dijo en voz baja que si queria tener pie-
 „dad de ella, me haria una entera confes-
 „sion de todo lo que sabia del asunto de
 „que le habia hablado el dia anterior.

„Yo le dije que no merecia que se le
 „tuviese ninguna lástima; pero que sin em-
 „bargo, como le habia prometido tratarla
 „con dulzura si me lo confesaba todo, ba-
 „jo esta condicion yo tendria mi promesa.
 „Retiré el billete de banco de sus manos,
 „envié á buscar un coche, y me la llevé
 „á Portman-Square. Al entrar en la sala
 „se arrojó á mis rodillas é imploró mi cle-
 „mencia. Yo le dije que se levantara, y
 „no difiriese mas tiempo una confesion sin-
 „cera de todo lo que supiese de los com-
 „plots tramados contra vos. Ella me con-
 „tesó que ella y Mistriss Jânes, la camare-
 „ra destinada para serviros, habian sido in-
 „truidas y empleadas para la ejecucion de
 „todos los planes imaginados para perde-
 „ros: que la marquesa no les habia disimu-
 „lado el odio inveterado que os tenia: que
 „sus escrúpulos (pues ella pretendió que al
 „principio les prohibiesen á ellas participar
 „de estos proyectos) habian cedido al te-
 „mor de que la marquesa no les dañase
 „mucho si la resistian, y á las recompen-
 „sas que les habia prometido y que jamas
 „les habia dado; pero esta relacion no me

„satisfacia. Pedí pues una escribanía y pa-
 „pel, y le declaré que me era necesario
 „que me hiciese un detall mas exacto de
 „todo lo que habia pasado entre ella y la
 „marquesa relativamente á vos. Ella titubeó
 „aun: le dije que mi indulgencia era á es-
 „te precio, y que si me contentaba en es-
 „te punto la recompensaria largamente. Ella
 „en fin cedió; me describió toda esta es-
 „cena de iniquidad, y el modo con que
 „el coronel Belgrave habia sido introduci-
 „do en el cuarto por ella y Mistriss Já-
 „nes, y como ámbas se habian ocultado pa-
 „ra oír, y como habian sabido todo lo que
 „habia pasado entre vos y el coronel Bel-
 „grave, que ella me ha contado casi en los
 „mismos términos que vos cuando me hi-
 „cisteis la relacion. A medida que habla-
 „ba yo escribia, y la hice firmar el papel
 „con una declaracion que esta era su con-
 „fesion verdadera de su parte, y de la de
 „los otros que habian contribuido á los com-
 „plots tramados contra el honor de Miss
 „Fitzalan.

„En seguida le hablé de Mistriss Jânes,
 „cuyo testimonio deseaba que confirmase
 „todo lo que acababa de declarar. Ella me
 „aseguró que lo obtendria prometiendo á
 „esta muchacha una recompensa; tanto mas
 „que Mistriss Jânes estaba muy descontenta
 „de la marquesa y Lady Eufrasia, por
 „que no habian cumplido las promesas que

„le habian hecho de pagarle bien sus ser-
 „vicios. Jánés estaba entónces en la cam-
 „paña; pero la ama de llaves me prome-
 „tí que encontraria un medio de hacerla
 „veir á la ciudad ántes del domingo, y
 „que me avisaria de su llegada. Yo le pro-
 „metí que no se hablaria mas del negocio del
 „billete de banco, y le di uno de cincuen-
 „ta libras esterlinas, como la recompensa
 „que le habia prometido, y le dije que po-
 „dia prometer otro tanto á Mistriss Jánés.
 „Esta llegó en fin á Lónores; la ama de
 „llaves me lo hizo saber, y me apresuré á
 „trasladarme á Portman-Square para des-
 „empeñar mi papel de inquisidor general,
 „y recibir la confesion de la culpada, que
 „coincidió perfectámente con la ama de lla-
 „ves, y llegué al fin de hacerle firmar uno
 „y otro. Aun me quedaba vuestra huéspe-
 „da Mistriss Jennings, la buena amiga de
 „Lady Greystock, á quien me faltaba con-
 „fundir, y quitar la mascara á su malicia.
 „Yo encargué á un criado de los míos, que
 „se informase cual era su reputacion entre
 „sus vecinos, y supo que su carácter era
 „muy sospéchozo. Llegué pues una maña-
 „na á su casa con mi coche, sabiendo que
 „el aparato de la dignidad y de la riqueza
 „tendria mas influencia que la misma voz
 „de la conciencia. Ella pareció muy con-
 „fusa de mi visita, y esperaba con inquie-
 „tud conocer su objeto. Yo no la tuve en

„suspension mucho tiempo; le dije que era
 „el amigo de una señorita jóven, á quien
 „habia falsa y bájamente calumniado. Su
 „conciencia le decia ya el nombre de la se-
 „ñorita, y su semblante se puso colorado
 „cuando articulé el de Miss Fitzalan.

„La infeliz parecia quererse ocultar bajo
 „la tierra. Yo le repetí todo lo que ella ha-
 „bia dicho de vos á Lady Greystock. Le
 „puse á la vista las consecuencias que po-
 „dia tener una semejante difamacion si fue-
 „se denunciada á la justicia, y le dije que
 „seria perseguida con todo rigor, si al mo-
 „mento no confesaba que sus conversacio-
 „nes sobre vos habian sido otras tantas fal-
 „sedades, y los motivos que la habian in-
 „ducido á ello. Ella fue asaltada de terror
 „é imploró mi perdon. Yo le dije que no
 „le obtendria sino por su confesion. Ella
 „confesó que os habia cruel y groséramen-
 „te calumniado en cuanto habia dicho de
 „vos á Lady Greystock; que durante vues-
 „tra mansion en su casa habia tenido di-
 „ferentes ocasiones de convencerse de la
 „pureza de vuestra inocencia, y de la sin-
 „ceridad de vuestra virtud; pero que ha-
 „bia sido inducida á hablar mal de vos por
 „el resentimiento que tenia de que le hu-
 „bieseis hecho perder los ricos presentes que
 „el coronel Belgrave le habia prometido,
 „si podia induciros á entregaros á él. Ella
 „me contó todos los extratagemas que jun-

„tos habian concertado para vuestra per-
 „dicion; me entregó algunas cartas de es-
 „te hombre á vos que ella le decia fál-
 „samente que habiais recibido, por no per-
 „der la recompensa que le daba por cada
 „una de las que le decia haberos entre-
 „gado.

„Yo le dije, en fin, que ella podia tener-
 „se por muy feliz de que el negocio hubie-
 „se recaido en amigos de Miss Fitzalan mas
 „que en otros, que no habrian tenido la mis-
 „ma indulgencia; en fin, os juro que si la
 „cuenta de los calumniadores se discute-
 „se asi, la raza se exterminaria pròntamen-
 „te, y no se verian tantas víctimas sacri-
 „ficadas á la malicia, á la venganza y la
 „envidia.

„O mi querida Amanda! yo no puedo
 „pintaros la alegría que sentí cuando llegué
 „al fin de disipar todos los obstáculos que
 „se oponian á mi felicidad: yo me hallé
 „el mas feliz de los hombres, cuando me
 „hubé convencido por mí mismo de vues-
 „tra inocencia, y de que tenia en mis ma-
 „nos los documentos con que manifestar-
 „la á todo el mundo.

„El momento de hacer pública mi reso-
 „lucion habia llegado ya. A la mañana si-
 „guiente de mi visita á Mistriss Jennings
 „pedí una conferencia á Lady Marta; yo
 „creo que ya habia adivinado el asunto de
 „que queria hablarle. En mi fisonomía co-

„oció que tenia muy buenas noticias que
 „darle. No os trasladaré nuestra conversa-
 „cion: bastará que os diga que esta exce-
 „lente muger no sólamente participó de to-
 „da mi satisfaccion, sino que quiso acre-
 „centarla, y ántes que le hubiese declara-
 „do entéramente mi proyecto, me anun-
 „ció que ella miraba en adelante á mi Aman-
 „da como su hija, y que le aseguraba con
 „este título todos sus bienes. Sí, mi que-
 „rida Amanda, los bienes que ella me des-
 „tinaba, me dijo que los emplearia en ad-
 „quirirme el mas precioso de todos los te-
 „soros, el mas raro de todos los bienes que
 „el cielo pudiese darme, y que tiene en mí
 „concepto un precio inestimable, tanto ma-
 „yor cuantos mayores riesgos he corrido
 „de perderle. Yo me arrojé á los pies de
 „Lady Marta en los transportes de mi re-
 „conocimiento, y le confesé que ella se ha-
 „bia anticipado á mis deseos; pues esta-
 „ba determinado á implorar su generosi-
 „dad, desde el momento en que habia co-
 „nocido que vuestra invariable resolucion
 „era de no uniros conmigo sin traerme al-
 „gun dote, para no violar la promesa que
 „habiais hecho á vuestro padre, y no justi-
 „ficar la dureza del mio para con Mr. Fit-
 „zalan.

„En seguida nos convenimos en tener á
 „Lord Cherbury ocultos nuestros proyec-
 „tos. Nosotros queriamos cojer de impro-

„viso á la marquesa y Lady Eufrosia, es-
 „perando por este medio que consigui-
 „riamos desengañar mas fácilmente á mi
 „padre sobre el juicio de estas dos señoras.

„El me habia manifestado mas de una
 „vez su deséo de que fuese á hacer una
 „visita al marques en la casa de campo. Yo
 „le dije que hacia cuenta de ir al dia si-
 „guiente. Lady Marta me propuso el ir
 „tambien; y mi padre no faltó á ponerse
 „de funcion, para suplir sin duda en sus
 „atenciones por las damas las negligencias
 „del hijo.

„Tuvimos la felicidad de encontrar to-
 „da la familia junta. Las damas manifes-
 „taron mucha satisfaccion de nuestra lle-
 „gada, y se alegraron, decian ellas, de ver-
 „me con tan buen semblante. El mismo
 „marques, á pesar de su acostumbrada frial-
 „dad, dijo que estaba muy alegre de ver-
 „me. La marquesa y Lady Eufrosia se me
 „sonreian, y yo me decia á mí mismo mi-
 „randolas; ¡ah mugeres viles y falsas! vues-
 „tro triunfo sobre la inocencia y belleza
 „va á acabar pròntamente. Despues de ha-
 „ber pasado casi media hora riendo y oyen-
 „do reir, me aproveché de un momento
 „de silencio y de interrupcion de la con-
 „versacion para empezar mi ataque. Seria
 „demasiado desagradable para vos y para
 „mí entrar en los detalles. El crimen, la
 „rabia y la confusion se manifestáron al des-

„cubierto en la marquesa y Lady Eufrosia;
 „el marques y Lady Greystock estaban
 „penetrados de admiracion y mi padre cons-
 „ternado.

„Yo dije á la marquesa que su resen-
 „timiento contra una sobrina inocente de-
 „bia apaciguarse por todo lo que habiais su-
 „frido, y que me lisonjeaba que se alegra-
 „ria de ver vuestra reputacion lavada de
 „las manchas que habia querido imputarle
 „la calumnia; que deseaba del modo que
 „fuese posible sofocar este asunto, y que
 „con tal que quisiese emplearse en defen-
 „der á Miss Fitzalan de todas las malicias
 „esparcidas contra ella con motivo de lo
 „que habia pasado en su casa, ocultaria cui-
 „dadósamente la parte que habia tomado en
 „esta injusta persecucion.

„Ella me respondió con una voz sofo-
 „cada por la rabia y con la afectacion
 „del mayor desprecio, que me daba gracias
 „de la justicia que decia querer hacer á sus
 „sentimientos; pero que esta disposicion no
 „era conforme á los pasos que acababa de
 „dar, corrompiendo á sus criados para jus-
 „tificar á Miss Fitzalan á expensas de su re-
 „putacion: que ella se afligia de encontrarme
 „capaz de tal maldad y de semejante de-
 „bilidad: que yo era juguete por segunda
 „vez; y que no se admiraba de ello, pues
 „en artificios erais maestra consumada: que
 „algun dia os conoceria, pero demasiado

„tarde, y que veria los vicios de que ha-
„bia procurado justificaros, desplegarde de
„nuevo, y castigarne de mi loca credulidad.

„O sí! dijo mi padre, esta muchacha le
„ha embrujado; ella hara la desgracia
„de su vida, y trastornará todas mis espe-
„ranzas. No es Miss Fitzalan (repliqué yo
„moderándome tanto como pude), sino los
„enemigos de Miss Fitzalan, los que me
„han hecho su juguete. Confieso que sus
„complots contra ella han conseguido en-
„gañarme. Me era imposible pensar que una
„cosa tan horrible, tan monstruosa, tan ex-
„crable, pudiese entrar en la imaginacion
„de unas personas obligadas por los lazos del
„parentesco y de la hospitalidad á ser sus na-
„turales protectores, y yo preferia creer que
„debía á mi desgracia y á la fragilidad de
„la naturaleza humana el ser engañado,
„mas bien que á su bejeza y profunda
„maldad.

„Vos veis, Milord, gritó el marques di-
„rigiéndose á mi padre, que confiesa su pa-
„sion por esta infeliz. Sí, repliqué, la con-
„fieso, y me glorio de ella: amando á Miss
„Fitzalan amo la virtud misma; amándola
„no violo ninguna promesa anterior; mi co-
„razon jamas ha hecho alguna que no pu-
„diese cumplir.

„Miserable prevencion! dijo Lord Cher-
„bury; pues ¿por qué creyéndola culpable,
„como convenis en ello, la habeis seguido á

„Irlanda? ¿Por qué no la habeis abandona-
„do á la infamia que merecia? Ciértamente
„que vuestra ceguedad se manifiesta bien
„en esto.

„Yo la he seguido, Milord, reliqué, con
„la esperanza de sacarla de las manos de
„su seductor y volverla á su padre. Que-
„ria endulzar el destino del pobre Fitzalan.
„Ah! no es en los brazos del crimen don-
„de he encontrado á Amanda, sino en los
„de la muerte. En este solemne momen-
„to en que acababa de depositar en la tum-
„ba los tristes restos de un padre adorado,
„le oí afirmar su inocencia, y yo me ha-
„bria creido culpable de impiedad rehu-
„sando creerlo cuando ella misma se creia
„cerca de su fin, y que su alma parecia
„querer tomar su vuelo hácia el cielo. Des-
„de este instante ha quedado justificada en
„mi concepto, y tomé la resolucion de des-
„cubrir hasta sus últimos escondrijos, los
„complots tramados contra su inocencia, que
„á mi mismo me habian deslumbrado. El
„suceso ha sobrepasado mis esperanzas. La
„Providencia ha venido en socorro de la vir-
„tud paciente, y ha favorecido al que ha
„emprendido vengarla.

„Contra mi primera intencion, mi que-
„rida Amanda, os he dado este detall de
„una parte de nuestra conversacion. De lo
„demas bastará que os diga, que la marque-
„sa ha insistido en pretender que yo habia

„corrompido á sus criados, para denigrar
„su reputacion y defender la vuestra, en
„cuya tentativa, me ha repetido muchas ve-
„ces, que no saldria con la mia.

„El marques se defendió con la dignidad
„de su casa, y en la imposibilidad de que
„la marquesa la hubiese manchado con una
„accion de la especie que yo la acusaba. Yo
„le respondí con el mismo calor, que la
„acusacion era demasiado bien fundada y
„sostenida por demasiadas pruebas, para que
„temiese que se refutase jamas: que me
„habia visto obligado á intentarla, no so-
„lo por defender la inocencia calumniada,
„sino por mi honor, que pròntamente iba
„á ser esencialmente interesado en todo
„cuanto tocaba á Miss Fitzalan, y que esta-
„ria obligado á hacer públicas las acusa-
„ciones y defensas, si la marquesa continua-
„ba en negarse á reconocer que en todo lo
„que habia pasado en su casa, Miss Fitz-
„alan, habia sido el objeto de una infame
„calumnia.

„La marquesa rehusó hacer confesion al-
„guna que os fuese favorable; y Lady Eu-
„frasia, despues de las palabras por las cua-
„les habia manifestado mi proyecto de unir-
„me con vos, salió de la sala con un ataque
„de nervios.

„Yo, conocí que Lord Cherbury sin em-
„bargo sospechaba á lo ménos alguna in-
„famia, por algunas palabras que dejó es-

„capar, como por ejemplo, que pues habia,
„alguna trama en la aventura acaecida en
„la casa del marques, debia en toda justi-
„ticia aclararse al momento; pero á pesar
„del interes que ponía en la causa de la
„inocencia, me pareció cláramente que te-
„nia romper con la familia del marques,
„y que le habia chocado la clara manifes-
„tacion que acababa de hacer, y me se-
„paraba para siempre de Lady Eufrasia.

„Lady Marta Dormer habló á su turno,
„diciendo que las pruebas que yo habia te-
„nido de la inocencia de Miss Fitzalan eran
„incontestables, y me pondrian al abrigo
„de la reconvenccion de haber sido juguete
„del artificio ó del amor; que la sola hu-
„manidad, independiente de todo tierno sen-
„timiento, me habria determinado á empre-
„nder vuestra defensa; que vuestra causa era
„la de la inocencia y de la virtud, causa
„que debe apasionar á toda persona que
„detesta la calumnia y la traicion, cuyos ti-
„ros pueden temer no solo los pobres y
„huérfanos sin defensa, sino tambien los
„grandes y los ricos en el seno de su pros-
„peridad.

„Yo aun continué allí la relacion que
„habia hecho de las disposiciones y con-
„fesioness de los criados, y la refutacion
„de la historia calumniosa de Mistriss Jen-
„nings. Fortifiqué estas razones producién-
„do una carta aun cerrada del coronel Bel-

„grave. En fin, continué aumentando pruebas sobre pruebas, de manera que pudiesen formar una verdadera demostración.

„La cólera de la marquesa pasó entonces hasta el frenesi. Ella insistió en defenderse y en acusaros; pero con un semblante y un tono en que se veian tan manifiestamente el crimen y la vergüenza que se le sigue, que era imposible viendo, dejar de creerla culpada.

„La escena empezaba á ser demasiado penosa para mí, y demasiado chocante para Lady Marta. Yo pedí que se pusiesen los caballos en el coche de mi tía con quien habia venido, precediendo á Lord Cherbury, despues de la idéa de que podia quedarse mas tiempo que nosotros en casa del marques. Mi padre en efecto se quedó con la esperanza de acomodar las cosas, y vino al día siguiente á Londres.

„Me he detenido ya tanto tiempo sobre escenas desagradables, que debo ahorrar las que siguieron, y de las que no os hablaria si no fuesen la excusa de mi larga ausencia de Carberry-Castle. Nuestros estorbos (vos veis que uno ya vuestros intereses con los míos) empezaron á disminuirse, y puedo decir ya que todos los obstáculos están al fin superados. Lady Marta me ha encargado el haceros conocer sus intenciones por vos, y mi padre parece estar perfectamente atento. El me au-

„toriza á aseguraros que deséa teneros por nuera, y que vuestro ingreso en su familia será á un mismo tiempo un honor y una dicha. El os tendrá una verdadera obligación, si apresurais este momento, y si le dais así la ocasion de reparar por las atenciones á la hija la injusticia que ha hecho á su padre.

„Yo no he hecho mas que indicaros vágamente las intenciones de Lady Marta Dormer por vos. Las encontraréis mas por extenso en la carta que os escribe y que tengo el gusto de incluir en la mia: os he hecho este largo relato por escrito, á fin de que en la primera conferencia, nuestra conversacion no sea envenenada por memoria alguna molesta, y que podamos disfrutar tranquilos de la perspectiva de felicidad que se abre delante de nosotros.

„Pero ántes de cerrar mi carta, como sé que estais muy léjos del egoismo que hace que uno no se ocupe sino de sí mismo, debo deciros que he hecho muchas indignaciones para saber el paradero de vuestro hermano, y que un habilitado del regimiento me ha dirigido á un oficial que estaba ausente con licencia. Yo le he escrito al lugar donde reside su familia; y despues de haber esperado largo tiempo inútilmente una respuesta, he despachado un expreso que me ha traído una respuesta política de su padre, el

„la que me decia que su hijo estaba au-
„sente por algunos dias, que debia volver
„próntamente, y que luego que estuviese de
„vuelta contestaria á mi carta.

„Yo no dudo que despues de esto ten-
„dremos luego nuevas de Mr. Fitzalan. En-
„tonces será toda nuestra ocupacion mudar
„ó mejorar su situacion si no le es agradable.
„Estad pues tranquila por lo que respec-
„ta á él; pues hasta que nos traslademos
„á Inglaterra, tendremos una carta de mi
„amigo: ¡qué al volveros á ver no encuen-
„tre en vuestro semblante encantador nube
„alguna de inquietud!

„Por precio de la reserva que he teni-
„do rehusándome á la impaciencia de ve-
„ros esta tarde, os suplico me recibais ma-
„ñana por la mañana temprano, y permitir-
„me ir á desayunarme con vos. Sin una
„expresa prohibicion de vuestra parte, ten-
„dré por concedido el permiso.

„Dicen que el contraste aviva el placer;
„yo lo creo muy bien. Yo pienso que sin
„haber experimentado las agudas penas de
„que tanto tiempo he sido victima, no sen-
„tiria un placer tan vivo como el de que
„está lleno mi corazon. Despues de ver-
„me obligado á renunciarnos, despues de ha-
„beros tantas veces llorado como perdida
„para mí sin remedio, pensar que sois mia
„para siempre, es una felicidad que no pue-
„de explicar ninguna expresion. Puedo de-

„cir que mi dicha verdaderamente renace;
„pues sale de la tumba en que la habia se-
„pultado la desesperacion. Pero yo olvi-
„do que aun teneis que leer la carta de
„Lady Marta Dormer. Vos, supongo que
„por motivo de nuestra antigua amistad ha-
„breis empezado por la mia, pero es jus-
„to y razonable ahora que ceda el lugar á
„mi tia. No debo olvidar deciros que mi
„hermana Araminta participa de nuestra di-
„cha. Ella llegaba del pais de Gales cuan-
„do yo salí de Lóndres, y no he podido
„darle tiempo de escribiros. Sabreis tam-
„bien que la familia del marques y La-
„dy Greystock, que parecen en adelante
„compañeras, en lugar de volver á la ciu-
„dad, han salido para Brighthelmstone; con-
„tra lo que esperaba, no han sido despe-
„didas ni la ama de llaves, ni Mistris Já-
„nes, y han enviado á ambas á una tier-
„ra apartada que pertenece al marques.
„Como conozco el espíritu de venganza de
„la marquesa, es claro que tiene alguna ra-
„zon secreta para no despedirlas en cas-
„tigo de la confesion que me han hecho. Pe-
„ro sea lo que fuere, esto es de demasiado po-
„ca importancia para nosotros; pues que
„estamos para en adelante al abrigo de sus
„nuevas tramas. Acabo de correr algunas
„millas lejos de Carberry-Castle por haber
„visto pasar á caballo un hombre que me
„ha parecido ser el coronel Belgrave. A

„esta vista he dejado el coche y he mon-
 „tado en el caballo de mi criado, y me
 „he puesto á perseguirle. El sin duda ha
 „evitado mi encuentro, metiéndose en al-
 „gun camino de travesía, pues seguramen-
 „te le habria alcanzado. He hecho inú-
 „tiles indagaciones para descubrir en qué
 „lugar de las cercanías habitaba. En cuan-
 „to á la seguridad personal; nada temo
 „de este miserable en el lugar en que
 „os hallais; pero si es él á quien yo he
 „visto, podria turbar vuestra tranquili-
 „dad, sea procurando acercárseos, sea es-
 „cribiendos. Gracias al cielo estareis en
 „adelante al abrigo de peligros de esta na-
 „turaleza. Pero yo me reprendo aun el
 „diferiros la lectura de la carta de Lady
 „Marta. A Dios. No engañeis la espe-
 „ranza que tengo de veros mañana por la
 „mañana temprano.

MORTIMER.”

Amanda leyó esta carta con una con-
 nocion que puede mas bien concebirse
 que describirse. La habria leído otra vez,
 si la carta de Lady Marta no hubiese lla-
 mado tambien su atencion. Ella la levan-
 tó de la tierra, donde la habia dejado caer,
 y leyó lo que sigue.

„Cuando diré á la querida y amable Miss
 „Fitzalan que la felicito de todo mi cora-
 „zon de la mudanza feliz que ha sucedi-

„do á su situacion, lo creerá sin duda fá-
 „cilmente, despues del tierno interes que
 „tengo por un hombre que amo desde su
 „niñez, y cuya felicidad depende entera y
 „esencialmente de la de Miss Amanda.

„Con todo, no creais, mi querida Miss
 „Fitzalan, que yo no me alegre de vues-
 „tra dicha, por vuestra propia convenien-
 „cia, é independientemente del interes que
 „tengo en la de Lord Mortimer. Mucho
 „tiempo ha que os estimaba y os admira-
 „ba, despues de lo que he oido decir de
 „vos, aun cuando la esperanza de ver es-
 „tablecerse entre nosotros una relacion mas
 „estrecha se habia extinguido, yo no he
 „podido olvidaros lo bastante para cesar
 „de interesarme en vuestra dicha. ¡Oh, y
 „cuanto me he alegrado de ver revivir es-
 „ta esperanza con toda la verosimilitud de
 „que será pròntamente realizada! Yo mi-
 „ro á Mortimer como el mas feliz de los
 „hombres en el momento mismo en que
 „podrá decir que sois suya; y el placer
 „que siento de pensar que habré contribui-
 „do á procurarle este bien inestimable, es
 „el mayor que jamas haya sentido.

„Aunque no puedo dar á mi hija adop-
 „tiva una fortuna igual á la que habria
 „traido Lady Eufrasia Sutherlan á Morti-
 „mer, Lord Cherbury está perfectamen-
 „te convencido de que Miss Fitzalan es-
 „tá dotada de un mérito que compensa

„ventajosamente esta diferencia. Diez mil
 „libras esterlinas y mil de renta anual se-
 „rán su dote, y el resto de mi fortuna des-
 „pues de mí está asegurado á Lord Mortim-
 „mer. Estos arreglos se terminarán en mi
 „casa de campo, en donde me propongo
 „ir al instante con Lady Araminta, y en
 „donde las dos esperamos con una gran-
 „de impaciencia vuestra llegada. Así os
 „suplicamos que os apresureis tanto como
 „lo permitirán vuestra salud y vuestros ne-
 „gocios. Lord Cherbury nos ha prometi-
 „do seguirnos de aquí á pocos días, de
 „manera que se hallará, á lo que creo, en
 „Thornbury para recibirlos. ¡Plugiese al cie-
 „lo, mi querida Miss Fitzalan, que la ino-
 „cencia y la virtud calumniadas encontra-
 „sen siempre campeones tan celosos co-
 „mo Lord Mortimer! Veríamos así ménos
 „víctimas de la maldad y de la calumnia
 „sucumbir á un desprecio, y á unas recon-
 „venciones injustas. Perdonadme esta ojea-
 „da arrojada atras sobre escenas ya pa-
 „sadas, aunque por lo demas, vos podeis
 „alegraros con la memoria de que las acer-
 „bas pruebas que habreis sufrido, han he-
 „cho resaltar muy bien vuestras estimables
 „calidades. A Dios mi querida Miss Fit-
 „zalan. He escrito mi carta breve, por-
 „que hay una cierta persona que no me
 „habria permitido tomarme demasiada par-
 „te en vuestro tiempo. Yo le he dicho que

„vos diriais alguna palabra de su impacien-
 „cia é importunidad; pero me ha contes-
 „tado que (sin duda por impedir que no
 „descubra á vuestra vista sus defectos) vos
 „sabiais ya alguna cosa. Yo le permito con
 „todo el desplegarlos á su gusto cuando él
 „trate de apresurar vuestra llegada á Torn-
 „bury, para ser recibida en los brazos de
 „vuestra sincera y buena amiga

MARTA DORMER.”

Se puede decir que la felicidad de Aman-
 da era en este momento la mayor que pue-
 de ser dable gustar en el mundo. He di-
 cho puede ser, porque se mezclaba en ella
 este triste pensamiento: que su padre, este
 amigo fiel y tierno que habia partici-
 pado de todas sus penas, no podia partici-
 par de su alegría. Pero ella apaciguó este
 pesar, pensando que una felicidad entera
 y perfecta no es herencia del hombre;
 y se volvió con un piadoso reconocimiento
 hácia el Sér Todopoderoso, que habia
 cambiado su tristeza en alegría, y la
 perspectiva descolorida de un penoso
 porvenir en un cuadro rico y risueño.

Su vanidad se hallaba un poco ofendi-
 da, porque entreveía en la carta de Mor-
 timer las dificultades que habia puesto aun
 Lord Cherbury; pero esta impresion prón-
 tamente se borraba por los elogios lison-
 jeros de Lady Marta, y por la estima-

cion y amistad de Lady Araminta, con la cual iba á tener la dicha de vivir; lo que miraba como una de las mayores ventajas de que podia disfrutar.

En cuanto á sus sentimientos por Lord Mortimer, seria imposible explicarlos; era el amor, el reconocimiento y la admiracion con toda energía quienes llenaban su corazon, y la hacian llorar de sensibilidad y de alegría, á la idéa de que iba á ser suya para siempre.

Con las dos cartas en la mano se fué al aposento de la superiora. La buena señora vió señales de lágrimas en los ojos y mejillas de Amanda, y exclamó con un tono de interes. ¡Oh, yo temo que mi hija tiene alguna cosa que le aflije! Amanda le entregó las dos cartas, y le suplicó, que ella misma juzgase si tenia motivos de estar agitada. A medida que la superiora leia, interrumpia su lectura con repentinias exclamaciones, que manifestaban su sorpresa y satisfaccion. Ella se quitaba á menudo sus anteojos para enjugar sus ojos, mojados con lágrimas de alegría. Amanda seguia con la vista todos sus movimientos y las impresiones que le hacia esta lectura. Cuando la buena superiora hubo acabado, dió á Amanda un abrazo de enhorabuena. Lord Mortimer es digno de vos, hija mia, le decia, y este es el mayor elogio que puedo hacer de él. Despues

de algunos comentarios sobre diferentes pasages de la carta, preguntó á Amanda con una sonrisa un poco maligna, si contaba enviar un expreso á Lord Mortimer para prohibirle venir al dia siguiente por la mañana. Amanda le confesó francamente, que no era esta su intencion, y que estaria muy contenta de verle. La superiora dijo que haria preparar el desayuno para los dos en el pabellon del jardin, y que impediria que nadie les incomodase. Tambien prometió tener secreto este asunto hasta la partida de Amanda.

CAPITULO VIII.

La alegría es tan enemiga del reposo como la inquietud. Amanda casi no durmió, pero sus pensamientos eran demasiado agradables para que sintiese la falta de dormir. Ella se levantó temprano, y apenas se habian trasladado al pabellon cuando Lord Mortimer llegó allí. Toda la alegría de su alma brillaba en sus ojos: Amanda le recibió con la mas tierna conmocion. El apretó contra su corazon en el silencio y éxtasis de la felicidad el tesoro que el cielo le volvía. Uno y otro no estuvieron en estado de hablar durante algunos momentos; pero las lágrimas que despedian los ojos de ambos, expresaban sus sentimientos mejor y mas fuertemente que ninguna lenguaje. Amanda en fin cobró la palabra, y co-

cion y amistad de Lady Araminta, con la cual iba á tener la dicha de vivir; lo que miraba como una de las mayores ventajas de que podia disfrutar.

En cuanto á sus sentimientos por Lord Mortimer, seria imposible explicarlos; era el amor, el reconocimiento y la admiracion con toda energía quienes llenaban su corazon, y la hacian llorar de sensibilidad y de alegría, á la idéa de que iba á ser suya para siempre.

Con las dos cartas en la mano se fué al aposento de la superiora. La buena señora vió señales de lágrimas en los ojos y mejillas de Amanda, y exclamó con un tono de interes. ¡Oh, yo temo que mi hija tiene alguna cosa que le aflige! Amanda le entregó las dos cartas, y le suplicó, que ella misma juzgase si tenia motivos de estar agitada. A medida que la superiora leia, interrumpia su lectura con repentinias exclamaciones, que manifestaban su sorpresa y satisfaccion. Ella se quitaba á menudo sus anteojos para enjugar sus ojos, mojados con lágrimas de alegría. Amanda seguia con la vista todos sus movimientos y las impresiones que le hacia esta lectura. Cuando la buena superiora hubo acabado, dió á Amanda un abrazo de enhorabuena. Lord Mortimer es digno de vos, hija mia, le decia, y este es el mayor elogio que puedo hacer de él. Despues

de algunos comentarios sobre diferentes pasages de la carta, preguntó á Amanda con una sonrisa un poco maligna, si contaba enviar un expreso á Lord Mortimer para prohibirle venir al dia siguiente por la mañana. Amanda le confesó francamente, que no era esta su intencion, y que estaria muy contenta de verle. La superiora dijo que haria preparar el desayuno para los dos en el pabellon del jardin, y que impediria que nadie les incomodase. Tambien prometió tener secreto este asunto hasta la partida de Amanda.

CAPITULO VIII.

La alegría es tan enemiga del reposo como la inquietud. Amanda casi no durmió, pero sus pensamientos eran demasiado agradables para que sintiese la falta de dormir. Ella se levantó temprano, y apenas se habian trasladado al pabellon cuando Lord Mortimer llegó allí. Toda la alegría de su alma brillaba en sus ojos: Amanda le recibió con la mas tierna conmocion. El apretó contra su corazon en el silencio y éxtasis de la felicidad el tesoro que el cielo le volvía. Uno y otro no estuvieron en estado de hablar durante algunos momentos; pero las lágrimas que despedian los ojos de ambos, expresaban sus sentimientos mejor y mas fuertemente que ninguna lengua.

Amanda en fin cobró la palabra, y co-

só en esta inquietud y con la esperanza de la visita ó de la carta que Mortimer le habia prometido. Nada venia. Despues de comer resolvió enviar al viejo jardineiro á Carberry Castle. Mientras que ella le hablaba para esto en el jardin, una criada vino á avisarla que uno preguntaba por ella en el locutorio de parte de Mortimer. Ella voló allá; pero ¡cuál fue su sorpresa, cuando el pretendido mensagero de Lord Mortimer, quitándose un grande sombrero que cubria toda su cara, se manifestó á su vista Lord Cherbury! Entonces no pudo menos de exclamar: ¡Gran Dios! ¡ha sucedido alguna cosa á Mortimer! y se dejó caer sobre una silla con una agitacion que apenas le dejaba respirar.

CAPITULO IX.

LORD Cherbury se apresuró á socorrerla y calmar su agitacion, asegurándole que Lord Mortimer estaba en perfecta salud. Recobrada un tanto con esta seguridad, ella le preguntó, ¿cómo habia sabido el estado de su hijo? El respondió, que por haberle visto una hora hace, sin que él mismo lo supiese. Amanda mas tranquila sobre Lord Mortimer, empezó á reflexionar en la extraña é inesperada visita del padre: ella habria imaginado que venia para manifestarle él mismo su satisfaccion de recibir-

la en su familia, si su aire y su composura no le hubiesen alejado del todo esta idéa. Sus miradas sombrías estaban fijas sobre ella, y se veia que él temia hablar.

La misma Amanda se hallaba en una situacion demasiado turbada para romper el silencio: al fin Lord Cherbury le dijo precipitadamente; Lord Mortimer no sabe ni debe saber que yo haya venido aqui.

¡No debe saberlo! repitió Amanda con la mayor admiracion. ¡Gran Dios! exclamó Lord Cherbury levantándose de una silla en que se habia sentado, ¿por donde empezar? ¿cómo noticiárselo...? ¡O Miss Fitzalan! (acercándosele) tengo muchas cosas que deciros, que os darán grande disgusto. Yo habia creido poderme explicar con vos en una conferencia, pero veo que me he engañado; he presumido demasiado de mi valor; os escribiré.

Milord, le dijo Amanda pálida y temblando, decídmelo ahora, no me dejes en suspension. Despues de los temores que acabais de darme, esto seria una verdadera crueldad. ¡Oh! seguramente si no ha acaecido nada funesto á Lord Mortimer, si Lady Marta y Lady Araminta estan buenas, ya no me queda que saber cosa alguna que sea tanta desgracia para mí.

¡Ah! dijo él sacudiendo tristemente la cabeza; vos os engañais en vuestras congeturas, aunque los amigos de que me ha-

blais estén buenos. Yo os he dicho que os escribiré. ¿Podreis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que Lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza como para imprimir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras partió, dejando á Amanda llena de sorpresa y de horror. Algunos minutos se pasaron ántes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber donde iba, y repitiendo las últimas palabras de Lord Cherbury. El puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo, ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, ¿por qué ocultar á Lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Por qué no dejarse conocer sino de ella? ¿Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarle?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga, le sorprendió y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de Lord Mortimer. Amanda suspiró, y respondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quien era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitación que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si Lord Mortimer venia por la tarde, le dijese que no estaba dispuesta para recibirle.

La superiora le instó á que se quedase á tomar el té, pero ella lo rehusó, y al retirarse suplicó que no dijese nada á Lord Mortimer de la visita que habia tenido; porque, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró á su aposento, y procuró calmarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las reli-

giosas respetando sus intenciones, la dejaron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á Lord Cherbury esperándola en las ruinas. El tenia una carta en las manos que le entregó luego que llegó. En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave, meditada bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entonces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

¡Oh! decidme, decidme os suplico, exclamó Amanda asiéndole por el brazo, ¿cuál es la demanda que me hacéis? y de este suceso ¿qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana en la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y Lord Mortimer compareció dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

¡Ay mi Dios! dijo él, ¿qué venis á hacer aqui? ¿con quién estabais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante oscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante que infaliblemente la habria descubierto. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: ¿con quién estaba? Si, dijo Lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habéis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. Está muy bien, dijo él, pero repito ¿qué venis á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

¿A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; ¿y por qué venis aquí sola? ¿Cómo si tenéis los temores que me habéis dicho vos misma, os exponéis á que os encuentre el miserable que os persegue? Cuando he llegado al convento me han dicho que estabais indispueta, y que queriais estar sola. Yo no me he podido resolver á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estabais. Es malo en efecto, Aman-

da, es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

¡Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y derritiéndose en lágrimas: ¡y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazón estaba lleno de terrores que habia derramado en él Lord Cherbury, y veia en el alma de Mortimer sospechas que no podia disipar, sin revelar el secreto que se le habia mandado guardar tan solénnemente.

¡Ah! Amanda, le dijo Lord Mortimer aflojando de una vez la severidad con que acaba de hablarle, vos conocéis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo habia esperado, y tenia ganas de ello. Vos sabéis que soy violento, pero vos moderáis mis pasiones. Yo me entrego en vuestras manos; haced de mí lo que gustéis.

Entónces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veia, á la pena que le habia dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no le habia ofendido; pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que habia sufrido todo el dia por él. Lord Mortimer se contentó con esta explicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que

le habia detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y Sor María la siguieron á la sala en donde Lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y le diesen algo de comer, porque no habia tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no habia tampoco comido casi nada, y que esperaba que Lord Mortimer la instaria á tomar algún alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se habria quedado con mucho gusto; pero la superiora siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarían mejor la cena.

Entónces Lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables se esforzó á alegrar á su amable compañera, y hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podia reponerse sino con el tiempo de la agitacion que habia experimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le habia hecho de explicarle por qué no habia venido á Santa Catalina como de ordinario.

El le confesó francamente que habia ido en busca de Belgrave; pero que sus correas habian sido sin suceso por las precauciones que el miserable habia tomado; le

que me persuade, añadió Mortimer, que el no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis: no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creará que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra par-

tida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¡Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¡Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponía á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el jueves. Milord, dijo Amanda, no fijémos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnancia y se retiró.

CAPITULO X.

AMANDA se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para léer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

„Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante en que os hallais en el pun-

blais estén buenos. Yo os he dicho que os escribiré. ¿Podreis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que Lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza como para imprimir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras partió, dejando á Amanda llena de sorpresa y de horror. Algunos minutos se pasaron ántes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber donde iba, y repitiendo las últimas palabras de Lord Cherbury. El puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo, ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, ¿por qué ocultar á Lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Por qué no dejarse conocer sino de ella? ¿Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarle?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga, le sorprendió y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de Lord Mortimer. Amanda suspiró, y respondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quien era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitación que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si Lord Mortimer venia por la tarde, le dijese que no estaba dispuesta para recibirle.

La superiora le instó á que se quedase á tomar el té, pero ella lo rehusó, y al retirarse suplicó que no dijese nada á Lord Mortimer de la visita que habia tenido; porque, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró á su aposento, y procuró calmarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las reli-

giosas respetando sus intenciones, la dejaron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á Lord Cherbury esperándola en las ruinas. El tenía una carta en las manos que le entregó luego que llegó. En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave, meditada bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entonces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

¡Oh! decidme, decidme os suplico, exclamó Amanda asiéndole por el brazo, ¿cuál es la demanda que me hacéis? y de este suceso ¿qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana en la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y Lord Mortimer compareció dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

¡Ay mi Dios! dijo él, ¿qué venis á hacer aqui? ¿con quién estabais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante oscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante que infaliblemente la habria descubierta. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: ¿con quién estaba? Si, dijo Lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habéis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. Está muy bien, dijo él, pero repito ¿qué venis á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

¿A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; ¿y por qué venis aquí sola? ¿Cómo si tenéis los temores que me habéis dicho vos misma, os exponéis á que os encuentre el miserable que os persegue? Cuando he llegado al convento me han dicho que estabais indispueta, y que queriais estar sola. Yo no me he podido resolver á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estabais. Es malo en efecto, Aman-

da, es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

¡Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y derritiéndose en lágrimas: ¡y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazón estaba lleno de terrores que habia derramado en él Lord Cherbury, y veia en el alma de Mortimer sospechas que no podia disipar, sin revelar el secreto que se le habia mandado guardar tan solénnemente.

¡Ah! Amanda, le dijo Lord Mortimer afluando de una vez la severidad con que acaba de hablarle, vos conocéis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo habia esperado, y tenia ganas de ello. Vos sabéis que soy violento, pero vos moderáis mis pasiones. Yo me entrego en vuestras manos; haced de mí lo que gustéis.

Entónces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veia, á la pena que le habia dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no le habia ofendido; pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que habia sufrido todo el dia por él. Lord Mortimer se contentó con esta explicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que

le habia detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y Sor María la siguieron á la sala en donde Lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y le diesen algo de comer, porque no habia tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no habia tampoco comido casi nada, y que esperaba que Lord Mortimer la instaria á tomar algún alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se habria quedado con mucho gusto; pero la superiora siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarían mejor la cena.

Entónces Lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables se esforzó á alegrar á su amable compañera, y hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podia reponerse sino con el tiempo de la agitacion que habia experimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le habia hecho de explicarle por qué no habia venido á Santa Catalina como de ordinario.

El le confesó francamente que habia ido en busca de Belgrave; pero que sus correas habian sido sin suceso por las precauciones que el miserable habia tomado; le

que me persuade, añadió Mortimer, que el no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis: no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creará que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra par-

tida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¿Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¿Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponía á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el jueves. Milord, dijo Amanda, no fijémos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnancia y se retiró.

CAPITULO X.

AMANDA se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para léer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

„Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante en que os hallais en el pun-

que me persuade, añadió Mortimer, que el no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis: no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creará que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra par-

tida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¿Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¿Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponía á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el jueves. Milord, dijo Amanda, no fijémos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnancia y se retiró.

CAPITULO X.

AMANDA se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para léer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

„Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante en que os hallais en el pun-

„to de disfrutarla, es en efecto llevar á vues-
 „tro seno la mas cruel de las penas. Sin
 „embargo, tal es el horror de mi destino,
 „que no me puedo librar de perderme sino
 „poniéndome entre vos y Mortimer, y ar-
 „rancandoos así á los dos la felicidad que
 „vuestra union os prometia. Vos perderéis
 „el color á este terrible anuncio; mi car-
 „ta caerá de vuestras trémulas manos; pe-
 „ro ¡ó mi querida Miss Fitzalan! no la arro-
 „jéis léjos de vos, sin haberla leído toda
 „entera, y sin haber fijado la suerte del mas
 „desgraciado de los hombres, desgraciado
 „de pensar que destruye no sólamete vues-
 „tra dicha, sino la de un hijo amable, ge-
 „neroso, adorado, tal como lo es Morti-
 „mer. Ya es tiempo que haga cesar la cruel
 „incertidumbre en que os tengo. Estais ya
 „bastante preparada á las cosas siniestas
 „que tengo que revelaros, y me explicaré
 „cláramente. El juego, este veneno de la
 „probidad y virtud, me ha perdido; pero
 „entregándome á él he ocultado tan bien
 „hasta ahora esta desgraciada pasion, que mis
 „mas íntimos amigos la han ignorado. Lo
 „confieso con harta vergüenza: era el pri-
 „mero en las sociedades en levantarme con-
 „tra este vicio, al mismo tiempo que to-
 „dos los dias sacrificaba á él en secreto su-
 „mas que habrian sacado de la miseria á
 „familias enteras. Mis ganancias y mis pér-
 „didas balancearon largo tiempo, de modo

„que no causaron en mis bienes disminucion
 „alguna considerable. Cosa de cinco años
 „ha que uno de mis íntimos amigos, Mr.
 „Free-Love, murió, y me dejó tutor de su
 „hijo, á quien habréis visto en mi casa el
 „invierno pasado. Estaba encargado por el
 „padre de administrar la propiedad de su
 „hijo, consistiendo en una hermosa pose-
 „sion y cincuenta mil libras esterlinas de
 „capital. Cuando el jóven Free-Love que-
 „dó de mi pupilo, estaba algunos meses
 „hacia de mala suerte; la sed de ganar, di-
 „ferente de otras pasiones, se irrita con la
 „adversa fortuna. Yo, pues, continué en ju-
 „gar y perder hasta que hube consumi-
 „do toda mi propiedad. En lugar de dete-
 „nerme á lo ménos por entónces, quise in-
 „tentar reparar mis pérdidas poniendo al
 „juego el bien mas precioso que la rique-
 „za, mi mismo honor, y aun confié á los
 „caprichos de la suerte los bienes de Free-
 „Love que tenia en mis manos. El esta-
 „ba aun léjos de su mayor edad. Antes de
 „esta época me lisonjeaba que habria re-
 „parado mis pérdidas, y que podria volver-
 „le, no sólamete el capital, sino el inte-
 „res que estaba encargado de sacar de él,
 „empleándole úilmente. Impelido de mi mal
 „genio he arrojado de suma en suma to-
 „da la fortuna, de mi amigo en el sumide-
 „ro que se habia engullido la mia. En fin,
 „cuando he conocido que lo habia perdi-

„do todo, la desesperacion se ha apode-
 „rado de mí, y aun tiemblo á la memo-
 „ria del desórden de mi imaginacion en es-
 „te momento fatal.

„Ya os he dicho que todo mis bienes
 „propios han sido devorados por el juego.
 „Yo no puedo llegar á lo que pertenece
 „á mi hijo sin su consentimiento. Cualquie-
 „ra que fuese la pérdida que pudiese su-
 „frir empenándose por mí, estoy seguro que
 „no vacilaria un momento en socorrerme,
 „si supiese mi apuro; pero me espantaria
 „ménos la muerte, y una muerte cruel, que
 „verme obligado á darle á conocer mi si-
 „tuacion. Sus excelentes cualidades y la
 „nobleza de sus principios añaden al amor
 „que le tengo una especie de temor. Com-
 „parecer á sus ojos con un carácter vil,
 „dejarle ver que mi vida ha sido una hi-
 „pocresía malvada, ser perturbado y con-
 „fundido en su presencia, no poder tole-
 „rar sus penetrantes miradas, verle avergon-
 „zarse de los crímenes de un padre, son hor-
 „ribles é insufribles ideas para mí; y en el
 „extravio en que ellas me arrojaban, habia
 „resuelto, si no podia evitar hacerle confi-
 „dente de mi bajeza, no sobrevivir á mi
 „propia confesion. En este critico momen-
 „to el marques de Rosline vino de Esco-
 „cia á establecerse en Lóndres. La intimi-
 „dad antigua de nuestras familias se reno-
 „vó, y vi que podria seguirse de aqui una

„alianza. Esta perspectiva me dió alguna es-
 „peranza; pero no fue de mucha duracion,
 „por haber manifestado Mortimer una gran
 „repugnancia á este proyecto.

„Yo me habia lisonjeado que el tiempo
 „debilitaria y venceria su resistencia, y no
 „he renunciado á esta esperanza sino cuan-
 „do he conocido su inclinacion por otro ob-
 „jeto. No puedo describiros el sentimiento
 „penoso que experimenté viendo por este
 „lado perdido para mí todo medio de salud;
 „pues aunque tierno y respetuoso por su
 „padre, no me lisonjeaba que Mortimer sa-
 „crificase cieégamente su razon y su incli-
 „nacion á mi voluntad. Volví pues á to-
 „car mi horroroso proyecto; pero suspendí
 „la ejecucion viendo á Mortimer que caia
 „en alguna incertidumbre sobre vos, y cuan-
 „do os creia á entre ámbos separados pa-
 „ra siempre, comencé á revivir; pues tal
 „es la naturaleza y el egoismo del vicio,
 „que extingue todos los sentimientos de hu-
 „manidad, de manera que he llegado has-
 „ta á alegrarme de los desórdenes supues-
 „tos de la hija de mi amigo.

„Pero la perseverancia de Mortimer, ó
 „mas bien la Providencia, habiendos he-
 „cho triunfar de los artificios y de la ma-
 „licia de vuestros enemigos, me ha vuel-
 „to á sumergir en la desesperacion. Estoy
 „seguro que Mortimer por delicadeza os
 „ha ocultado la oposicion que he puesto é

„vuestra union con él, aun despues de co-
 „nocida vuestra inocencia, y despues que
 „Lady Marta me habia manifestado sus in-
 „tenciones á favor vuestro. En fin, yo com-
 „prendí que era necesario ó que hiciese
 „semblante de adherirme al deséo de mi
 „hijo, ó que hiciese conocer el verdade-
 „ro motivo de mi oposicion, ó que riñe-
 „se con mi hijo y mi hermana, y les mani-
 „festase una irritante personalidad. He to-
 „mado el primero de estos partidos, y he
 „fingido consentir á la union de Mortimer
 „con vos, pero determinándome á venir á
 „arrojarme yo mismo á vuestros pies á im-
 „plorar vuestra piedad, y poner en vues-
 „tras manos mi suerte. He creído que una
 „muger de un carácter tan perfecto y tan
 „heroico como el vuestro, que se ha ma-
 „nifestado en las aficciones en que os
 „habeis hallado reducida, tendria compa-
 „sion de uno de sus semejantes que ha
 „caido en las mayores faltas, y en las mas
 „grandes desgracias. Si mi situación fuese
 „otra de lo que es en el dia, y mis bie-
 „nes los que se me suponen, y vos estu-
 „viesséis desposeida de todo, me alegraria
 „veros la esposa de mi hijo, y os creeria
 „bastante rica con vuestro mérito y vues-
 „tras virtudes. En el estado en que me
 „hallo, el dote que os dá Lady Marta no
 „es de importancia alguna para mí, ni me
 „recompensaria aun que ella dispusiese de

„todos sus bienes en favor mio. El proyec-
 „to de vuestro casamiento con Mortimer
 „es aun un secreto para el público, y por
 „esta razon no se ha disuelto aun la amis-
 „tad entre ámbas familias. Yo he sido bas-
 „tante dichoso en apaciguar las diferencias
 „sucitadas entre la de Rosline y mi hijo,
 „y en hacerles olvidar su resentimiento. Es-
 „toy seguro que el casamiento se hará á
 „la primera proposicion que yo haga. El
 „dote de Lady Eufrasia será de sesenta
 „mil libras esterlinas de contado, y de cin-
 „co mil libras esterlinas de renta cada año.
 „Con el dinero de contado satisfaré mi deu-
 „da con Free-Love, que no puedo dife-
 „rir de pagarla en la época de su mayor
 „edad sin perder mi honor. Así vos veis,
 „mi querida Miss Fitzalan, que el casamien-
 „to de mi hijo con Lady Eufrasia es un me-
 „dio seguro, y el solo que me queda pa-
 „ra impedirme que caiga en el abismo, en
 „cuyos bordes me hallo.
 „Vos sola, como un ángel de misericor-
 „dia, podeis mandar que viva y salvarme
 „de mí mismo. Sin embargo, no creais que
 „renunciando á Lord Mortimer, si le renun-
 „ciais en efecto, haceis al mismo tiempo el
 „sacrificio de toda fortuna, no; será deber
 „y cuidado de mi reconocimiento asegu-
 „raros vuestro bienestar é independecia,
 „y por otro lado, entre el grande número
 „de hombres sensibles á vuestros encan-

„tos y á vuestro mérito, encontraréis uno
„que os hará feliz como Mortimer; mién-
„tras que este habiendoo perdido, acepta-
„rá sin vacilar la mano de Lady Eufrasia.

„Vos me preguntaréis sin duda ¿cómo po-
„dreis romper vuestra palabra con Morti-
„mer, despues de lo que ha pasado entre
„vos y él, sin darle á conocer los motivos
„de vuestra conducta?

„En efecto es una dificultad; pero des-
„pues de haber llevado la cosa tan allá, no
„titubearé en deciros como se puede su-
„perar. Vos no teneis mas que alejaros de
„él secrétamente, y sin dejarle vestigio al-
„guno por el cual os pueda hallar. Si, des-
„pues de haber consentido á salvarme, os
„detuviese este obstáculo, retirariais de mí
„por lo mismo vuestra compasion y vues-
„tras bondades; pues que la consecuencia
„necesaria de la menor vacilacion de vues-
„tra parte, será dar á conocer mi situa-
„cion á mi hijo, y os repito solénnemen-
„te que no sobreviviré á esta afrenta. No
„existiré envilecido á los ojos de mi hijo. Si
„me concedeis pues mi súplica, concedéd-
„mela toda entera: perdonad, mi querida
„Miss Fitzalan, las formas de mi estilo ab-
„soluta y arbitrario: yo las habria endul-
„zado, si hubiese podido decirlo de otra
„manera; pero el tiempo, el peligro y la
„necesidad me han obligado á esta dure-
„za. Ahora que os he abierto mi corazon,

„como á un sér de una naturaleza superior
„cuya indulgencia imploro, á vos toca de-
„cidir, si viviré para reparar mis faltas,
„ó si las colmaré con un acto de desespe-
„racion. Si por el amor mismo del pobre
„Mortimer ejerceis conmigo esta grande cle-
„mencia, que puede solo ahorrarle el do-
„lor de ver á su padre terminar ántes de
„tiempo una vida criminal por un crimen
„postrero, mi reconocimiento, mi admiracion
„y mis cuidados por vos miétras que viva,
„serán vuestra recompensa. Esperaré con
„ansia vuestra respuesta, y vendrá á bus-
„carla aqui mañana

„Vuestro sincero y desgraciado amigo
„CHERBURY.”

La carta fatal cayó de las manos de Amanda; una nube se extendió sobre sus ojos, y casi sin conocimiento se arrojó sobre una silla; pero despues de haber creído un momento que se despertaba de un pesado sueño, recuperó todo el sentimiento de su desgracia. Un sudor frio, un temblor universal, y un terror profundo se apoderaron de ella. Arrojava á su alrededor sus ojos inquietos, como para buscar la causa de su horrible situacion, hasta que el funesto escrito caido á sus pies hirió de nuevo sus ojos.

¿No hay, pues, se preguntaba á sí misma recorriéndola de nuevo, no hay pues me-

dio alguno para mí de evitar el horroroso sacrificio que de mí se exige? Lady Marta y Lord Mortimer pueden unir sus esfuerzos para salvar el honor de su desgraciado padre y hermano; ellos sentirán todo el horror de su situación, perdonarán sus faltas, harán.... Pero al mismo instante arrojaba de sí estos pensamientos como culpables. Estas palabras de Cherbury „no so-
„breviviré á esta afrenta” volvian á su imaginación, y le daban terribles reflexiones de pensar que para salvar al padre debía renunciar al hijo.

¿Pero merece el padre un sacrificio tan grande? y despues de los empeños que habia contraido con Mortimer, ¿tenia derecho para alejarle de ella para siempre? Duda criminal, se decia á sí misma, á la que me arrastra mi ternura, y que debe disipar la voz de la razon y de la virtud. Sí, escucharé esta voz; jamas me consolaria de haber concurrido á la muerte de Lord Cherbury; la desgracia de Mortimer será ligera perdiéndome, en comparación de la que experimentaria por un suicidio.

Mi destino no me deja alternativa, exclamaba con una voz sombría y con el acento de la desesperación; yo debo sujetarme á él sin combatir mas tiempo. No puedo llamar á nadie para obtener un consejo sabio; renuncio pues á Lord Mortimer, sí, renuncio. Pero oh mi Dios! ¡dadme fuer-

zas para soportar esta pérdida! ¡O Mortimer, mi querido Mortimer, á quien nadie puede reemplazar en mi corazón, la mano de hierro del destino se pone entre los dos, y nos separa para siempre! Ni aun permitido me será justificarme de ingratitud con vos, no. Seré enteramente víctima de Lord Cherbury, cuya crueldad, disimulo y fingido consentimiento á los deseos de su hijo no me han lisonjeado con una falsa alegría, sino para hacer mas vivos mis dolores.

Un pensamiento horrible vino aun á herir su imaginación: Lord Mortimer iba á imputar su huida á su pasión por Belgrave, y su honor y su reposo serian sacrificados tambien á Lord Cherbury. Su razon y su reflexion no pudieron durante algun tiempo, resistir á este choque; y agitada su alma por un torbellino de pasiones opuestas, resolvió justificarse con Lord Mortimer, pero esta resolución no fué de larga duración. La reflexion la convencia, que justificándose de un supuesto crimen cometeria uno realmente; pues que para ponerse al abrigo de una injusta calumnia, perderia el honor de Lord Cherbury, y sería acusada no solo por el mundo, sino por su propia conciencia de haber causado el suicidio, que sería la consecuencia necesaria de su propia justificación.

Yo lo debo, es necesario, exclamaba ella como fuera de sí; yo haré este sacrificio.

Lord Mortimer es perdido para mí. Ella se arrojó sobre la cama toda vestida, y pasó el resto de la noche hasta la mañana en una agonía indescribible. Sin embargo, habia caído en un estado de sopor mas que de sueño, cuando la sacaron de él algunos ligeros golpes á la puerta, y la voz de Sor María, que le dijo que Lord Mortimer estaba abajo, y la esperaba para el desayuno.

Amanda saltó de la cama diciendo que iba á bajar, compuso su desaliño y procuró calmar su espíritu, y levantando los ojos y las manos al cielo, le pidió fuerzas para soportar las pruebas que se le preparaban en este día.

Luego que entró, la alteracion que Lord Mortimer vió en su semblante y todas sus señales, le hicieron una viva impresion. ¡O Dios! Amanda, exclamó, ¿qué hay? ¿qué teneis? y encontrando sus manos ardientes del calor de la fiebre, ¿por qué teneis la crueldad, añadió, de ocultar vuestra indisposicion? habrais tenido socorros que habrian impedido sus progresos. El la apretó en sus brazos con una ternura inexplicable, y declaró que iba á enviar á buscar el médico que la habia asistido.

No, le dijo Amanda, cuyas lágrimas corrían, no la enviéis á buscar; pues él ningún bien me puede hacer. ¡Ningun bien! replicó Mortimer espantado. Comprendo,

dijo ella reponiéndose, que él no me ordenaria remedio alguno, pues mi mal solo procede de la agitacion que experimenté ayer, y que me ha hecho pasar una mala noche; pero el reposo de hoy me curará.

Lord Mortimer prescindió con dificultad de su proyecto de hacer venir al instante el médico, y esto solo con la condicion de que si Amanda no estaba mejor ántes de la noche, se lo harian saber, y él lo enviaria á buscar.

Amanda no pudo ni comer, ni servir el desayuno. Cuando este fué acabado, dijo á Lord Mortimer que tenia grande necesidad de reposo, y que era preciso que ella se retirase; pero que de nueve á diez de la noche tendria satisfaccion de verle. El procuró persuadirla que estaria tambien con comodidad sobre un canapé en la sala como en su aposento; pero ella insistió. Mortimer se retiró en fin con la mayor repugnancia despues que ella se lo hubo instado muchas veces.

Vuelta á entrar Amanda en su aposento, superó el abatimiento que le causaba su triste situacion, para ocuparse en trazar el plan de la conducta que debia tener. Desde luego era preciso que escribiese á Lord Cherbury para instruirle de su resolucion, y dispensarse de entrar con él en conversacion alguna que no estaria en estado de sostener.

Tambien debia hacer saber á la superiora la repentina mudanza que habia sucedido en sus asuntos, ocultándole sólomente las causas de ella; y como el dia posterior al dia siguiente era el fijado para su partida con Mortimer, tenia necesidad de buscar con ella un lugar en donde ponerse al abrigo de las pesquisas de Mortimer.

La superiora tenia tan buena opinion de Lord Mortimer, que Amanda temia que ella imputase la resolucion que la comunicaria, á algun motivo criminal, y que en consecuencia la abandonase enteramente. Si le sucediese esta nueva desgracia, la que era muy posible, estaba resuelta á retirarse secretamente á la ciudad vecina, desde donde podria trasladarse inmediatamente á Dublin. Lo que entónces haria ó en lo que vendria á parar, no entraba en su pensamiento, ocupada únicamente en el modo con que dejaría á Santa Catalina.

Ella sin embargo esperaba aun que la superiora no la abandonaria, y que la Providencia que hasta entónces habia velado sobre ella, la miraria con ojos de piedad y le conservaria la sola amiga que podia darle algun socorro y consejos sabios. Despues de haber trazado este plan de conducta, tomó la pluma para extender su acto de renuncia á Lord Mortimer en estos términos.

Al conde de Cherbury.

„Milord: por ceder á vuestros deséos re-

„nuncio á mi dicha. Digo á mi dicha, pues „debo hacer la justicia á Lord Mortimer, de „declarar que yo no imagino otra mas gran- „de para mí que la he de ser unida con „un hombre de su carácter. Me la debò á „mí misma de aseguraros que no es ni su „rango ni su fortuna, sino su mérito y sus „virtudes, las que le han conquistado mi „inclinacion.

„Hubiera sido feliz para ámbos, Milord, „y sobre todo para mí, que hubieseis conti- „nuado en oponeros á las miras de vues- „tro hijo. Mi respeto por la autoridad pa- „ternal me hubiera impedido consentir en una „union á la que habriais rehusado vues- „tro consentimiento. Sin el consentimiento „fingido que habeis dado, no habria mira- „do los obstáculos como superados.

„Pero no quiero perder el poco méri- „to que mi resignacion á vuestros deséos „puede darme, en concepto vuestro, insis- „tiendo sobre las desgracias que me acar- „réa. ¡Pueda la pérdida de todas mis espe- „ranzas realizar las vuestras, Milord; y pueda „la fortuna aumentar mas la felicidad de „Lord Mortimer!

„Estoy reconocida, Milord, á la intencion „que me manifestais de proveer á mis nece- „sidades; pero al mismo tiempo os debo pre- „venir, que en ningun tiempo ni ahora acep- „taré cosa alguna de vos.

„No debo disimularos una verdad: no

„está en vuestro poder pagar el sacrificio que
„os hago, y beneficios de esta naturaleza pa-
„san demasiado en una buena alma, para
„que pueda resolverse á recibirlos de otra
„mano que de la estimacion y amistad.

„Tengo el honor de ser vuestra muy hu-
„milde y obediente servidora

AMANDA FITZALAN.^d

Las lágrimas que habia detenido escribiendo, corrieron luego en abundancia. Ella se levantó y se fué á la ventana para probar si el aire fresco la aliviaba de la opresión que sentia. Desde allí divisó á Lord Mortimer y á la superiora conversando á alguna distancia. Un momento despues, habiéndose retirado Mortimer, la superiora que no la habia visto el dia anterior, entró en su aposento. Despues de los acostumbrados cumplimientos, le dijo: Lord Mortimer me ha noticiado que estabais mala. Yo me lisonjeaba de que su corazon habia exagerado el peligro; pero viendoos, mi querida hija, creo que sus temores son fundados. Decidme pues, querida, ¿cuál es vuestra indisposicion? Ciértamente debeis hoy mas que nunca tener cuidado de vuestra salud.

¡Oh! no, respondió Amanda con un suspiro convulsivo, vos os engañais muy bien. La superiora se alarmó, y no pudiendo sostenerse, se sentó y suplicó á Amanda con

una voz que expresaba toda su sensibilidad, le explicase las causas del estado en que la veia.

Amanda se dejó caer de rodillas delante de ella, le tomó las manos, las llevó á sus labios y las mojó en lágrimas exclamando: ¡Qué desgraciada soy! ¡Desgraciada! repitió la superiora. Por amor de Dios, explicaos; no me dejéis por mas tiempo en tan cruel incertidumbre. Mi corazon no puede sostener vuestra agitacion, que me anuncia alguna cosa horrible. Si, dijo Amanda; os debo anunciar que Lord Mortimer y yo no seremos unidos jamas.

La superiora se sobresaltó; sus miradas parecian decir que temia que Amanda no tuviese la imaginacion desarreglada, y le suplicó dífriese su explicacion hasta que se hubiese repuesto de su turbacion.

Yo no me levantaré, le dijo Amanda, hasta que me hayais prometido que á pesar del misterio en el que mi situacion me obliga á encubririme, continuaréis siendo mi amiga. Esta seguridad traerá algun alivio á las penas de mi corazon.

La superiora conoció entónces que el desórden en que veia á Amanda era efecto de un grande disgusto; pero ignoraba cuál podia ser la causa de él. Vos debeis conocerme bastante, le dijo ella, para no tener necesidad de que os asegure de nuevo mi tierna amistad; pues sea el que

fuere el misterio que esteis obligada á callar á los demas de vuestra situacion, me lionjéo de que no lo tendréis conmigo, y espero con impaciencia una entera explicacion.

Este es uno de mis mayores disgustos, respondió Amanda, el no poder dárosela: en ninguna circunstancia, ni aun en la cama próxima á la muerte, podria daros á conocer el obstáculo que me separa para siempre de Lord Mortimer; pero os diré lo que pueda para haceros conocer mi situacion.

Un obstáculo imprevisto é inesperado se opone á mi union con Lord Mortimer, y este obstaculo que me detiene debo tenerle entéramente en silencio. Es preciso que me oculté de Mortimer, y me aleje de él, sin que pueda sospechar ántes que tengo este proyecto, por temor de que sus inquietas y menudas preguntas, arrancándome mi secreto, nos sumerja á los dos en un abismo de males. Para evitar estas desgracias es preciso que toda la casa, excepto vos, ignore mi plan, y que me procuréis encontrar un asilo seguro y oculto donde pueda retirarme. Os suplico, añadió, que no atribuyáis mi renuncia de Lord Mortimer á ningun motivo indigno de mí; llamo por testigo de mi inocencia al Sér Todopoderoso y bueno, quien solo puede consolarme de esta pérdida, y

ayudarme á soportarla. Creed á mis palabras, compadeceid mis penas, no me condeñeis, permaneced mi amiga en un momento en que vuestra amistad me es mas necesaria que nunca; pues si ella me falta, me siento incapaz de combatir por mas tiempo contra mi destino.

La superiora guardó un momento de silencio, y le respondió con gravedad: os confesaré, Miss Fitzalan, que vuestra conducta me parece tan extraña y tan inexplicable, que no es necesario ménos que la alta opinion que tengo de vuestro carácter, para que no os minore mi estimacion; pero como estoy persuadida que no os podeis conducir sino por motivos honestos, podeis estar segura de que os serviré con todo mi poder. Sin embargo, ántes de resolveros á pedirme un servicio de esta naturaleza, pesad bien lo que vais á hacer; considerad que á los ojos del mundo vais á parecer culpable de una accion indecorosa, rompiendo vuestros empeños con Lord Mortimer, sin dar razon alguna de ello. ¿Os remuerde la conciencia de alguna cosa en el paso que vais á dar?

Nada me remuerde, le dijo Amanda: tened, pues, piedad de mí, y no agraveis mis penas, presentándome las consecuencias pesadas que se me seguirán por el sacrificio que estoy precisada á hacer. Prome-

tedme sólomente, añadió tomando la mano de la superiora, que vos me daréis pruebas de vuestra amistad en esta triste y crítica ocasion.

Sus miradas, sus palabras y su conmovion cortaron la palabra á la superiora; vió que seria crueldad insistir sobre las consecuencias crueles de una accion, á la que Amanda estaba obligada por una necesidad fatal á callar; le dió todos los consuelos que estaban en su poder: le prometió buscar al instante un asilo donde pudiese retirarse, y sepultar en un inviolable secreto todo lo que acababa de pasar: ella la hizo acostar, le trajo algunos sorbos de vino, y tirando las cortinas salió del cuarto, donde volvió dos horas despues, y la encontró mas tranquila. La buena superiora no quiso dejarla levantar, y sentándose sobre la cama, le contó lo que habia imaginado para ella.

Le dijo que tenia una parienta en Escocia, reducida por la medianía de su fortuna á tener escuela de muchachas; pero como empezaba á envejecerse, no estaba en estado de dar á sus educandas los cuidados que exigian los padres, á ménos de tener con ella una persona capaz de ayudarla. Ella me ha escrito, añadió, poco tiempo hace para suplicarme que le buscasse una jóven instruida y de buenas costumbres, que pudiese contentarse con un

salario módico, y llenar sus intenciones. Yo no os propondria una colocacion de esta especie sin la urgente necesidad en que me decis que os hallais de alejaros prontamente de Lord Mortimer, lo que no me deja tiempo de buscaros otra. No os imaginéis que quiera que permanezcais allí; seria lástima que talentos como los vuestros fuesen sepultados en semejante oscuridad; però creo que podeis permanecer allí hasta que hayais recobrado alguna tranquilidad de espíritu, y que se os pueda encontrar un establecimiento mejor.

¡Ah! no habéis, dijo Amanda, de mis talentos; mi espíritu está tan abatido por el dolor, que se pasará mucho tiempo ántes que pueda hacer cosa alguna buena, y el sitio de que me habláis, por su misma oscuridad es precisamente el que yo deséo.

Hay tambien alguna ventaja, dijo la superiora, de alguna consideracion en tomar el partido que os propongo, y es que la morada de mi prima está á pocas millas de Port-Patrick, á la cual un buen viento os llevará en pocas horas. Conozco al patron de un barco que va y viene continuamente haciendo este camino: este vive á corta distancia de aquí, y tanto él como su muger me deben algunas obligaciones, y tendrá mucha satisfaccion en tener esta ocasion de servirme. Yo envia-

ré á buscar al marido esta misma tarde; le instruiré del momento en que quereis partir, y él mismo se encargará de conducirnos á casa de Mistriss Macpherson.

Amanda dió gracias á la superiora, la cual le dijo que habia escrito ya la carta á su prima, y que deseaba saber si ella queria presentarse bajo su verdadero nombre ó con otro supuesto. Amanda le suplicó que la diese á conocer con el nombre de Francisca Donald, y la superiora añadió este nombre á la carta, concebida én estos términos.

“A Mistriss Macpherson.

“Mi querida prima: esta carta os será entregada por Francisca Donald, la jóven que os dirijo para ayudaros en vuestra escuela. Yo la conozco de algun tiempo á esta parte, y puedo responderos de su talento y de su buena conducta: es bien nacida, ha tenido muy buena educacion, y ha conocido tiempos mas felices; pero ha experimentado algunos reveses, y soporta su mala fortuna con paciencia y valor, que es la mejor prueba que ella os puede dar de su mérito real. Yo le he dicho que vos no dabais mas que diez libras esterlinas de salario, y ya veis que se contenta con este tan módico precio, pues que consiente en venir á vuestra casa. Siento mucho saber que sufris dolores de reumatismo, y espero que quando tengais

„mas tiempo para cuidaros, os hallaréis „mejor. Todas nuestras hermanas os dan „gracias por el interes que les manifi- „tais. Nuestra pequeña escuela va bas- „tante bien, y esperamos que nuestro re- „conocimiento hácia la Providencia nos „merecerá la continuacion de sus favores. „Soy, mi querida prima &c.

ELISABETH DERMONT.

En Santa Catalina.”

Ya veis, añadió la superiora, que no he dicho de vos todo lo que habria podido decir; pero yo haré á mi carta las adiciones y mutaciones que querais, si no estais contenta de ella. Amanda le aseguró que no veia cosa alguna que mudar. La superiora le dijo que Lord Mortimer habia vuelto para saber noticias de su salud, y que le habian contestado que estaba mejor. Amanda le declaró que no queria verle hasta la hora de cenar. La superiora observó que vista la mudanza sucedida en el estado de sus cosas, Amanda haria muy bien en encontrarse con él lo ménos posible, y para impedir se quedasen á solas, le hizo servir la comida y el té en su propio aposento. Se lo sirvieron, y la buena superiora no quiso salir sin haber visto á Amanda tomar alguna cosa. Sor Maria hubiera deseado hallarse presente, pero la superiora habia encontrado medio de apartarla.

Habiendo determinado Amanda el plan de su conducta, estuvo mas tranquila, y la compañía de la superiora, que volvió con ella inmediatamente despues de comer, la mantuvo en este estado, en el que habia tenido bastante dificultad en ponerse.

Ella suplicó á la superiora que no dixiese escribirle inmediatamente despues de su partida, y noticiarle fiélmente todo lo que pasara á consecuencia de su huida. No era, pues, menester, le dijo, contemplar su sensibilidad por una compasion mal entendida: ella amaba mas la verdad que el menor misterio, que solo la atormentaria mas.

La superiora le prometió contentarla sobre este punto. Amanda le manifestó con lágrimas el pesar que sentia de no hallarse en estado de demostrar á la comunidad su reconocimiento por todas las bondades que habian tenido con ella, como habian tomado la resolucion junto con Lord Mortimer. La superiora se esforzó á consolarla, asegurándola que ella y todas sus hermanas se hallaban ya liberalmente recompensadas, y aun mas allá de lo que era menester para satisfacer sus humildes deséos.

Amanda le dijo que dejaria sobre la mesa del tocador una carta para Lord Mortimer con los billetes de banco que le habia dado, y que conservaria el retrato y

el anillo. En cuanto á los vestidos que habia pedido á la ciudad vecina, dejaria el dinero necesario para pagarlos, y que quedarian para la muger que le habia prometido seguirla á Inglaterra, como una indemnizacion. Ella no queria llevarse á Escocia sino alguna ropa blanca y sus vestidos de luto: el resto de sus efectos, como tambien su música y sus libros, se le enviarian en seguida.

Amanda debia á la comunidad por su pension de cerca de tres meses diez guineas. De doscientas libras esterlinas que Lord Mortimer le habia dado al dejar Carberry-Castle, le quedaban ciento veinte, de manera que aunque no pudiese satisfacer suficientemente á su gusto los deberes del reconocimiento, podia contentar los de la justicia. Ella dijo su intencion á la superiora, la cual en nombre de toda la comunidad rehusó recibir cosa alguna. Amanda no disputó, habiendo ya tomado su resolucion del modo que se portaria sobre esto. La superiora tomó el té con ella, y despues la dejó sola, porque queria calmarse y componerse antes de la llegada de Lord Mortimer.

Con la ayuda de estas precauiones se halló en estado de entregar su carta á Lord Cherbury á la hora convenida. Su corazon latia al acercarse este momento. Temia ser otra vez sorprendida en las rui-

nas por Mortimer, ó ser seguida por algunas religiosas. Al fin el reloj le avisó, se levantó temblando, y abrió su puerta; escuchó y observó si habia alguna persona en las cercanías. Los momentos eran preciosos; ella se escurrió por lo largo de la galeria, y por fortuna encontró la puerta de entrar abierta, y con esto se apresuró. Lord Cherbury la esperaba. Amanda le presentó la carta sin hablarle, y él la recibió del mismo modo; pero cuando vió que volvía á tomar el camino del convento, él le agarró con fuerza una mano, y con una voz que manifestaba toda su agitación, gritó: Decidme, Miss Fitzalan, decidme, ¿vuestra respuesta es favorable?— Sí, respondió ella con una voz trémula.

¡Qué el cielo os colme de bendiciones, exclamó cayendo de rodillas y abrazando las suyas con transporte. Ella se incomodó de verle en esta postura, y atemorizada de ser detenida: dejadme, Milord, dijo, por piedad, por mí, y por vos mismo. Dejadme, pues si me deteneis un momento mas, podemos ser descubiertos.—¿Por qué conducto, dijo Lord Cherbury, podré saber noticias vuestras?—Por la superiora, respondió Amanda; ella sola sabrá el lugar de mi retiro.

El la agarró otra vez de la mano y se la besó con transporte. A Dios, ángel del cielo, ángel consolador, gritó, y des-

apareció entre las ruinas. Amanda volvió apresurada á la casa temiendo encontrar á Mortimer ó á alguna otra persona. Apenas acababa de llegar á su cuarto cuando la superiora vino á decirle que Lord Mortimer la esperaba en la sala. Ella se transfirió allá. El aire fresco le habia dado mejores colores, de modo que parecia que estaba mejor, y su conversacion fortificó á Mortimer en este pensamiento. Ella conversó con bastante libertad, y se esforzó á comer alguna cosa. Detenia sus lágrimas, prontas á correr, siempre que él decia algunas palabras de la felicidad que iban á gustar cuando estarian unidos, de la acogida que se les preparaba en Thornbury, y del placer que Lady Marta y Lady Araminta tendrian en recibirlos.

Amanda le suplicó que no volviese mañana al desayuno, sino sólamente despues de comer, porque los preparativos de su marcha, le decia, no le permitian darle tiempo alguno. El quiso persuadirla que su presencia no le incomodaria; pero ella jamas quiso consentir.

Amanda pasó una noche muy cruel; ella se desayunó con todas las religiosas, las cuales le expresaron todas su pesar de verla partir: pesar, decian ellas, endulzado con la esperanza de volverla á ver luego, habiéndoles prometido Lord Mortimer de llevarla á Carberry-Castle, luego que hubiese

hecho una visita á sus amigos de Inglaterra. Era este un momento el mas doloroso para Amanda. Ella tuvo una extrema dificultad en ocultar su conmocion y en detener sus lágrimas á esta mención de una promesa que jamas debía realizarse. Comió un poco con precipitacion, y se retiró á su aposento con el pretexto de hacer sus paquetes. Las religiosas la siguieron, ofreciéndole á competencia ayudarle. Ella les dió gracias con su dulzura y su gracia acostumbradas, diciéndoles que no tenia necesidad de su socorro. Con esta seguridad se retiraron, y Amanda temiendo una nueva interrupcion, escribió su carta de despedida á Lord Mortimer en estos términos:

“A Lord Mortimer.

“Milord: Un destino, del cual ni vos ni yo somos dueños, se opone á nuestra union: en vano habeis combatido, y en apariencia superado todos los obstáculos: se ha levantado nuevamente uno que jamas hubiéramos podido preveer, al cual una invencible necesidad me obliga á ceder, y me separa de vos sin dejarme ninguna esperanza de echármelo en cara jamas, sin permitirme justificar mi conducta, ni dar excusa alguna que pueda ni aun paliar la abominable ingratitud y traicion horrible de que os pareceré culpable. Digo que os pareceré, pues á la

verdad mi corazon de nada me remuerde, y por el contrario sufre mil muertes por el sacrificio que está obligado á hacer. Pero, Milord, yo no quiero afligir el vuestro deteniéndome en mis propios tormentos, os he dado ya demasiado pesar; pero no seré mas enemiga de vuestra paz, ni turbaré mas vuestra dicha. Alejada de vos, el nombre que yo amaba oír no herirá mas mis oídos, y el fantasma engañoso de una prometida felicidad no se burlará mas de mí.

“Si mis deseos se hubiesen llenado, puede ser que una felicidad tan grande y tan inesperada hubiera corrompido mi corazon, y desviado demasiado mis pensamientos del cielo hácia la tierra. Si, he evitado este peligro: bendita sea la mano que ha retirado de mí la copa de la felicidad en el momento en que iba á gustar sus delicias.

“Yo no puedo exigir de vos vuestra compasion, aunque sé que la merezco, ni puedo pedirós que no me condeneis, aunque sé que soy inocente.

“Os devuelvo los billetes que he recibido de vos; pero me detengo el retrato y el anillo, restos solos de una felicidad que no existe. A Dios, Milord, caro é inestimable amigo; á Dios para siempre. Puedan la paz y la felicidad que tanto mereceis, ser vuestro patrimonio.

„y no sean mas turbadas como lo han si-
do demasiado á menudo por la desgraciada
AMANDA FITZALAN.”

Esta carta mojada con lágrimas la encerró en una cajita hasta la noche, y en seguida se ocupó en juntar el equipage que queria llevarse con ella en una pequeña maleta. La superiora vino á decirle que habia visto al dueño del barco, y que lo habia convenido todo con él; que él habia prometido el secreto, y se habia obligado á partir á las cuatro de la mañana, acompañarla él mismo hasta la casa de Mistriss Macpherson, y venirla á tomar al convento á las tres de la mañana.

Arregladas así las cosas, Amanda dijo á la superiora que para evitar dar sospecha alguna, ella dejaria sobre la mesa el dinero que habia resuelto dar á la muger que debia conducirla á Inglaterra con un billete que indicaria su destino. Habiéndose retirado la superiora, Amanda aprovechó este momento para poner en el mismo papel diez guinéas para el convento, y las cinco guinéas para la camarera. Ella hubiera deseado hacer mas; pero temia dejarse llevar de la generosidad, cuando á ella le podian faltar medios para proveerse en sus mas urgentes necesidades. Al mismo tiempo escribió la siguiente carta:

“A Mistriss Dermont.

„Mi querida señora: si mi situacion hu-
biese sido mejor de lo que es, no os ofreceria una suma tan módica como la que en-
contraréis en este papel, y que es tan poco
proporcionada á la deuda que he contraido con vos. Siento amárgamente no poder reconocer mejor todas vuestras bondades y las de vuestras obsequiosas compañeras; ellas no saldrán de mi memoria, y solo á aquel que ha prometido mirar con bondad á los benefactores del huérfano toca recompensaros. He dejado cinco guinéas para la muger que debia acompañarme á Inglaterra.

“A Dios, mi querida Mistriss Dermont.
„A Dios, queridas y amables habitantes de Santa Catalina. No me olvideis en vuestras oraciones, y creed que seré toda mi vida vuestra reconocida y afectada servidora

AMANDA FITZALAN.”

La avisaron para comer. Su espíritu estaba en grande abatimiento, al pensar que dejaba las amables mugeres que tan buenas habian sido para ella, y sobre todo por la idéa de la triste noche que iba á pasar con Mortimer.

Este llegó temprano, y al ver el aire abatido de Amanda, se renovaron sus temores sobre su salud: ella contestó á sus

preguntas diciéndole que estaba cansada. ¡Puede ser, le dijo él, que quisierais diferir un dia vuestra partida, y descansar áun mañana.—No, no, dijo Amanda, no se retardará. Mañana, dijo con una sonrisa forzada, partiré.

Lord Mortimer le dió gracias por esta resolucion, que él atribuia al deséo que tenia de agradarle, pero manifestándole al mismo tiempo sus inquietudes de que ella no estuviese bastante buena para partir.

Amanda conoció que si no hacia algunos esfuerzos, tendria mucha dificultad para evadirse de las preguntas de Mortimer; y para desviar la atencion del Lord, propuso convidar á todas las religiosas á tomar el té con ella, porque era la última tarde que pasaba en el convento. Lord Mortimer consintió en ello; el convite se hizo, y fué aceptado.

La conversacion fué triste como se puede bien adivinar. Amanda era tan amada de todas las religiosas, que la idéa de perderla les daba una pena, que no pudo combatir la esperanza de verla luego en Carberry-Castle. Hacia las nueve de la noche ellas se retiraron á sus oraciones de noche, y se habrian despedido de Mortimer, si este no les hubiera dicho que para no fatigar á Miss Fitzalan no se pondrian en marcha mañana hasta las diez de ella, y que tendria el gusto de volverlas á ver.

Antes de retirarse procuró alegrar y reanimar á Amanda, diciéndole que él consentia en retirarse temprano á fin de que pudiese descansar mas tiempo para prepararse á la fatiga del dia siguiente. Con este fin se levantó para marchar. Este momento fué terrible para Amanda: oir y ver por la última vez al hombre que tan tiernamente amaba, pensar que al dia siguiente á la misma hora ella estaria lejos, y muy lejos de él, para no volverle á ver ni oir jamas; que iba á mirarla como una ingrata y falsa criatura, á despreciarla, y puede ser á detestarla, como un manantial envenenado de inquietudes, disgustos y dolores para él. El corazon de Amanda se despedazaba. Y mientras que él la apretaba contra su seno, ella involuntariamente hizo lo mismo con él, y en su conmocion dejó escapar lágrimas en abundancia. Alarmado y sorprendido Lord Mortimer, y sosteniéndose apenas, la hizo sentar; y arrojándose á sus pies le dijo: Mi querida Amanda, mi tierna amiga, ¿qué teneis? ¿Tiene vuestro corazon algun deséo que no esté satisfecho? Si esto es, no os conduzca á ocultarlo una falsa delicadeza. Mi dicha toda entera se funda en vos. Decidme, os suplico, ¿qué es lo que puedo hacer para volveros la tranquilidad y serenidad?

¡Oh! no, dijo Amanda, todo lo que un

mortal podia hacer por mí, vos lo habeis hecho ya: yo no tengo expresion que pueda pintar mi reconocimiento, y el profundo sentimiento que guardo de las obligaciones que os debo. ¡Pueda el cielo recomendar vuestra bondad con sus mas preciosos beneficios!

Vuestro deséo, le dijo Lord Mortimer con una media sonrisa, está ya llenado, dándoos á mí. Pero decidme, ¿qué es lo que os abate de un modo tan extraño? En esto hay seguramente otra cosa que la fatiga. Amanda le aseguró que se engañaba, y temiendo ulteriores preguntas, ella le dijo que solo esperaba que partiese para acostarse, y que el reposo la restableceria. Lord Mortimer se levantó al momento.—A Dios, pues, mi querida Amanda, le dijo, estad buena y alegre para mañana. Ella le tomó la mano, sobre la que apoyó sus mejillas húmedas de lágrimas.—A Dios, le dijo, cuando nos volvamos á ver, estaré mejor y mas alegre; pues [acabó de decir para sí] no nos volverémos á ver hasta el cielo.

Amanda permaneció sin movimiento elevada en el sitio en que la dejó Mortimer, hasta que hubo oido que habian cerrado la puerta. A este momento no pudo contenerse mas, y dejándose llevar de sus lágrimas y suspiros, se arrojó sobre la silla que acababa de dejar Mortimer. La

buena superiora, que velaba sus movimientos, corrió, y le hizo respirar una agua espirituosa, y mezcló sus lágrimas con las de su jóven y desgraciada amiga.

Ella la calmó poco á poco, y Amanda le dijo que la prueba mas acerba habia pasado ya.—Y yo espero, dijo la superiora, creo que vuestro valor en sostenerla tendrá su recompensa en esta misma vida.

Fué convenido que Amanda se vestiria para el viaje. La superiora le prometió ir á buscar á su aposento luego que se hubiesen retirado las religiosas. Amanda se fué á su cuarto á ponerse el vestido de viaje. La superiora le trajo pan, vino y un pollo frito. Amanda le suplicó le diese parte al momento de las noticias que pudiese adquirir de Oscar, y le escribiese algunos detalles tan pronto como le fuese posible.

Ella dejó sobre la mesa sus dos cartas, una para Lord Mortimer y la otra para la superiora, y esperó con impaciencia que el patron del barco que debía venir á buscar golpease á la puerta de su ventana á la hora convenida.

Ella se levantó, abrazó á la superiora, la cual solo pudo decirle estas palabras: Dios os bendiga, hija mia, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda sacudió la cabeza, haciendo sem-

blante de decirle que ya no habia felicidad para ella; y siguiendo el corredor, abrió la puerta, y entró el hombre que la esperaba. Ella le enseñó con el dedo la pequeña maleta que debia llevarse; el hombre la tomó, y partieron.

Jamas humana criatura se halló mas abandonada que Amanda en este cruel momento. Todo cuanto habia sufrido cuando habia sido despedida de casa de la marquesa, era nada en comparacion de su estado actual. En aquella desgracia tenia una proteccion, un asilo, un apoyo en un padre tierno. Ahora no tenia nadie para endulzar y aliviar sus penas. Los objetos que se presentaban á su vista hacian mas vivos sus dolores. Al ver los viejos árboles que daban sombra á la tumba de su padre, agitados por el viento de la mañana, sintió no estar al lado de Fitzalan, descansando con él bajo un mismo abrigo.

Ella apartó de allí sus ojos con un suspiro penetrante, que hizo impresion en el hombre que marchaba delante. El volvió la cabeza, y viéndola pálida y trémula le ofreció, su brazo, el cual ella aceptó, hallándose incapaz de sostenerse. Un pequeño barco que les esperaba cerca de media milla de Carberry-Castle, les condujo al navio, cuyo dueño dijo que iba á hacerse á la vela al momento. Amanda estuvo muy contenta de encontrar allí la ma-

ger del patron en el aposento, en donde habian preparado un desayuno para ella, servido con propiedad, y de él tomó un poco de pan y de té, oprimida como estaba de fatiga. Su compañera, atribuyendo su abatimento al temor de pasar el mar, le aseguró que el pasage seria corto, y le dijo que observase que se veian las montañas de Escocia alumbradas con los rayos del sol que nacia; pero este espectáculo no fijaba los ojos de Amanda tan fuertemente como Carberry-Castle que le interesaba mas. Ella preguntó á la muger del patron si creia que de la parte opuesta se podia ver Carberry-Castle. Le respondieron que no.—Lo siento mucho, dijo tristemente Amanda.

Esta permaneció en la ventana del camarote mientras pudo distinguir el castillo, y hasta que el maréo la obligó á ponerse en cama. La muger del patron la cuidó; y á las cuatro de la tarde llegaron á Port-Patrick. Amanda dijo al patron, que como no queria detenerse en posada alguna, le suplicaba le alquilase una silla que la condujese diréctamente á casa de Mistriss Macpherson. Todo esto fué ejecutado, y Amanda al desembarcarse montó en la silla acompañada de la dueña del barco que conocia muy bien la morada de Mistriss Macpherson. Esta vivia á unas cinco millas de Port-Patrick cerca

de la costa. Ellas llegaron luego á una pequeña casa apartada, situada en medio de un campo casi todo cubierto de cardos, separada del camino por una pequeña pared que caía arruinada á poca distancia del mar, cuya costa en este sitio estaba llena de rocas, y el territorio de la circunferencia inculto y desierto.

El compañero de Amanda entró primero solo para preparar á *Mistriss Macpherson*, y volvió prontamente á decir á Amanda que era bien venida. Un paso estrecho conducía á una sala oscura, cuyo pavimento era de tierra pisoneada. *Mistriss Macpherson* estaba sentada en una grande y vieja silla de brazos; su cara estrecha y flaca, su estatura pequeña y como la de la vieja *Beldame de Otway*, doblada por la edad: su vestido era de un paño gris, y demasiado corto á pesar de la pequeñez de su talle; su delantal de tafetan negro era tambien corto, y sobre su pequeño gorro tenia un pañuelo atado al cuello. Ella solo hizo una señal con la cabeza á Amanda, y poniendo sobre su nariz un par de grandes anteojos, la miró sin hablarla. Amanda presentó la carta de la superiora, y se sentó cerca de la ventana hasta que hubo leído toda la carta. Durante este tiempo llevaron su maleta. Al fin la vieja rompió el silencio con una voz tan flaca como su cara.

Hija mía, dijo ella quitándose sus anteojos para hablar con mas comodidad, yo habia pedido á mi prima una jóven que pudiese ayudarme, pero no tan jóven como vos parecéis.

Bueno, dijo el hombre que conducía á Amanda, si este es un defecto, es de la naturaleza de aquellos que se corrigen todos los dias.

Si, dijo la vieja; pero ella no se corregirá tan pronto para mí. Sin embargo, hija mia, como estais tan bien recomendada, yo os experimentaré. Mi prima me dice que sois bien nacida, y que habeis tenido comodidades; pero os prevengo que no es menester pensar en lo que fuisteis, sino en lo que sois ahora. Yo espero de vos que seréis arreglada, dulce, atenta, que no seréis remilgada, andariega ni parlera, sino sentada, sabia y modesta.

A fe mia, dijo el hombre, ¿qué teneis sino mirarla, y leeréis en su cara que tiene todo lo que pedis?

Si, dijo la vieja, vos podeis creerlo así; pero sentiria juzgar de las personas por el semblante, pues muchas veces nos engaña. Así decidme, hija mia, en conciencia si creéis poder llenar mis intenciones.

Si señora, respondió Amanda, sufriendo mucho por su penosa y desagradable situacion. Estamos, pues, de acuerdo, pues

que sabeis cual es el salario que doy. El dueño del barco entónces se despidió sin que Mistriss Macpherson le ofreciese el menor refresco.

El corazon de Amanda se angustió en el momento en que se vió precisada á vivir con un sér tan poco sociable, y en un sitio tan salvage y tan abandonado. Una choza en la vecindad de Santa Catalina le habria parecido un palacio en comparacion de su actual habitacion; pues allí habria tenido la sociedad consoladora de las buenas religiosas. La presencia del dueño del barco que manifestaba compasion é interes por ella, la habia sostenido hasta entónces; pero luego que salió del aposento, se deshizo en lágrimas acompañándole, como si solo entónces hubiese comenzado el abandono en que habia caído. Ella salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole la mano: presentad mi amistad, mi tierna amistad á Mistriss Dermont, y decidle, os ruego, que me escriba en seguida dándome algun consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dije este hombre bizarro; pero calmaos, querida jóven; pues aunque la vieja sea un poco seca, se endulzará sin duda con vos. El cielo os bendiga, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda triste y pensativa, volvió á entrar en la sala, y desde la ventana siguió aun con

la vista el carruage que la habia conducido á esta triste mansion.

FIN DEL TOMO IV.

Clara Macpherson

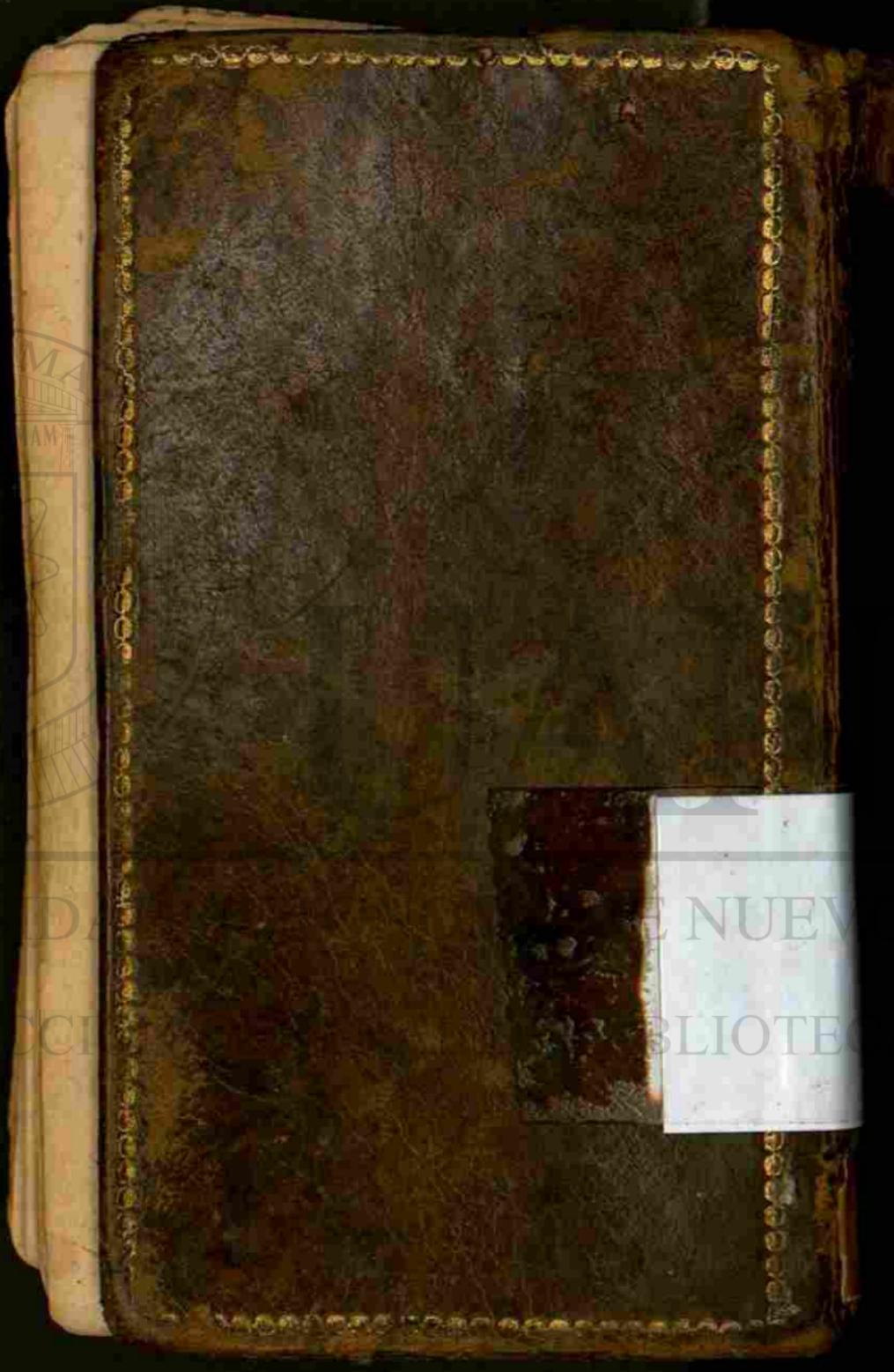


ñándole, como si solo entonces hubiese comenzado el abandono en que había caído. Ella salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole la mano: presentad mi amistad, mi tierna amistad á Mistriss Dermont, y decidle, os ruego, que me escriba en seguida dándome algun consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dije este hombre bizarro; pero calmaos, querida joven; pues aunque la vieja sea un poco seca, se endulzará sin duda con vos. El cielo os bendiga, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda triste y pensativa, volvió á entrar en la sala, y desde la ventana siguió aun con

*Cherise
Mistriss*



NUEV
BLIOTEC